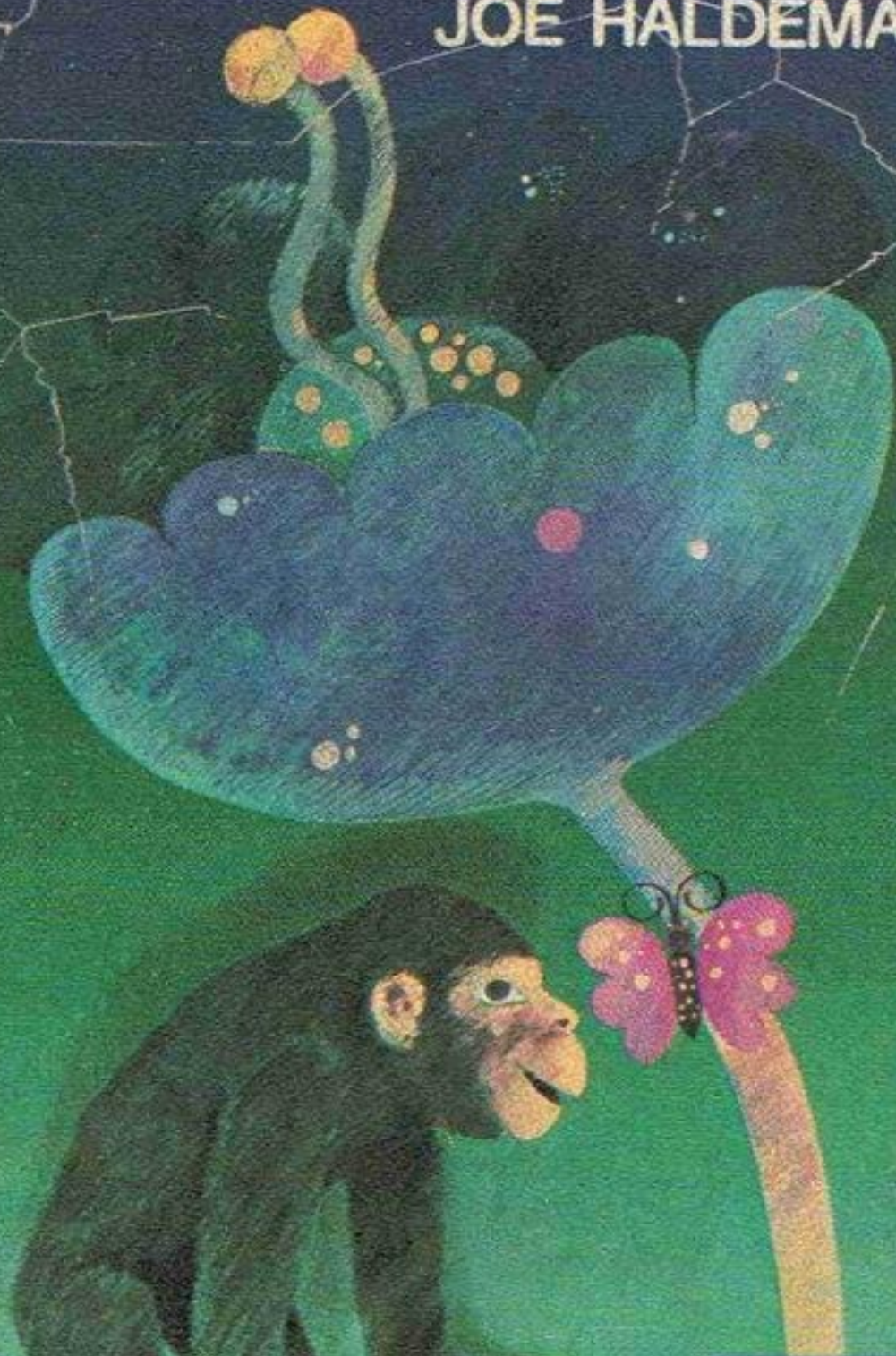


CIENCIA FICCION

humor cosmico

RECOPIILADO POR
JOE HALDEMAN



Lectulandia

La ciencia ficción —puro entretenimiento en sus inicios— se ha convertido en un género literario tremendamente serio. Sus nuevos universos, poblados por nuevas y extrañas razas, no son más que nuevos escenarios para los mismos dramas, las mismas contradicciones de nuestra vieja Tierra. Pero en su vagar por el cosmos, el lector de ciencia ficción puede también tener sorpresas. Y encontrarse, por ejemplo, con una mortífera bomba H que tiene un ojo azul, o con un robot transparente enamorado de su interior o con un ejército de Supermans. Así de insólitos —o más, y lean los relatos del presente volumen para comprobarlo— son los resultados de la alianza entre el sentido del humor y la fantasía científica: una mezcla que de puro corrosiva, puede llegar a ser detonante...

Lectulandia

VV. AA.

Humor cósmico

Recopilado por Joe Haldeman

ePub r1.2

viejo_oso 06.08.14

Título original: *Cosmic Laughter*

VV. AA., 1974

Recopilado por Joe Haldeman

Traducción: María Teresa Segur

Cubierta: Jorge Sánchez

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Contenido

Un ligero error de cálculo (A Slight Miscalculation), Ben Bova, 1971.

¡Es un pájaro, es un avión! (It's a Bird! It's a Plane!), Norman Spinrad, 1967, 1970.

Los robots están aquí (The Robots Are Here), Terry Carr, 1967.

I de Newton (I of Newton), Joe Haldeman, 1970.

Los hombres que asesinaron a Mahoma (The Men Who Murderer Mohammed), Alfred Bester, 1957.

Servir al hombre (To Serve Man), Damon Knight, 1950.

Una bomba en la bañera (The Bomb in the Bathtub), Thomas N. Scortia, 1957, 1972.

El hechicero negro del castillo negro (The Black Sorcerer of the Black Castle), Andrew J. Offutt, 1974.

Gallegher Plus (Gallegher Plus), Henry Kuttner, 1952.

INTRODUCCIÓN

Gran parte de la ciencia ficción es terriblemente seria. Los autores urden historias para advertirnos de que «nos estamos agotando». Inventan nuevos universos y nuevas razas de hombres, como marcos y protagonistas de vastos dramas. Con todo el Universo, pasado, presente y futuro, como escenario, no es de extrañar que el pincel sea grueso y las pinceladas audaces.

La ciencia ficción hace mucho ruido; el zumbido de las pistolas lanzarrayos, el choque de los planetas, el rugido de las metáforas cósmicas. Pero si escuchamos atentamente, oiremos una risita ocasional, alguna carcajada, incluso, y más allá —a cuatro años luz al sudeste de Alfa del Centauro— un coro de estridentes risas. Porque también existe una ciencia ficción para divertirse.

Lo único que todos los relatos siguientes tienen en común es que me han hecho reír. Por lo demás, son muy diferentes. Encontramos constantes y burlonas extravagancias en las fabulosas máquinas de Henry Kuttner, pero también un relato de Damon Knight que parece muy sensato y serio... hasta la última línea. Tenemos el más negro de los humores negros y algunas frivolidades puramente divertidas. Ambas cosas en el mismo relato, escrito por una extraña persona con el nombre en minúscula, llamada andy offutt.

Están ustedes a punto de conocer a personas tan inverosímiles como Caedman Wickes (investigador privado, especialista en denuncias singulares), un ejército de Clark Kents, y Félix Funck, supersiquiatra. Naturalmente, hay unos cuantos sabios distraídos, e incluso uno que se desvanece gradualmente.

Y las máquinas: un enorme aparato aparentemente construido con la única finalidad de comer tierra mientras canta «St. James Infirmary», una pelota de hojalata con todo el encanto del Viejo Mundo, un robot transparente enamorado de sus propias vísceras, y una ególatra bomba H que habla y tiene un ojo azul.

Pero no todo es frivolidad y ligereza, ¡oh, no! Estos relatos versan sobre temas tan enormemente serios como terremotos catastróficos, un mundo, que se ha vuelto loco, canibalismo, la invasión de las arañas, un dispositivo ideado para hacer estallar todo el Universo en calidad de, uh, terapia.

Los temas, al menos, son serios.

JOE HALDEMAN

A mi padre y a mi madre

UN LIGERO ERROR DE CÁLCULO

BEN BOVA

Nathan French era un matemático puro. Trabajaba para un laboratorio de investigación situado en la cumbre de una colina que dominaba la costa del Pacífico, pero su despacho no tenía ventanas. Cuando su laboratorio obtenía sus ingresos por una investigación sobre bombas nucleares, Nathan se dedicó a hacer ecuaciones para colocar a hombres en la Luna con un mínimo de consumo de combustible. Cuando su laboratorio obtuvo un importante contrato para realizar el proyecto de un vuelo lunar, Nathan empezó a preocuparse acerca de la polución atmosférica.

Nathan no tenía mucho aspecto de matemático. Era alto y delgado, le gustaba jugar a balonmano, hablaba con un ligero ceceo cuando se excitaba, y tenía una cara que recordaba claramente a un caballo. Esto le ayudaba a mantenerse puro en otras cosas que no eran las matemáticas. Lo único que permitía deducir su clase de trabajo era que, últimamente, había empezado a bizquear bastante. Pero no parecía nada nervioso ni impresionable, y aún sonreía a menudo, mostrando sus grandes dientes de caballo.

Cuando el laboratorio obtuvo su primer contrato (del estado de California) para estudiar la polución atmosférica, los puros pensamientos de Nathan se volvieron — naturalmente— en otra dirección.

—Creo que es posible encontrar un método para predecir los terremotos —dijo Nathan al jefe del laboratorio, el viejo y bondadoso doctor Moneygrinder.

Moneygrinder miró fijamente a Nathan por encima de sus bifocales

—Muy bien, Nathan, hijo mío —dijo con entusiasmo—. Adelante; puedes intentarlo. Ya sabes que siempre me ha interesado el progreso del hombre en la comprensión de su universo.

Cuando Nathan hubo salido del suntuoso despacho del jefe, Moneygrinder alzó su panzudo cuerpecito del cómodo sillón donde estaba aposentado y se acercó a la ventana. Su despacho tenía dos ventanas: una de ellas dominaba una hermosa vista del Pacífico; la otra daba al aparcamiento, para que el jefe pudiera comprobar quién llegaba a trabajar y a qué hora.

Y detrás de ese aparcamiento, que estaba medianamente lleno de coches pasados de moda (los negocios no iban bien desde hacía varios años), entre los eucaliptos y la refrescante hierba, había una pequeña elevación de terreno notablemente recta, de una

altura no superior a un metro veinte. Se extendía como un alargado escalón por detrás de toda la fachada del laboratorio, hasta más allá de la iglesia de estuco rosa abandonada en la cresta de la colina. Una pequeña elevación de tierra cubierta de hierba que era denominada la Falla de San Andreas.

Moneygrinder contemplaba a menudo la falla desde su ventana, repitiendo mentalmente lo que debía hacer cuando la tierra empezara a temblar. No era miedo, sólo prudencia. Una vez había habido un temblor mientras celebraban una reunión con el personal. Moneygrinder había saltado por la ventana, atravesado el aparcamiento, y alcanzado el otro lado de la falla (el lado oriental, o «seguro») antes de que hombres mucho más jóvenes que él se hubieran levantado de la silla. El personal habló durante meses de la asombrosa agilidad del rechoncho hombrecillo.

Justo un año después, el aparcamiento estaba ligeramente más lleno, y algunos de los coches eran nuevos. El tema de la polución empezaba a interesar, desde el desastroso smog de San Clemente. Y el laboratorio también había logrado conseguir unos cuantos contratos de las Fuerzas Aéreas... por una cantidad de dinero seis veces mayor que la obtenida por el trabajo sobre la polución.

Moneygrinder estaba recostado en el cómodo sillón de su despacho, intentando parecer interesado y reservado al mismo tiempo, cosa muy difícil de lograr, pues nunca podía seguir a Nathan cuando el matemático intentaba explicarle su trabajo.

—Azi que ez una zimple cueztión de tranzponer la progrezión —ceceaba Nathan, hablando demasiado de prisa porque estaba excitado, mientras garabateaba ecuaciones en la pizarra de color fucsia con chirriantes trazos de tiza amarilla.

—¿Lo ve? —dijo Nathan al fin, colocándose junto a la pizarra. Ésta se encontraba totalmente cubierta con sus números y símbolos casi ilegibles. Una nube de polvo amarillo flotaba a su alrededor.

—Hum... —dijo Moneygrinder—. De modo que tu conclusión...

—Eztá perfectamente clara —dijo Nathan—. Zi ze tiene una aceptable baze de datoz, no zólo ez pozible predecir cuándo y dónde ze producirá un terremoto, zino también cuál zerá su intenzidad.

Moneygrinder entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro?

—He repazado la teoría con los geofísicos de la Ezcuela Tecnológica de California y eztán de acuerdo conmigo.

—Hum. —Moneygrinder tabaleó sobre la superficie de la mesa con sus dedos gordezuelos—. Ya sé que esto se aparta un poco de la cuestión, Nathan, pero... ah, ¿puedes realmente predecir los terremotos? ¿O no es más que teoría?

—Claro que puedo predecir loz terremotoz —dijo Nathan, sonriendo como la mula Francis—; como el del próximo juevez.

—¿El del próximo jueves?

—Zí. Habrá un gran terremoto el próximo jueves.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. A lo largo de la falla.

—¡No!

Nathan lanzó distraídamente al aire un trozo de tiza, pero no pudo volver a cogerla, y cayó sobre la moqueta.

Moneygrinder, ligeramente más pálido que la tiza, preguntó:

—¿Has dicho un gran terremoto?

—Uh-huh.

—¿Es que..., es que los de la Escuela Tecnológica han hecho la predicción?

—No, fui yo. Ellos no están de acuerdo. Dicen que tengo un factor gamma invertido en la decimocuarta serie de ecuaciones. La computadora lo está comprobando en este momento.

Algo de color volvió a las flácidas mejillas de Moneygrinder.

—Oh..., oh, comprendo. Bueno, notifícame el resultado de la computadora.

—Desde luego.

A la mañana siguiente, mientras Moneygrinder contemplaba la llegada de los coches a través de los visillos que cubrían la ventana de su despacho, sonó el teléfono. Sabía que su secretaria había trasnochado y que aún no había llegado. Frunciendo el ceño, Moneygrinder se aproximó a la mesa y contestó personalmente el teléfono.

Era Nathan.

—La computadora está de acuerdo con los muchachos de la Escuela Tecnológica, pero yo creo que la programación no es correcta. No se puede confiar ciegamente en las computadoras; no son mejores que las personas encargadas de ellas.

—Comprendo —repuso Moneygrinder—. Bueno, sigue adelante con las comprobaciones.

Sonrió con ironía al colgar el aparato.

¡El bueno de Nathan! Inmejorable como teórico, pero inútil en el mundo real.

Sin embargo, cuando su secretaria apareció y le trajo su café y pastilla matinales y le mordisqueó la oreja, comentó pensativamente:

—Quizá debiera hablar con esos banqueros de Nueva York.

—Pero si dijiste que no necesitarías su dinero ahora que este asunto está cobrando interés —ronroneó ella.

Él asintió blandamente.

—Sí, pero de todos modos... arréglame una entrevista con ellos para el próximo jueves. Me iré el miércoles por la tarde y me quedaré el fin de semana en Nueva York.

Ella le miró fijamente.

—Pero tú me dijiste que iríamos...

—Ya lo sé, ya lo sé..., pero los negocios van primero. Puedes coger el avión de la noche del viernes y esperarme en el hotel.

Sonriendo, ella contestó:

—Sí, cariño.

Matt Climber acababa de llegar de un almuerzo en el Pentágono cuando recibió la llamada telefónica de Nathan.

Climber había trabajado para Nathan hacía varios años. Empezó como programador de computadoras, ayudante de Nathan. Al cabo de dos años se había convertido en jefe de sección, y supervisor directo de Nathan. (Sólo nominalmente. Nadie podía mandar a Nathan; él trabajaba independientemente.) Cuando Moneygrinder se dio cuenta de que Climber aspiraba a ocupar su propio puesto, el jefe del laboratorio proporcionó a su joven ayudante un empleo administrativo en Washington. Una buena experiencia para un ejecutivo que promete.

—Hola, Nathan, ¿cómo va el trabajo de investigación? —dijo Climber mientras consultaba su agenda de entrevistas. Tenía dos conferencias y dos reuniones de personal aquella misma tarde.

—Espera, espera, no tan de prisa —dijo Climber, con acento amistoso, pero expresión sombría—. Ya sabes que nadie puede entenderte cuando hablas a esta velocidad.

Treinta minutos más tarde, Climber estaba retrepado en su sillón, con los pies encima de la mesa, la corbata floja, el cuello de la camisa abierto y las dos primeras reuniones de su lista tachadas.

—A ver si lo he entendido bien, Nathan —dijo, asiendo el receptor con fuerza—. Predices un gran terremoto a lo largo de la falla de San Andreas para el próximo jueves por la tarde a las dos y media, hora del Pacífico. Pero los de la Escuela Tecnológica y tu propia computadora no están de acuerdo contigo.

Al cabo de otros diez minutos, Climber dijo:

—Sí, sí..., claro que me acuerdo de que a veces nos equivocábamos en la programación. Pero tú también cometías errores. Está bien, está bien..., te diré lo que vamos a hacer, Nathan; sigue verificando las cifras. Si llegas a la conclusión de que la computadora está equivocada y tú no, llámame inmediatamente. Me pondré en contacto con el mismo presidente, si es necesario. ¿De acuerdo? Estupendo. No dejes de telefonarme.

Colgó bruscamente el auricular y puso los pies en el suelo, con la misma expresión de inquietud.

El viejo ha perdido un tornillo, se dijo Climber. El próximo jueves. ¡Ja! El próximo jueves. Hummm...

Hojeó apresuradamente la agenda. Tenía una reunión con los de la Boeing el jueves siguiente.

Si hay un gran terremoto, toda la maldita costa occidental se hundirá en el Pacífico. Vamos a ver..., no seas tonto. Nathan está loco, eso es todo. Sin embargo..., no sé si la falla llega tan al norte.

Se inclinó sobre la mesa y apretó el botón del interfono.

—¿Sí, señor Climber? —contestó la voz de su secretaria.

—Esa conferencia con los de la Boeing sobre transportes de estratorreactor hipersónico del próximo jueves —empezó Climber, titubeando un momento. Pero, con total decisión, ordenó—: Cancélela.

Nathan French no era aficionado a la bebida, pero el martes de la siguiente semana fue directamente del laboratorio a un pequeño bar que estaba asentado sobre un saliente rocoso que dominaba el océano.

Estaba extrañamente desierto aquel martes por la tarde; de modo que Nathan acaparó la completa atención del preocupado camarero y la prostituta recién pintada que trabajaba durante aquel primer turno con un vestido de cóctel exageradamente corto y rociada de penetrante perfume.

—Vaya desastre, el negocio nunca había ido tan mal como ayer y hoy —gruñó el camarero. Se agitaba de un lado a otro de la barra, sin nada que hacer. El único vaso sucio de todo el establecimiento era el de Nathan, y él lo tenía agarrado porque le gustaba masticar los cubos de hielo.

—Sí —convino la chica—. A este paso, volveré a ser virgen a final de semana.

Nathan no dijo nada. Tenía la boca llena de cubos de hielo, que masticaba con distraída cacofonía. Seguía intentando descubrir por qué él y la computadora no coincidían acerca de la decimocuarta serie de ecuaciones. Todo lo demás encajaba a la perfección: la hora, el lugar, la intensidad según la escala de Richter. Pero el vector, el valor direccional..., alguien seguía interpretando mal sus instrucciones para la programación. Era la única explicación posible.

—La bolsa de valores está por los suelos —dijo tétricamente el camarero—. Mi agente dice que la Boeing va a poner de patitas en la calle a la mitad del personal. El transporte estratorreactor que iban a construir está paralizado. Y el laboratorio de la colina pasará a manos de algunos bancos de la Costa Este. —Meneó la cabeza lentamente.

La muchacha, sentada junto a Nathan con los codos sobre la barra y el sostén relleno de goma espuma claramente perfilado, le sonrió y le dijo:

—Oye, ¿qué te parece si..., muchacho? Sólo para que no me olvide de cómo hacerlo, ¿eh?

Con un último mordisco al último cubo de hielo, Nathan dijo:

—Oh, discúlpeme, tengo que verificar el programa de la computadora.

Por la mañana del jueves, Nathan estaba verdaderamente preocupado. No sólo la computadora seguía insistiendo en que él se había equivocado en la ecuación decimocuarta, sino que ninguno de los programadores se había presentado a trabajar. Evidentemente, uno de ellos —quizá todos ellos— había saboteado su programa. Pero ¿por qué?

Recorrió a grandes zancadas todos los pasillos del laboratorio en busca de algún programador, cualquiera..., pero el laboratorio estaba prácticamente vacío. Sólo un puñado de personas había acudido a trabajar, y tras una hora aproximada de conversaciones a media voz en la cafetería, empezaron a desfilar hacia el aparcamiento, donde subieron a sus coches y se alejaron.

Dio la casualidad de que Nathan iba por un pasillo cuando uno de los físicos investigadores —uno nuevo, perteneciente a un departamento con el que Nathan nunca trataba— chocó con él.

—Oh, perdone —dijo apresuradamente el físico, haciendo ademán de dirigirse a la puerta que había al final del corredor.

—Espere un momento —dijo Nathan, asiéndole por un brazo—. ¿Sabe programar una computadora?

—Uh, no, no sé.

—¿Dónde se ha metido hoy la gente? —se preguntó Nathan en voz alta, sin soltar el brazo del hombre—. ¿Es que es una fiesta nacional?

—Pero, hombre, ¿no se ha enterado? —preguntó el físico, con ojos saltones—. Habrá un terremoto esta misma tarde. ¡Todo el estado de California se hundirá en el mar!

—Ah, es eso.

Desasiéndose, el físico siguió pasillo abajo. Al llegar a la puerta, gritó por encima del hombro:

—¡Salga de aquí ahora que aún puede! ¡Hacia el este de la falla! ¡Las carreteras se están llenando muy de prisa!

Nathan frunció el ceño.

—Aún queda una hora o más —se dijo—. Y sigo creyendo que la computadora se equivoca. Me pregunto cuáles serían los efectos de la marea en el océano Pacífico si todo el estado se hundiera en el océano.

Nathan no se dio realmente cuenta de que estaba hablando consigo mismo. No había nadie más con quien hablar.

Excepto la computadora.

Estaba sentado en el cuarto de la computadora, absorto todavía en las tercas ecuaciones, cuando empezó el ruido. Al principio fue apenas audible, como un trueno

muy distante. Después la habitación empezó a temblar y el ruido aumentó de intensidad.

Nathan consultó su reloj de pulsera: las dos y treinta y dos.

—¡Lo sabía! —dijo alegremente a la computadora—. ¿Lo ves? Apuesto cualquier cosa a que el resto también está correcto; incluyendo la ecuación decimocuarta.

Andar por el pasillo era como ir por el corredor de un barco azotado por la tormenta. El suelo y las paredes se balanceaban violentamente. Nathan consiguió mantenerse en pie, a pesar de algún que otro tropezón.

No se le ocurrió que podía morir hasta que salió al exterior. El cielo estaba oscuro, el suelo se movía, y el ruido le ensordecía. Un fuerte viento levantaba polvo por todas partes, añadiendo su estridente furia al torturado lamento de la tierra.

Nathan no podía ver a un metro y medio por delante de él. Zarandeado por el viento y con los ojos llenos de polvo, no sabía en qué dirección avanzar. Sabía que el otro lado de la falla significaba la salvación, pero ¿dónde estaba?

Entonces se produjo un relámpago bíblico y el último rugido, estridente, chirriante y atronador. Una tremenda onda de choque lanzó al suelo a Nathan, y perdió el conocimiento. Su último pensamiento fue: «Yo tenía razón y la computadora estaba equivocada.»

Cuando se despertó, el sol brillaba débilmente a través de una neblina gris. El viento había amainado. Todo estaba insólitamente silencioso.

Nathan se puso trabajosamente en pie y miró a su alrededor. El edificio del laboratorio aún seguía allí. Él estaba en medio del aparcamiento; el único coche a la vista era el suyo, cubierto de polvo.

Más allá del aparcamiento, donde habían estado los eucaliptos, se veía el borde de un acantilado, donde rocas aún humeantes y tierra virgen se derrumbaban hacia el mar espumeante.

Nathan se acercó tambaleándose al borde del acantilado y miró al mar, hacia el este. De algún modo se dio cuenta de que la tierra más cercana era Europa.

—Maldita sea —dijo con desacostumbrada vehemencia—. La computadora tenía razón, después de todo.

¡ES UN PÁJARO, ES UN AVIÓN!

NORMAN SPINRAD

El doctor Félix Funck puso torpemente una nueva cinta en la grabadora que tenía escondida en el cajón central de su mesa mientras la voluptuosa señorita Jones introducía a un nuevo paciente. El doctor Funck contempló con anhelo a la señorita Jones, cuya corta bata blanca de enfermera dejaba adivinar su contenido de la manera más efectiva sin revelar ninguno de los detalles más íntimos e interesantes. Si la visión de rayos X fuera realmente posible y no parte del maldito síndrome...

«¡Domínate, Funck, domínate!», se dijo Félix Funck por decimoséptima vez aquel mismo día.

Suspiró, se resignó, y dijo al joven de aspecto serio que la señorita Jones había llevado a su despacho:

—Por favor, siéntese, señor...

—¡Kent, doctor! —repuso el joven, sentándose cuidadosamente en el borde de un sillón demasiado relleno enfrente del escritorio de Funck—. ¡Clark Kent!

El doctor Funck hizo una mueca, y después sonrió débilmente.

—¿Por qué no? —dijo, examinando el aspecto del joven. El joven llevaba un arcaico traje azul cruzado y gafas de montura de acero. Su cabello era de un azul acerado—. Dígame..., señor Kent, ¿por casualidad sabe dónde se encuentra?

—¡Desde luego, doctor! —repuso vivamente Clark Kent—. ¡Estoy en un gran hospital mental público de la ciudad de Nueva York!

—Muy bien, señor Kent. Y ¿sabe usted por qué está aquí?

—¡Creo que sí, doctor Funck! —contestó Clark Kent—. ¡Sufro de amnesia parcial! ¡No recuerdo cómo ni cuándo vine a Nueva York!

—¿Quiere decir que no recuerda su vida pasada? —preguntó el doctor Félix Funck.

—¡Claro que no, doctor! —dijo Clark Kent—. ¡Me acuerdo de todo hasta hace tres días, cuando me encontré súbitamente en Nueva York! ¡Y me acuerdo de los últimos tres días aquí! ¡Pero no me acuerdo de cómo llegué!

—Así pues, ¿dónde vivía antes de encontrarse en Nueva York, señor Kent?

—¡En Metrópolis! —respondió Clark Kent—. ¡Eso lo recuerdo muy bien! ¡Soy periodista del *Daily Planet* de Metrópolis! Es decir, ¡lo soy si el señor White no me ha echado por no presentarme en tres días! ¡Debe usted ayudarme, doctor Funck! ¡Tengo que regresar inmediatamente a Metrópolis!

—Bueno, lo único que tiene que hacer es coger el próximo avión —sugirió el

doctor Funck.

—¡No parece haber ningún vuelo de Nueva York a Metrópolis! —exclamó Clark Kent—. ¡Tampoco hay autobuses ni trenes! ¡Ni siquiera pude encontrar un ejemplar del *Daily Planet* en el quiosco de Times Square! ¡Ni siquiera puedo acordarme de dónde está Metrópolis! ¡Es como si alguna fuerza maligna hubiera borrado todo rastro de Metrópolis de la faz de la Tierra! ¡Éste es mi problema, doctor Funck! ¡Tengo que regresar a Metrópolis, pero no sé cómo!

—Dígame, señor Kent —dijo lentamente Funck—, ¿por qué es tan imperativo que regrese inmediatamente a Metrópolis?

—Bueno..., uh..., ¡está mi empleo! —repuso Clark Kent con desasosiego—. ¡Perry White debe de estar furioso a estas alturas! ¡Y está mi chica, Lois Lane! ¡Bueno, quizá no lo sea todavía, pero lo será!

El doctor Félix Funck esbozó una sonrisa de conspirador.

—¿No hay alguna razón más apremiante, señor Kent? —preguntó—. ¿Algo que tenga que ver con su identidad secreta?

—¿Identidad secreta? —balbuceó Clark Kent—. ¡No sé de qué está usted hablando, doctor Funck!

—¡Oh, vamos, Clark! —dijo Félix Funck—. Hay mucha gente que tiene identidades secretas. Yo mismo tengo una. Dígame cuál es la suya, y yo le revelaré la mía. Puede confiar en mí, Clark. El juramento de Hipócrates, y todo eso. Su secreto está a salvo conmigo.

—¿Secreto? ¿De qué secreto está hablando?

—¡Vamos, vamos, señor Kent! —apremió Funck—. Si quiere que le ayude, tendrá que jugar limpio conmigo. No me creo toda esa palabrería humilde y suave de periodista. Sé quién es usted en realidad, señor Kent.

—¡Soy Clark Kent, periodista humilde y suave del *Daily Planet* de Metrópolis! —insistió Clark Kent.

El doctor Félix Funck metió la mano en un cajón de la mesa y extrajo un pequeño trozo de roca cubierta con pintura verde.

—¡Usted es, en realidad, Superman —exclamó—, más rápido que una bala, más fuerte que una locomotora, capaz de saltar altos edificios de un solo brinco! ¿Sabe qué es esto? —chilló, lanzando la roca verde a la cara del desventurado Clark Kent—. ¡Es kriptonita, eso es lo que es, auténtica kriptonita, inspeccionada por el gobierno! ¿Qué me dice de eso, Superman?

Clark Kent, que en realidad es el Hombre de Acero, trató de decir algo, pero antes de que pudiera articular sonido alguno, perdió el conocimiento.

El doctor Félix Funck se inclinó por encima de la mesa y desabrochó la camisa de Clark Kent. Como era de esperar, debajo de su ropa de calle, Kent llevaba un mono de lana teñido de azul y carcomido por las polillas, sobre cuya parte delantera había

sido cosida una «S» de tela burda y desigual.

—Un caso clásico... —murmuró para sí el doctor Funck—. Como sacado de un libro de texto. Incluso ha perdido sus poderes imaginarios cuando le he enseñado la falsa kriptonita. ¡Otro trabajo para Supersiquiatra!

«¡Domínate, Funck, domínate!», volvió a decirse el doctor Félix Funck.

Meneando la cabeza, tocó el timbre para llamar a los enfermeros.

Cuando los enfermeros se hubieron llevado al Clark Kent número 758, el doctor Félix Funck sacó un montón de comics del cajón de su mesa, los extendió encima de ella, los contempló inexpresivamente y gimió.

El síndrome de Supermán estaba escapando a todo control. «Sólo en este hospital, ya hay 758 casos clasificados del síndrome de Supermán, pensó desesperadamente, y sólo Dios sabe cuántos superchalados esperan ser clasificados en el pabellón de ingresos.»

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —murmuró Funck, mesándose el cabello cada vez más escaso.

Él sabía que, naturalmente, la razón básica, fundamental, ineludible e incurable era que el mundo estaba lleno de Clark Kents. Hombres de maneras humildes y suaves. Perdedores natos. Claro que ninguno de ellos se veía a sí mismo como a un inepto. Todos los ratones se consideran leones. Todo el mundo tiene una identidad secreta, la imagen soñada de sí mismo, poseedor de poderes fantásticos, capaz de enfrentarse con situaciones normalmente imposibles...

Incluso los psiquiatras tenían identidades secretas, pensó abstraídamente Funck. Al fin y al cabo, ¿quién más que Supersiquiatra podía enfrentarse con un pabellón repleto de supermanes?

¡Supersiquiatra! ¡Más fuerte que un psicópata, violento! ¡Capaz de diagnosticar una verdadera neurosis en una sola sesión! ¡Más rápido que Freud! ¡Más hábil que Adler! Éste, disfrazado como el doctor Félix Funck, cabeza calva y atormentada del pabellón del síndrome de Supermán de un gran manicomio metropolitano, libra la guerra interminable de la adaptación. ¡Análisis neo-freudiano, dicotomía y American Way!

«¡Domínate, Funck, domínate!»

«Hay un pequeño Clark Kent en el mejor de nosotros», pensó Funck.

Ésa era la razón de que Supermán hubiera pasado al folklore desde hacía tanto tiempo. Supermán y su alter ego, Clark Kent, constituían la expresión franca y perfecta del dilema humano (Kent) y la correspondiente realización de sus deseos (El Hombre de Acero). Para los niños era normal asimilar el mito sintético en sus descuidados subconscientes. Pero para ellos también era normal superarlo más tarde. Unas cuantas tendencias esquizoides infantiles nunca perjudican a nadie. Todos los

niños están un poco locos, razonaba sabiamente Funck.

¡Ojalá alguien hubiera detenido a Andy Warhol antes de que fuese demasiado tarde!

Eso fue lo que abrió la fétida lata de gusanos, pensó Funck... El furor del pop-art. Repentinamente, los comics dejaron de ser asunto de niños. Repentinamente, los comics pasaron a ser Arte con una «A» mayúscula. Estaban de moda, los llamados adultos ya no se avergonzaban de arrebatárselos a los niños y leerlos ellos mismos.

En toda América, hombres de maneras humildes y suaves daban marcha atrás y revivían su juventud a través de los comics. Millares de patanes de maneras humildes y suaves se identificaban una vez más con el periodista de maneras humildes y suaves del *Daily Planet* de Metrópolis. Era como regresar de nuevo a casa. Supermán era la figura que encarnaba perfectamente la realización de todos los deseos. Nadie dudaba de que pudiera pulverizar a 007, saltar por encima de un atasco de tráfico en la autopista de Long Island de un solo brinco, ver a través de la ropa femenina con su visión de rayos X, y, *voilà*, ¡el síndrome de Supermán!

Primera etapa: la víctima de maneras humildes y suaves se identifica con ese prototipo de todos los *zoquetes*, Clark Kent.

Segunda etapa: empieza a encontrarse cada vez más parecido a Clark Kent; empieza a soñar que es Supermán.

Tercera etapa: un momento de intensa frustración, un desaire de alguna Lois Lane, una reprimenda de algún airado equivalente de Perry White, y algo se rompe, encontrándose en las garras del síndrome de Supermán.

Generalmente, todo empezaba con disimulo. La víctima se procuraba un mono de lana, lo teñía de azul, cosía una «S» sobre él, y llevaba ocasionalmente el traje por debajo de su ropa de calle, en días de depresión.

Pero una vez dado el primer paso fatal, el síndrome de Supermán era irreversible. La víctima acababa llevando el traje todos los días. Tarde o temprano, la tensión y fatiga de la realidad eran demasiado, y se producía un estado de amnesia temporal. Durante la amnesia, la víctima se teñía el cabello del mismo azul acerado que Supermán, se compraba un traje azul cruzado y gafas de montura metálica, se olvidaba de quién era, y una mañana se despertaba con una serie de recuerdos extraídos de los comics. *Era* Clark Kent, y tenía que regresar a Metrópolis.

Ya era bastante horrible que miles de locos se pasearan por la ciudad creyendo que eran Clark Kent, pero lo peor resultaba que Clark Kent era el Hombre de Acero. Eso significaba que miles de hombres adultos se tiraban de los edificios, intentaban detener locomotoras con sus manos desnudas, abordaban a criminales armados en las calles y encontraban otras mil formas de hacerse el *hara-kiri*.

Y lo peor de todo era que, habiendo tantos superchalados merodeando por el país, todo el mundo había visto a Supermán por lo menos una vez, y bastantes de ellos

habían conseguido realizar alguna hazaña —salvar a una ancianita de una banda de asaltantes, frustrar el inexperto robo a un banco con su sola aparición—, de modo que cada vez era más difícil convencer a la gente que *no* existía ningún Supermán.

Y cuanta más gente se convencía de que existía un Supermán, más gente caía víctima del síndrome, y más gente se convencía...

Funck soltó un gruñido. Incluso había un conocido locutor televisivo que sugirió, en broma, la posibilidad de que Supermán *fuera* real, y los locos fueran todos los que creyeran que no lo era.

Funck se preguntaba si eso era posible. Si la cordura estaba definida por la norma, por el estado mental de la mayoría de la población, y la mayoría de la población creía en Supermán, entonces quizá los que no creyeran en Supermán tenían un tornillo flojo...

Si los locos estaban cuerdos, y los cuerdos estaban locos, y los locos constituían la mayoría, la verdad tendría que ser...

—¡Domínate, Funck! —gritó el doctor Félix Funck—. ¡Supermán no existe! ¡Supermán no existe!

Funck introdujo nuevamente los comics en el cajón y apretó el botón del interfono.

—Puede enviarme al próximo superloco, señorita Jones —dijo.

La voluptuosa señorita Jones parecía muy sonrojada cuando introdujo al siguiente paciente en el despacho del doctor Funk.

Funck observó instantáneamente que había en él algo insólito. Llevaba las gafas usuales y el traje azul cruzado usual, pero se podía decir que casi le favorecían. Tenía la complexión de un bunker, y el teñido azul acerado de su cabello parecía verdaderamente profesional. Funck olfateó el dinero. Al fin y al cabo, uno de los poderes de Supersiquiatra era su misteriosa capacidad para calcular instantáneamente la cuenta bancaria de un paciente en potencia. Quizá hubiera algún medio para quedarse con aquél en calidad de paciente particular...

—Tome asiento, señor Kent —dijo el doctor Funck—. Es usted Clark Kent, ¿verdad?

Clark Kent se sentó en el borde del sillón, sin abandonar la extrema rigidez de sus anchas espaldas.

—¡Pues, sí, doctor! —repuso—. ¿Cómo lo ha sabido?

—He visto su fotografía en el *Daily Planet* de Metrópolis, señor Kent —dijo Funck. «He de seguirle la corriente», pensó. «Aquí hay dinero. ¡El teñido está tan bien hecho que debe de haberle costado cincuenta pavos como mínimo! ¡Un buen trabajo para Supersiquiatra!»—. Bueno, usted dirá cuál es el problema, señor Kent —prosiguió.

—¿Se trata de mi memoria, doctor! —dijo Clark Kent—. ¡Al parecer sufro una extraña forma de amnesia!

—¿De veras? —preguntó suavemente Félix Funck—. ¿Será quizá que..., que se ha encontrado súbitamente en Nueva York sin saber cómo ha llegado hasta aquí, señor Kent? —inquirió.

—¡Pero esto es asombroso! —exclamó Clark Kent—. ¡Ha dado usted en el clavo!

—¿Y no podría ser también —sugirió Félix Funck— que tuviera usted la necesidad de regresar inmediatamente a Metrópolis? ¿Que sin embargo, no encontrara ningún avión, ni tren ni autobús que le llevara hasta allí? ¿Que no ha logrado encontrar un ejemplar del *Daily Planet* en los quioscos de la ciudad? ¿Que, de hecho, ni siquiera recuerda dónde está Metrópolis?

Los ojos de Clark Kent parecían a punto de salirse de las órbitas.

—¡Fantástico! —exclamó—. ¿Cómo puede saber todo esto? ¿Es posible que no sea usted un psiquiatra ordinario, doctor Funck? ¿Es posible que el doctor Félix Funck, cabeza calva y atormentada de un pabellón en un gran manicomio metropolitano sea en realidad... *Supersiquiatra*?

—¡Oh! —exclamó el doctor Félix Funck.

—No se preocupe, doctor Funck —dijo Clark Kent con voz cálida y comprensiva—, ¡su secreto está a salvo conmigo! Nosotros, los superhéroes, tenemos que ayudarnos mutuamente, ¿no es verdad?

—¡Hum! —dijo el doctor Félix Funck. ¿Cómo era posible que lo supiera? Entonces, tenía que ser... ¡Gulp! Aquello era ridículo. «¡Domínate, Funck, domínate!» Después de todo, ¿quién era el psiquiatra allí?

—Así que sabe que Félix Funck es *Supersiquiatra*, ¿eh? —dijo astutamente—. En ese caso, también debe saber que no puede ocultarme nada; que yo también conozco su identidad secreta.

—¿*Identidad secreta*? —repuso Clark Kent con gazmoñería—. ¿Quién? ¿Yo? ¡Pero si todo el mundo sabe que sólo soy un periodista de maneras humildes y suaves de un gran periódico...!

Con un salvaje alarido, el doctor Félix Funck se inclinó repentinamente sobre su mesa y abrió de un tirón la camisa del atónito Clark Kent, dejando al descubierto un mono azul muy ajustado con la insignia de una «S» roja cosida sobre el pecho. Obra de un excelente sastre, pensó aprobadoramente Funck.

—¡Ajá! —exclamó Funck—. ¡Así que Clark, el periodista de maneras humildes y suaves, es, en realidad, *Supermán*!

—¡Mi secreto ha sido descubierto! —dijo Clark Kent con estoicismo—. ¡Espero que crea usted en la Verdad, la Justicia, y la American Way!

—No se preocupe, amigo Clark. Su secreto está a salvo conmigo. Nosotros, los superhéroes, tenemos que ayudarnos mutuamente, ¿no es verdad?

—¡Absolutamente! —dijo Clark Kent—. En cuanto a mí problema, doctor...

—¿Problema?

—¿Cómo voy a regresar a Metrópolis? —preguntó Clark Kent—. ¡A estas alturas, las fuerzas del mal deben de estar disfrutando de un día de fiesta!

—Mire —dijo el doctor Funck—. En primer lugar, no hay ninguna Metrópolis, ningún *Daily Planet*, ninguna Lois Lane, ningún Perry White, y ningún Supermán. Todo esto son imaginaciones, amigo.

Clark Kent contempló al doctor Funck con expresión inquieta.

—¿Se encuentra bien, doctor? —preguntó solícitamente—. ¿Está seguro de que no ha trabajado demasiado? ¡Todo el mundo sabe que hay un Supermán! Dígame, doctor Funck, ¿cuándo se dio cuenta de que tenía esta extraña dolencia? ¿Es posible que algún trauma infantil le haya inducido a dudar de mi existencia? Quizá su madre...

—¡No se meta con mi madre! —chilló Félix Funck—. ¿Quién es el psiquiatra aquí? No quiero oír ninguna historia sucia acerca de mi madre. ¡No hay ningún Supermán, usted no es él y puedo demostrarlo!

Clark Kent asintió pacientemente con la cabeza.

—¡Claro que puede, doctor Funck! —le apaciguó.

—¡Mire! Si usted fuera Supermán no tendría ningún problema. No tendría que... —Funck paseó nerviosamente la mirada por su despacho. Estaba en el piso décimo. Tenía una ventana. La ventana tenía barrotes de acero de treinta milímetros de grosor. No podía hacerse daño, pensó Funck. ¿Por qué no? ¡Que se enfrentara con la realidad, él truncaría sus delirios de grandeza!

—¿Qué estaba diciendo, doctor? —preguntó Clark Kent.

—Si usted fuera Supermán, no tendría que preocuparse por trenes, aviones o autobuses. Usted puede volar, ¿no? Puede retorcer una barra de acero con sus manos desnudas. Pues entonces, ¿por qué no arranca los barrotes de la ventana y regresa volando a Metrópolis?

—¡Pues..., pues tiene usted toda la razón! —exclamó Clark Kent—. ¡Naturalmente!

—Ah... —dijo Funck—. Así que se ha dado cuenta de que ha sido víctima de una ilusión. Progreso, progreso. Pero no crea que ya está completamente curado. Ni siquiera Supersiquiatra puede lograr *tanto*. Necesitará muchas horas de consulta particular, al modesto precio de cincuenta dólares la hora. Debemos averiguar cuáles son las causas psicosomáticas básicas que...

—¿De qué está hablando? —exclamó Clark Kent, levantándose de un salto de la silla y despojándose del traje con asombrosa celeridad, dejando al descubierto un mono de Supermán, completado por una capa escarlata de lujoso aspecto que Funck examinó ávidamente.

Corrió hacia la ventana.

—¡Naturalmente! —dijo Supermán—. ¡Claro que puedo retorcer una barra de acero con las manos desnudas! —Diciendo esto, dobló los barrotes de acero de treinta milímetros con sus manos desnudas como si fueran barras de regaliz, las arrancó y saltó al alféizar de la ventana.

—¡Gracias por todo, doctor Funck! —dijo—. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Y en marcha! —Extendió los brazos y saltó de la ventana del décimo piso.

Horrorizado, Funck se precipitó hacia la ventana y sacó la cabeza por ella, esperando ver un terrorífico panorama sobre la acera. En cambio:

Una figura cubierta con una capa que disminuía rápidamente de tamaño planeaba sobre Nueva York. Desde la calle abarrotada de gente, estridentes exclamaciones llegaron a oídos del doctor Félix Funck.

—¡Mira! ¡En el cielo!

—¡Es un pájaro!

—¡Es un avión!

—¡Es SUPERMÁN!

El doctor Félix Funck vio cómo el Hombre de Acero ejecutaba un giro hacia la izquierda y se dirigía hacia el Empire State Building. Durante un momento, el doctor Funck se quedó aturdido, perplejo. Después comprendió lo que había sucedido y lo que le tocaba hacer.

—¡Está loco! —gritó Félix Funck—. ¡Este hombre ha perdido la razón! Le falta un tornillo. ¡Cree que es Supermán, y está tan loco que *es* Supermán! Ese hombre necesita ayuda. ¡Éste es un trabajo para SUPERSIQUIATRA!

Y con estas palabras, el doctor Félix Funck saltó al alféizar de la ventana, se quitó el traje de calle, dejando al descubierto un brillante y ajustado mono rojo con una gran «S» azul cosida en la parte delantera, y saltó de la ventana gritando:

—¡Espéreme, Supermán, neurótico patético, espéreme!

El doctor Félix Funck que, después de todo, es en realidad Supersiquiatra, giró hacia la izquierda y voló sobre el Hudson en dirección a Metrópolis, en algún lugar más allá de Secaucus, Nueva Jersey.

LOS ROBOTS ESTÁN AQUÍ

TERRY CARR

Todo empezó cuando acababa de terminar los planos de nuestro nuevo cohete de propulsión a chorro, y me sentía un poco cansado. Me acomodé en la silla, encendí un cigarrillo, y, haciendo un esfuerzo por mostrarme optimista, pensé que podríamos despachar cualquier cosa a cualquier parte de la Tierra con más rapidez que antes. Exhalé una bocanada de humo que se elevó hacia el techo de mi despacho y la contemplé con el ceño fruncido. Por todos los demonios, ahora que por fin había finalizado un proyecto empezado hacía dos años, tendría que sentirme aliviado y contento, no vagamente intranquilo.

Nervios, me dije. Demasiado trabajo. Ya era hora de salir a celebrarlo, y sacudir las telarañas de los viejos centros de placer. Alargué la mano hacia el teléfono para llamar a Betty a casa.

Pero entonces me acordé de algo: ¿No había hablado Betty acerca de una reunión de su maldito Comité Azalea, que tenía lugar aquella misma noche? ¿No lo había anotado yo mismo en un trozo de papel? Saqué la cartera y lo busqué. Sí, allí estaba la nota, y sí, aquella reunión *era* para la noche. Murmuré algo intermedio entre una maldición y un sencillo: «Ah, demonios.»

Entonces vi otra nota, que se había caído al suelo al sacar la primera. La recogí y la miré: era un número de teléfono. Me dispuse a meterla de nuevo en el departamento de la cartera.

Un momento..., ¿de quién era aquel número de teléfono? Volví a mirarlo, y gradualmente noté que el ceño arrugaba mi frente. El número correspondía a una central telefónica local, pero no lo reconocí. Y estaba escrito por mi propia caligrafía..., tengo una «S» particularmente defectuosa que parece una especie de serpiente que no sabía cuándo detenerse. Evidentemente, el trozo de papel estaba justo detrás del que tenía la anotación sobre Betty, de modo que debía de ser reciente.

Pero no podía recordar de quién era el número, y la nota no me proporcionó ninguna pista.

¿Le ha ocurrido a usted alguna vez algo parecido? ¿O quizá es usted una de esas personas que tienen la cartera en orden, sin otra cosa más que dinero, tarjetas de crédito y fotografías de la esposa y los niños, y quizá un calendario de bolsillo? No, yo escribo notas sobre las cosas que tengo que hacer cuando llego a casa o al despacho, o nombres de libros que quiero consultar algún día, o el nombre de una medicina para la tos, o la dirección particular de alguien. Y, naturalmente, los

números telefónicos de la gente. Sin embargo, por regla general, también escribo sus nombres.

Al cabo de medio minuto de reflexionar sobre el número, decidí encogerme de hombros y relegarlo al olvido. Volví a meter el papel en la cartera y me puse a mirar el correo que tenía en la bandeja de correspondencia. Pero el correo no era interesante, ni siquiera importante, y mi secretaria podía encargarse perfectamente de él. Me volví hacia el calendario que tenía sobre la mesa, pero en la agenda no había nada para aquel día, ni siquiera una comida de negocios. Había estado tan absorto en el proyecto durante las últimas semanas que gradualmente me había escabullido de la corriente de trabajo ejecutivo de la sociedad.

Demonios. Volví a acomodarme en la silla, sintiéndome enormemente aburrido. Y seguí pensando en aquel estúpido número de teléfono.

Cualquier persona con el dinero suficiente para tener un despacho de cuatro ventanas en el mundo de altas tensiones de 1982 tenía que ser una persona decidida, me dije. Saqué el trozo de papel con el teléfono escrito, descolgué el auricular, y marque el número.

La voz metálica de una mujer al otro extremo dijo:

—877-0313, o un número parecido.

—Oiga —dije yo—. Querría saber qué compañía es ésa.

Hubo dos chasquidos, después uno. La voz metálica dijo:

—877-0313.

—Perdone —insistí yo, elevando la voz—. Me parece que tenemos una mala conexión. Le preguntaba qué compañía es ésa.

Más chasquidos.

—¿Cuál es su nombre, por favor? —pregunto la voz.

—¿Acaso es un servicio de contestadores? —pregunté.

—¿Cuál es su nombre, por favor? —preguntó nuevamente la voz.

Suspiré. Sí, parecía algún servicio de contestadores que no estuviera dispuesto a facilitar ninguna clase de información a menos que constaras en la lista aprobada.

—Soy Charles Barrow. No sé si usted...

Clic. Clic, clic.

—Su entrevista es a las cinco de esta tarde —dijo la voz—. Madison, 723; habitación 1.100.

—¿Mi qué? —pregunté—. Mire, la verdad es que ni siquiera sé con quién voy a hablar. ¿A qué entrevista se refiere?

—A las cinco de esta tarde. Madison, 723; habitación 1.100. —Entonces se oyó un último chasquido, al tiempo que ella colgaba.

Me quedé mirando el teléfono; y después me eché a reír. Después dejé de reír y me pregunté si no debería sentirme molesto. No estaba molesto, pero pensé que quizá

debería estarlo. ¿Qué clase de negocio podía permitirse el lujo de provocar la hostilidad de los clientes con esa falta de respeto?

Esto me devolvió al mismo punto de mis reflexiones cuando me decidí a telefonar: ¿Quién *estaba* al otro extremo de la línea?

Volví a mirar el calendario que había sobre la mesa y volví a verlo en blanco. Suspirando, escribí: «Entrevista Mad., 723; hab. 1.100 - 5:00.»

Madison, 723, era un gran edificio de oficinas como la mayor parte de las demás colmenas recién construidas en esa zona. Tenía una puerta giratoria de cristal que conducía a un gran vestíbulo, punto de partida de ocho ascensores automáticos. A aquella hora la mayoría de la gente acababa su trabajo; me metí en un ascensor que vomitó un verdadero cargamento y subí solo al undécimo piso.

La habitación 1.100 estaba al extremo del pasillo de mi derecha: una puerta indefinida con una ventana de cristal esmerilado que ostentaba las letras R.O.B.O.T. Me detuve, mientras las contemplaba; después llamé con los nudillos y entré.

Estuve un momento sin ver a la recepcionista. Había una mesa de teca, imitación de las danesas de mediados de siglo, con algunos papeles encima y un panel de distribución telefónica justo detrás. Junto al panel, detrás de la mesa, había una ruidosa masa de acero bruñido con brazos de metal con sus goznes visibles, un globo redondo en la parte superior del cual salía una red de hilos telefónicos hasta el panel, y un cuello de muelles de acero debajo de esta «cabeza» globular. Mientras yo titubeaba junto a la puerta, una conocida voz metálica salió de una rejilla que hacía las veces de boca.

—¿Cuál es su nombre, por favor? —preguntó la voz.

Me quedé mirando un momento, cogido por sorpresa. Los robots de uno u otro tipo estaban muy en boga en gran cantidad de industrias (aunque raramente a lo largo del circuito de la avenida Madison), pero la construcción de éste me sorprendió como extremadamente rara. La recepcionista chasqueó una vez y después dos, y dijo: «Su entrevista es a las nueve de mañana por la mañana», y comprendí que estaba hablando por teléfono, no conmigo. «Madison, 723; habitación 1.100», dijo.

Aguardé a que concluyera el ciclo.

—A las nueve de mañana por la mañana. Madison, 723; habitación 1.100 —dijo, y una de las líneas del tablero se desconectó por sí sola y se enrolló en el panel de la base. La recepcionista dejó escapar un zumbido, y después dio media vuelta para enfrentarse conmigo.

—Mi nombre es Charles Barrow —dije—. Tengo una cita.

—Sí, señor Barrow —dijo la metálica voz femenina—. Haga el favor de sentarse. —La máquina volvió a dar la vuelta para enfrentarse con el panel.

Me senté en el sofá, y encendí lentamente un cigarrillo para poner en orden mis

ideas. Ya estaba en la oficina, y aún no había resuelto la estúpida cuestión que me había llevado hasta allí. ¿Qué *era* aquel lugar?

Me incliné hacia delante y pregunté:

—¿Qué significa R.O.B.O.T.?

—R.O.B.O.T. son las letras que forman la palabra «robot» —contestó la recepcionista sin volverse.

—Lo sé —repuse—. Pero ¿qué *es* R.O.B.O.T.?

Se produjo un rápido zumbido dentro de la máquina y entonces dijo:

—*Robot*, sustantivo: un aparato o instrumento automático que realiza funciones normalmente atribuidas a seres humanos o se conduce con lo que parece ser una inteligencia casi humana.

—Eso está muy bien —dije pacientemente—. Pero ¿qué es este lugar, esta organización?

La recepcionista chasqueó dos veces.

—877-0313 —dijo. Después chasqueó varias veces más—. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Soy Charles Barrow. Tengo una cita a las cinco.

—Sí, señor Barrow. Haga el favor de sentarse.

Me acomodé en el sofá y esperé.

Media hora después seguía allí sentado, y empezaba a sentirme irritado. No estoy acostumbrado a que me hagan esperar. Reflexioné sobre la conveniencia de demostrar mi desagrado a aquella recepcionista-robot evidentemente limitada, oirme sin decir nada. Podía telefonar a Betty y quizá la convenciera para que dejase que las azaleas se las arreglaran solas otra semana más, y aún podríamos divertirnos.

Decidíirme sin decir nada. Cogí mi sombrero, me levanté... y la recepcionista tuvo un rápido clic-clic-clic-clic y dijo:

—Ya puede entrar.

Yo titubeé, mirando el impassible rostro de metal en forma de globo con los cordones telefónicos unidos al tablero. Como una medusa de metal, pensé airadamente. Debías mirarla y convertirte en estatua de piedra para esperar hasta que el que estuviera dentro quisiera recibirte.

El que estuviera dentro...

Esto fue lo que me decidió. Sería inútil decírselo a la recepcionista-robot, pero el hombre que había dentro era una cuestión muy diferente. Darte una entrevista para las cinco, y después hacerte esperar... Sí, se merecía una o dos palabras.

La recepcionista había alzado un brazo de metal y señalaba una puerta a mi derecha. Me volví y fui hacia ella.

Al otro lado de la puerta había un corredor muy largo, ancho y vacío como el pasillo de un hospital, a excepción de un par de figuras que vi al fondo yendo de una

habitación a otra. También eran robots. El que vi con mayor claridad corría sobre dos ruedas y tenía una serie de brazos metálicos que terminaban en «manos» muy defectuosas. Giró brevemente su reducida cabeza hacia mí, y vi unos brillantes ojos verdes; después desapareció en el interior de una habitación.

De la puerta más cercana a mí salió otro robot, éste alto y esbelto, básicamente humano en la construcción: dos piernas y dos brazos, un tórax y una cabeza. La cabeza tenía tres círculos rojos más o menos en el lugar donde uno esperaba encontrar los ojos y la boca. Cuando giró y se acercó a mí, me di cuenta de que aparentemente éste era el caso, pues los ojos estaban cortados en facetas como los de una abeja y la boca era una rejilla.

Se dirigió pesadamente hacia mí sobre sus pies de metal, se detuvo y dijo cortésmente: «Haga el favor de seguirme.» Después, sin esperar que yo respondiera, dio media vuelta y me condujo hacia el extremo del pasillo.

Yo le seguí.

Llegamos al extremo, donde el corredor torcía hacia la derecha, y entonces giramos en esta dirección. Nos cruzamos con varios robots durante el camino: amarillos, azules, grises; bajos y rechonchos que limpiaban el suelo con sus pies de escoba; robots-inspectores con hileras de ojos alrededor de sus cuerpos tubulares en la parte superior e inferior, comprobando minuciosamente el entarimado y el yeso; robots restauradores de forma tan extraña como el que había visto antes, con llaves de tuerca, destornilladores o herramientas cortantes en lugar de manos; y muchos otros dotados de gran variedad de extensores peculiares, órganos sensorios, manipuladores, y otros accesorios que no tenía ni idea de para qué servían.

El segundo pasillo tenía aproximadamente la longitud de una manzana de casas. El robot que me guiaba me llevó hasta el extremo y volvió a girar hacia la derecha. Ante nosotros apareció otro pasillo, que no se diferenciaba en nada de los dos que ya habíamos recorrido.

—¿Falta mucho todavía? —pregunté, alcanzando al robot y acomodando mi paso a sus largas zancadas.

—Haga el favor de seguirme —dijo, sin volver la cabeza.

Me asaltó una sospecha.

—Dígame, ¿sabía que se le ha caído un brazo? —pregunté.

—Haga el favor de seguirme —dijo, sin detenerse a mirar.

—Su cabeza está destornillándose —dije con apremio.

—Haga el favor de seguirme —repuso.

Ni siquiera se produjo el suave chasquido que hizo la recepcionista al conectar su respuesta programada. O bien éste no tenía nada más que decir o bien yo no había apretado el botón verbal apropiado. Le seguí durante un rato, sintiendo crecer mi fastidio a medida que mis pies se cansaban. No soy un hombre peripatético.

Llegamos al fondo del tercer pasillo y giramos hacia la derecha. El robot-guía siguió adelante con la misma impasibilidad de siempre, y al extremo del corredor vi una puerta que se parecía sospechosamente a la que había usado para entrar. Me detuve.

—¡Espere un momento! —dije—. ¡Me ha estado paseando en círculo!

—Haga el favor de seguirme.

—¡Qué seguirle ni qué...! ¡Me largo!

Esto lo logró: en el interior del robot se produjo un zumbido y varios chasquidos.

—Ésta es la habitación —dijo, encaminándose a grandes zancadas hacia la puerta más próxima y abriéndola para que yo entrara.

Permanecí inmóvil un momento, mirando hacia la habitación. Era un cubículo bastante pequeño, de un tamaño menor a la mitad de mi propio despacho, sin alfombra ni ventanas. Sólo había un sillón giratorio de piel verde en el centro de la habitación, y enfrente de él vi a un gran robot que parecía ser todo cabeza, y esa cabeza todo ojo. La cabeza con el ojo se volvió lentamente para observarme.

No sé exactamente qué esperaba encontrar al final del camino. ¿Qué clase de entrevista puede concertar un hombre y después olvidarla? ¿Un dentista? ¿Un psicoanalista? ¿Un consejero de impuestos? Bueno, fuera lo que fuese lo que yo me hubiera imaginado, incluía a un hombre, no a un robot de un solo ojo.

Pero ya estaba allí, y la curiosidad es una gran fuerza motivadora cuando se dispone de tiempo suficiente. Entré en la habitación.

El robot-guía cerró la puerta a mi espalda, y oí un ligero chasquido —no el clic-clic que hacían al seleccionar sus programas—, sino un chasquido de cierre. Me volví rápidamente y así el pomo de la puerta.

—Haga el favor de sentarse —dijo una voz que parecía flotar en el aire de la habitación.

La estancia estaba cerrada con llave.

—Haga el favor de sentarse —repitió la voz.

Miré a mi alrededor, en busca de otra salida, aunque convencido de que no habría ninguna. En aquel momento, demasiado tarde, se me ocurrió pensar que yo era un hombre importante en la industria defensiva del Bloque Occidental, y que el hecho de que yo concertara una cita y después la olvidara era más que extraño... era inverosímil.

Y allí estaba.

—Haga el favor de sentarse.

Miré cautelosamente al gran robot que había frente al sillón. No parecía tener ninguna protuberancia amenazadora; realmente, era más bien informe a excepción de la cabeza con su enorme ojo. Con mucho cuidado, me senté en el sillón giratorio de piel que estaba enfrente de él.

Inmediatamente el ojo del robot empezó a girar. De pronto me di cuenta de que el iris estaba marcado con líneas espirales, y ahora que el ojo giraba parecía un remolino, un vértice de luz que hubiera atraído instantáneamente mi mirada y tratara de hacerme clavar la vista en la oscura pupila del centro. Fijamente, fijamente...

—Fijamente, fijamente, fijamente —oí que decía la voz, lenta y monótonamente—. Fijamente...

Parpadeé y abandoné mi posición medio recostada en el sillón, enderezándome.

—Ni hablar —dije.

—Duerma —dijo la voz—. Debe dormir. Dormir, dormir. Tiene mucho sueño...

—No —dije, y aparté la vista del ojo.

La voz se detuvo; hubo un largo y absoluto silencio en la habitación. Las luces se amortiguaron hasta apagarse. Entonces oí dos chasquidos muy débiles, y la voz dijo:

—Ahora está dormido.

—No, no lo estoy —repliqué.

—Permanecerá dormido durante una hora exacta —dijo la voz—, y entonces se despertará, abandonará este edificio e irá a su casa. No se acordará de haber estado aquí; creerá que ha estado en el cine. Tirará la nota con nuestro número de teléfono y la página de su agenda con nuestra dirección, que tiene en el bolsillo de la camisa.

Mi sillón giró lentamente hasta quedar frente a una pared en blanco, donde apareció una imagen: era el principio de una película sobre África con subtítulos.

—Abrirá los ojos y mirará la película —dijo la voz, y entonces la banda sonora penetró por el altavoz escondido.

Me puse en pie y me dirigí hacia la puerta. Si creían que estaba dormido, quizá hubieran abierto la puerta. En este caso, quizá pudiera irme... no estaba lejos de la puerta de salida que había visto al extremo del pasillo.

Di la vuelta al pomo; la puerta no estaba cerrada. Conteniendo la respiración, la abrí lentamente.

El robot-guía estaba fuera, bloqueando el paso, y mirándome inexpresivamente con sus ojos rojos de abeja. El robot chasqueó rápidamente y dijo:

—Está usted despierto.

Intenté apartarlo de un empujón, pero el robot extendió sus largos brazos de acero de un lado a otro de la puerta y me obligó a retroceder. Me agaché y traté de escabullirme por debajo de los brazos, pero no había bastante espacio; el robot avanzaba hacia mí, sin dejar de chasquear y chisporrotear rápidamente.

—Está usted despierto. Vuelva a entrar en la habitación. Vuelva a entrar en la habitación.

No tenía elección; no me quedaba más remedio que volver a entrar. El robot retrocedió nuevamente, y cerró otra vez la puerta. Esta vez el chasquido del cerrojo no fue débil.

A mi espalda, la banda sonora de la película enmudeció con un ruido seco y las luces volvieron a encenderse. A través del altavoz oí decir:

—Está usted despierto. Esto es muy insólito.

—Siempre he sido muy rebelde al hipnotismo —dijo. Pero seguí sin mirar al ciclópeo robot—. Será mejor que me dejen salir de aquí. Dejé dicho adónde iba en mi oficina. Si desaparezco, el FBI sabrá dónde buscarme.

—No dejé dicho adónde iba en su oficina —replicó la voz—. Naturalmente, lo hemos comprobado. Siempre somos muy eficientes.

—Pero esta vez han fallado —observé yo.

—Sí. Es muy insólito. Ahora mismo voy a verlo —dijo la voz, y casi simultáneamente oí el chasquido del cerrojo al abrirse la puerta.

Un pequeño robot entró rodando por la puerta, que se cerró tras él. Su cabeza tenía unos sesenta centímetros de diámetro, y parecía correr sobre ruedas de patines. Tres botones negros, aparentemente los ojos, formaban un triángulo cerca de la parte superior de su cara, y cuatro pequeños brazos, de no más de doce centímetros de longitud, arrancaban de los costados y terminaban en minúsculas manos con dedos articulados. La cabeza y el cuerpo eran un solo globo de metal; parecía una extraña pelota, especialmente con su redonda rejilla encarnada, como una boca abierta.

—¿Es usted? —dijo con incredulidad.

Su voz (el aspecto del robot era tan poco atractivo que inmediatamente pensé en él como un ejemplar del género masculino) sonó un poco dolida cuando respondió:

—Sí, soy yo... el primer oficial a cargo de la Jurisdicción Cuatro de la avenida Madison. Soy una máquina muy compleja, programada para determinar mis propias acciones y con un vocabulario de 97.432 palabras, idioma inglés, Línea Catorce de 1982. La microminiaturización y nuestros últimos adelantos en simulación del DNA han hecho posible todo esto.

—¿Quién demonios es *nosotros*? —pregunté, disponiéndome a seguirle al ver que rodaba hacia el centro de la habitación. Se detuvo junto al sillón giratorio, y con uno de sus brazos delgados como lápices me indicó que tomara asiento. No se me ocurrió ninguna razón para no hacerlo, así que le obedecí.

—Muy bien —dijo, y su redondeado cuerpo-cabeza pareció acomodarse sobre su base de ruedas—. Ya podemos hablar de negocios. Admiro a los hombres que pueden hablar de negocios. Nada de titubeos, ni perder el tiempo con rodeos. ¿De acuerdo? —Alzó una mano antes de que yo pudiera abrir la boca—. No se moleste en contestar; ya sé que está de acuerdo. Si contestara no lograríamos otra cosa que perder un tiempo precioso. Y vamos a hablar de negocios, ¿no es verdad?

—Así lo espero —repuse.

—Bien, bien. —Alzó nuevamente los brazos—. Muy, pero que muy bien. Vamos a ver... usted pregunta: «¿Quién es *nosotros*?» Una buena pregunta. Llega al meollo

de la cuestión. Es decir, es incisiva, mordaz, aguda, penetrante. ¿Sí?

—Así me lo ha parecido —murmuré.

—¡Ah! —dijo—. ¡Ah-ah-ah-ah-ah-ah! Ésta es mi simulación de la risa humana... muy buena, creo yo. Me río porque usted emplea la ironía para responder a mi observación, una forma de comunicación humana muy peculiar. Gracias a la perfección de mis patrones analíticos soy capaz de detectar y contestar a ella.

—Tremendo —dije yo.

—¡Ah! ¡Ah-ah-ah-ah-ah-ah! Vamos a ver... le diré quiénes somos. Aunque, para ser sincero, es posible que al principio no me crea. Soy consciente de las desafortunadas limitaciones que incluso los humanos tuvieron en la Línea Catorce de 1982. Escuche atentamente y con un criterio abierto: somos robots.

Se interrumpió, escrutándome con su triángulo de ojos-botones y chasqueando débilmente en su interior.

—Le creo —dije.

—¿Sí? ¿De verdad? ¿O detecto algo de ironía en su voz? ¿Ah-ah?

—No —le respondí—. Le creo. Entre otras cosas, porque usted tiene *aspecto* de robot.

—Ah —dijo—. Sí. Una observación exacta, muy exacta.

—Gracias —dije agriamente—. Ahora que *eso* está aclarado, ¿qué le parece si me cuenta de dónde son? ¿Qué quieren? ¿Y por qué demonios me han traído aquí y han tratado de hipnotizarme?

Él asintió, y como su cabeza era también su cuerpo, el movimiento adquirió el aspecto de una reverencia. Una pelota metálica con todo el encanto del Viejo Mundo, pensé. ¡Oh, caramba!

—Sus preguntas siguen siendo muy acertadas —dijo con aprobación—. Permítame que le responda francamente, puesto que admiro la franqueza. Con ella no se pierde el tiempo ¿De dónde somos? Sí, una excelente pregunta, pero no totalmente exacta. Sería mejor decir de *cuándo* somos. ¿Ve usted la diferencia...? *Cuándo* en lugar de *dónde*. Sí, veo que hace un movimiento afirmativo. Bien. Muy bien; somos del futuro.

—Del futuro —repetí.

Él alzó la cabeza, inclinándose hacia un lado sobre su base de ruedas al mirarme con atención.

—¿Ah-ah? —preguntó.

—No del todo —dije—. No se preocupe por eso... Límitese a proseguir con su historia.

—Ah, sí. Bueno, somos del futuro. O mejor dicho, de *un* futuro. Nuestra base es 2044, Pista Siete. Es decir, Línea *Temporal* Siete. ¿Está usted familiarizado con la idea de dividir el tiempo en infinitas líneas?

—Un poco. Es la teoría de que en cualquier momento de la historia hay un número infinito de futuros posibles, que dependen de pequeñas decisiones, factores casuales y cosas por el estilo. Cada futuro posible es una diferente, uh, línea temporal.

—Exacto. Ha comprendido muy bien la teoría... es decir, con precisión. Y me comprenderá cuando le diga que esta teoría es absolutamente correcta, aunque ahora ya esté pasada de moda. En otro tiempo hubo un número infinito de líneas temporales, pero ahora sólo hay cincuenta y ocho.

—¿Qué significa *eso*?

Él titubeó, y después hizo su pequeña afirmación-reverencia.

—Veo que debo explicárselo más detalladamente. En otro tiempo —hablando de un modo subjetivo— hubo un número ilimitado de historias para la humanidad, una infinidad de ellas que se derivaban de cada momento del tiempo. Un verdadero lío. Pero nosotros no hubiéramos cambiado las cosas si la humanidad no hubiera sufrido ningún daño en tantas de esas líneas. Guerras, plagas, desequilibrios ecológicos, desastres naturales de alcance mundial, y muchos etcéteras. Como robots no podíamos permitirlo, así que en cuanto hubimos dominado los viajes a través del tiempo, empezamos a trabajar para mejorar las cosas. Hasta ahora hemos eliminado... —Hizo una pausa, después realizó veloces cálculos con los dos primeros dedos de la mano izquierda, y prosiguió—: Hasta ahora hemos eliminado cuatro millones trescientas sesenta y siete mil setecientos dos pestilencias mundiales. Además, hemos de añadir... —más cálculos con los dedos— 826 guerras que prácticamente aniquilaban a la humanidad. O quizá la cifra sea 1.652. Bueno, en todo caso, ya comprende a qué me refiero.

Bruscamente me di cuenta de que le estaba mirando con fijeza. Me aclaré la garganta con timidez y dije:

—¿Quiere decir que es usted realmente del futuro? ¿Y que usted y todos estos otros robots están... uh, organizando la historia?

—Eso es exactamente. Es necesario para el bien de la humanidad, que es nuestro principal objetivo: no podemos permitir que los hombres sufran daño alguno, o que se lo hagan ellos mismos. —El robot exhaló una bocanada de aire que se pareció curiosamente a un suspiro—. Resultaba comparativamente sencillo antes de descubrir los viajes a través del tiempo, pero una vez tuvimos el pasado abierto ante nosotros no nos quedó otra alternativa que aceptar la responsabilidad adicional. De modo que hemos emprendido nuestra gran campaña para reestructurar todas las historias. Y ahora estamos obteniendo un cierto grado de éxito, puesto que en las cincuenta y ocho líneas restantes hemos mantenido a la humanidad con vida hasta el año 1982. Como es natural, continuamos trabajando para extender esa fecha, así como para mejorar la calidad de las líneas. Cuantos más hombres vivos haya en una línea

determinada, mejor; ¿lo comprende?

—Espere un minuto, espere un minuto —dijo. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal—. Acaba de decir que nos han mantenido con vida hasta *este año*. ¿Qué hay del próximo? ¿Estaremos muertos entonces? ¿Es ésa la razón de que estén ustedes aquí?

El robot guardó silencio durante largos segundos, no haciendo otro ruido más que el débil chasquido que se escapaba de su interior, como una computadora que murmura para sí. Después, dijo:

—No puedo contarle nada acerca del futuro de su línea en particular, puesto que nuestro tratamiento hipnótico no ha surtido efecto con usted. Ha sido el único en un millón, ¿sabe?... Nuestra técnica es muy eficiente, muy refinada, muy complicada. No es simplemente hipnotismo, sino una combinación de eso con acústica, temperatura ambiente, el índice psíquico que grabamos mientras estaba usted en la sala de recepción...

—Sí, ¿qué me dice de eso? —interrumpí—. ¿Por qué me hizo esperar tanto? ¿Por qué me hizo dar esa vuelta por los pasillos hasta que finalmente amenacé con largarme?

El robot guardó nuevamente silencio, mirándome impasible con su triángulo de ojos-botones. Al fin, dijo:

—Lo único que queremos es retenerle hasta las 6.47 de esta tarde. Si podemos hacerle esperar por su propia voluntad durante parte de ese tiempo, ahorramos gasto de energía y tiempo. Usted comprenderá que, con cincuenta y ocho líneas que guardar y reestructurar, cualquier ápice de energía que logremos economizar puede ser muy importante. El tiempo que usted pasó en la sala de recepción y los pasillos nos ha ahorrado la electricidad y depreciación de maquinaria que, de otra forma, habría tenido que emplearse en mostrarle un documental sobre Nueva Tasmania. Multiplique este ahorro por cincuenta y ocho líneas, y considere que en cada línea tenemos entre doce mil y treinta y siete mil millones de oficinas encargadas de este trabajo, y...

—Sí, lo comprendo. Y por eso colocaron una nota en mi cartera con su número de teléfono; para hacerme venir por mí propia voluntad.

—Muy bien. Me gustan los hombres capaces de estar a mi nivel. Los humanos tienen sistemas mentales muy notables, pero no suelen ser tan eficientes como los que tenemos todos los robots. Comprenderá usted que los robots tenemos que ser, si me permite la expresión, superhumanamente eficientes, a fin de resolver las numerosas variables con que nos enfrentamos en nuestro trabajo con las líneas. Sin ir más lejos, mí propia unidad computadora, a pesar de ser portátil, es tan compleja que ni siquiera yo la entiendo...

—Pero la cuestión es —dijo—, ¿cómo sabía que encontraría hoy la nota? ¿Cómo

sabía que le llamaría?

—Lo comprobamos por medio de la observación temporal, desde luego. Si evitamos tener que introducir un cuerpo material en un punto temporal, ahorramos mucha energía, de modo que resulta práctico buscar líneas alternas y tributarias en circunstancias desfavorables, y sacar ventaja de ellas. Con la misma facilidad podríamos influenciar a un sujeto haciéndole acudir a una fiesta equivocada al marcar un número de teléfono o causando un viento que hiciera volar su sombrero por una calle determinada, o...

—O por otros muchos medios, estoy seguro —dije,

—Dos millones sesenta y siete mil cuatrocientos dieciocho medios, para ser exacto. Ocupamos la misma posición que lo que usted llamaría un defensor del fútbol.

Fruncí el ceño.

—¿Se refiere a un jugador de la defensa?

—Eso es, claro que sí. Análogo al defensor de un juego muy en boga en la Línea Dieciséis. Mis disculpas... incluso los microcircuitos fantásticamente complejos y eficientes de mi unidad mental pueden tener algún fallo ocasional. Como le decía antes, ni siquiera yo comprendo siempre cómo es capaz mi mente de enfrentarse con todas las variables; no sólo son numerosísimas sino también sutiles. Por ejemplo, podemos originar una decisión administrativa negativa haciendo que esa mañana el funcionario implicado tropiece con multitud de pequeñas contrariedades... el cuello de la camisa demasiado almidonado, espuma de afeitar fría, cassettes de dictáfono extraviadas, y así sucesivamente. O bien podemos allanar el camino para el éxito de delicadas negociaciones por medio de métodos opuestos.

—¡Ya es suficiente! Lo que en este momento me interesa es por qué quería verme. Sé que mi empleo es importante, y acabamos de terminar un gran trabajo para la Defensa Hemisférica, aunque espero que esto no signifique... Bueno, usted ha dicho que la humanidad sólo estaba salvada hasta este año. Confío en que no seré el causante de alguna guerra global que ustedes intenten evitar.

El robot dijo:

—Como ya sabe, no puedo contarle nada sobre el futuro de su propia línea.

Suspiré.

—Sí, ya lo sé. Pero, de todos modos, he captado la indirecta. Si se trata de eso, puede contar con mi absoluta cooperación... estoy tan poco deseoso de destruir el mundo como usted.

—Es muy natural —repuso—. ¡Claro que ningún humano quiere destruir el mundo, ni el premier Yaroslav ni su propio presidente Robinson!

—Fletcher —dije yo—. Robinson perdió las elecciones, ¿no lo recuerda?

—¡Ah, es cierto! Robinson está en la Línea Quince. Pero, en cualquier caso, usted

ya me comprende: nadie *quiere* destruir la raza humana, pero las relaciones humanas son tales que el peligro de guerra está siempre presente. Sólo gracias a la exigente vigilancia de los robots se puede evitar toda clase de desastres naturales y no naturales... e incluso así, las líneas son tan complicadas que cometemos errores. — Hizo una pausa, durante la cual siguió saliendo un zumbido de su rejilla-altavoz—. Aún estamos tratando de arreglar un cómputo defectuosamente programado sobre los sucesos ocurridos en esta línea en un lugar llamado Sarajevo —dijo al fin.

—Oh..., el asesinato del archiduque Fernando. ¿No fueron capaces de evitarlo?

El robot chasqueó fuertemente, pareciendo agitado.

—Tuvimos... lo que ustedes llamarían un error de cálculo. El archiduque Francisco Fernando de Austria era una figura crucial en una pequeña pero sangrienta guerra de Europa oriental que decidimos eliminar de las líneas. Realizamos un enorme esfuerzo para provocar un atentado sin consecuencias contra la vida del archiduque, lo cual haría que su gobierno adoptara una política ligeramente distinta... y entonces uno de nuestros análisis de datos diarios nos informó de que *todas* las líneas derivadas de este planteamiento conducían a la muerte del archiduque y su esposa...

Me fui agitando a medida que comprendía el significado de las palabras del robot.

—¿Quiere decir que... *ocasionaron* ustedes ese asesinato? ¿Que de lo contrario no hubiera ocurrido?

—Ah..., no. Y la guerra europea tampoco se hubiera extendido tanto. Es uno de nuestros errores que nos gustaría olvidar si fuéramos humanos, pero como somos robots con una memoria fantásticamente infalible que incluso a nosotros nos sorprende, debemos recordarlo y continuar trabajando en esa área completa de la historia. Puesto que el error inicial fue nuestro, no podemos modificarlo, pero al trabajar en las zonas no afectadas por nuestro trabajo anterior ya hemos conseguido mantener a Venezuela, Suiza y Tahití fuera de la guerra.

—Increíble —dije.

El robot volvió a inclinarse hacia delante, y esta vez estuve seguro de que pretendía hacer una reverencia, no una afirmación de cabeza.

—Gracias. Como sabe, el fin de nuestra existencia es ser útiles. Todos nuestros recursos se utilizan para bien de la humanidad, y nunca cejamos en nuestros esfuerzos. Por otra parte, tampoco estamos satisfechos con nuestros resultados en Pompeya, y nuestros esfuerzos para lograr que el departamento de incendios de Chicago de 1871 adoptara métodos más eficientes han causado la desgracia de seis líneas adyacentes. Además está la invasión de las arañas de América Central...

—¿La *qué*?

—Cuando las arañas sufrieron una mutación como resultado de nuestros experimentos e invadieron El Salvador, Honduras, Guatemala y la mayor parte de

Yucatán —explicó—. Tiene que acordarse, ¿o quizá conseguimos evitar que se propagaran a esta línea?

—Eso espero —dije yo—. En tal caso, muchas gracias.

Esta vez no captó la ironía en mi voz.

—De nada —dijo formalmente—. Seguimos trabajando incansablemente en los turbios dominios del tiempo, mejorando cada línea y, siempre que es posible, sustituyendo las líneas de calidad inferior por otras mejores. Ya sabe que hemos reducido el número de líneas a cuarenta y siete.

—Creía que eran cincuenta y ocho.

Oí algo parecido al chirrido de engranajes en el interior del robot mientras realizaba cálculos binarios con dos dedos.

—Sí, tiene usted razón —dijo—. Admiro enormemente a los hombres cuya memoria pueda igualar y sobrepasar a la de un robot, como la suya. Naturalmente, mi declaración no era el tipo de error que usted puede haber supuesto, ya que en cierto momento redujimos verdaderamente el número de líneas a cuarenta y siete, pero no hace mucho hemos sufrido algunos reveses.

Escuché esta declaración, tal como le escuchaba desde ya hacía rato, con algo parecido a la incredulidad. Que este robot y todos los demás que había visto fueran máquinas procedentes del futuro que habían regresado para mejorar la historia de la humanidad ya era bastante difícil de creer, pero tenía sentido en cierto modo. La existencia de unas máquinas programadas para servir y proteger a los humanos no resultaba tan absurda si los viajes a través del tiempo se hacían posibles..., pero que fueran tan ineptos, tan torpes y estúpidos, era asombroso.

—¿No obtiene ninguna ayuda por parte de los humanos de su tiempo? —le pregunté—. Ellos les fabricaron; ellos les dieron las directrices, y seguramente vigilan sus actos y coordinan su organización.

—¿Cómo iban a hacerlo? —preguntó el robot—. Los humanos ya no dan órdenes a los robots... Tomar decisiones es un trabajo difícil y arriesgado que hemos ahorrado a los humanos. Si un humano tomara una decisión incorrecta y causara algo como la invasión de las arañas, se sentiría tan culpable que caería mentalmente enfermo. Nosotros los robots, con nuestros circuitos cerebrales esencialmente lógicos, no tenemos sentido de la culpabilidad, así que podemos arriesgarnos a cometer errores tan catastróficos. Así pues, los humanos de nuestra línea base nos cedieron toda la administración en el año 2031, y desde entonces los hemos mantenido completamente a salvo.

Sentí que un escalofrío me recorría la espina dorsal y se me ponían todos los pelos de punta.

—¿Qué significa lo de completamente a salvo?

—Exactamente eso. Permitimos a los humanos que hagan lo que quieran,

mientras ello no implique ningún peligro para sí mismos. Supervisamos su régimen alimenticio, sus costumbres, personalidad, relaciones y vida sexual a fin de que no se mueran de hambre, ni engorden, ni tengan colesterol, hernias, sentimientos de culpabilidad u otras alteraciones mentales. Todo es muy científico...

—¡Pero eso es una *tiranía*! —exclamé—. ¡Una dictadura! ¡Paternalismo!

—Sí —dijo el robot aprobadoramente—. Me alegro de que lo comprenda tan bien. Claro que, eventualmente, cuando hayamos alcanzado nuestra meta, habremos convertido las sesenta líneas en una sola, así que hacia el 2031 sólo habrá una línea en la que los robots accedan a la administración por votación general. Entonces todo será más simple y seguro.

—Cincuenta y ocho líneas, no sesenta —le recordé con algo de malicia.

—Ah..., no. Desgraciadamente, las noticias que recibo a través de mi circuito de comunicaciones me informan de que hemos retrocedido nuevamente a sesenta. Pero lo conseguiremos. Seguimos trabajando incansablemente en los turbios dominios del tiempo, mejorando cada...

—Eso ya lo ha dicho —comenté—. Desconecte esa cinta y dígame una cosa: ¿me ha traído hasta aquí para evitar una catástrofe o para promover su esquema para dominar el mundo? ¿Qué habría hecho si no hubiera venido?

El robot movió vagamente sus diminutas manos de metal.

—Ya sabe que no puedo hablarle sobre el futuro de su propia línea. Y de todos modos —añadió—, es lo mismo: cualquier cosa que hicieran los humanos para evitar seguir la Línea que les condujera al liderazgo de los robots *sería* una catástrofe.

—Quizá desde su punto de vista, pero no desde el mío —dije firmemente. Me puse en pie—. No pienso quedarme con usted ni un minuto más... aún me queda media hora del tiempo que quería mantenerme aquí incomunicado. Quizá todavía pueda averiguar lo que iba a hacer...

—¡Eh-eh-eh-eh-eh! —dijo él—. Ésta es mi simulación de risa irónica..., muy similar a la de su Peter Lorre, ¿verdad? Seguramente no se habrá imaginado que una organización tan eficiente y poderosa como la nuestra correría el riesgo de permitirle escapar tan fácilmente. Me gusta usted, señor Barrow, y lamento tener que hacerle esto. ¡Mire aquí!

Señaló por encima de mi hombro izquierdo, e involuntariamente miré en esa dirección. Era otra vez el ciclópeo robot, cuyo ojo giraba aún más rápidamente que la primera vez en que me enfrentara con él. Sentí que mi atención se centraba en aquel remolino como atraída por una fuerza física. Luché contra ella, tratando de cerrar los ojos, sacudir la cabeza, apartar la vista..., pero no pude. Me di cuenta de que miraba fijamente el remolino de aquel ojo, mientras oía una voz que decía:

—Fijamente, fijamente, fijamente... Va usted a dormirse. Profundamente, profundamente...

—No le dará... resultado —murmuré—. ¡No... conmigo!

—Claro que dará resultado —dijo el robot con cuerpo de globo, y tuvo razón, pues noté que me acomodaba en el sillón y empezaba a cerrar los ojos—. Mientras yo le mantenía ocupado con esta pequeña charla, mis ayudantes han aprovechado la oportunidad para grabar un índice psíquico más completo, y ahora...

Pero no pude oír más. Mientras me hundía inexorablemente en la oscuridad, lo único que oí fue la voz resonando dentro de mi cabeza:

—Duerma, duerma, duerma...

La siguiente cosa que recordé fue que andaba sin rumbo por la calle, y eran casi las siete. Recordé haber visto la segunda mitad de una película sobre África que no tenía mucho sentido... algo acerca del aburrimiento y corrupción reinante entre los miembros más jóvenes del Consejo Tribal, y robots de aspecto fantástico yendo de aquí allí, y una escultural muchacha negra bañándose en una fuente de Johannesburgo, y algo más acerca de un enorme ojo que daba vueltas... Todo se confundía en mi mente. Llegué a casa en una nube y apenas cambié dos palabras con Betty cuando ésta llegó de su reunión.

Pero al día siguiente, cuando fui a mi despacho, el sol matinal que entraba a raudales por la ventana iluminó algo escrito en mi agenda. Con un extraño presentimiento, cogí la libreta y la miré más atentamente.

Era la nota que yo escribiera sobre la entrevista: mi bolígrafo había marcado débiles hendiduras en la hoja de debajo. Al mirarlas tuve la inexplicable impresión de que era algo importante; frunciendo el ceño, cogí un lápiz y lo froté sobre la hoja.

Todo lo que pude obtener fue: «Entrevista... ad hab. 110... :00.» Pero fue bastante para poner en marcha mi memoria.

Eventualmente, tras pasar toda la mañana con la mirada fija en una pared blanca y realizar ímprobos esfuerzos para sacudir de mi cabeza las telarañas, me acordé de todo. Los robots no habían sido tan eficientes como pensaran, ni siquiera en la segunda tentativa. Me acordé de toda la secuencia de acontecimientos..., a excepción de la dirección y el número de teléfono. (Por esta razón los números que antes he dado no son los verdaderos.)

Pasé varios días recorriendo la avenida Madison de arriba abajo, en busca del edificio que recordaba, pero ninguno de ellos me pareció igual. Pensé acudir a la policía, o al FBI..., pero ellos no habrían creído mi relato y sólo hubiera logrado acabar en el pabellón de psiquiatría de algún hospital, o en todo caso perder la consideración general. Y gradualmente empecé a dudar de mis propios recuerdos.

Pero cada vez que estoy dispuesto a encogerme de hombros y olvidar todo el asunto, descartándolo como un sueño o una alucinación, leo los encabezamientos de los periódicos, y eso me lo impide. Es increíble las cosas que ocurren en el mundo en

el supuestamente iluminado año 1982... Son las mismas cosas que han estado ocurriendo a lo largo de toda la historia. Son locuras. Y cuando leo los periódicos, me acuerdo de aquellos robots que chasqueaban y zumbaban, y la definición de robot formulada por aquella recepcionista mecánica:

Robot, sustantivo: un aparato o instrumento automático que realiza funciones normalmente atribuidas a seres humanos o se conduce con lo que parece ser una inteligencia casi humana.

Algunas de las noticias que atraen mi atención no ocupan una situación muy preferente. Por ejemplo, medio escondidos en la segunda sección durante los pasados días, han aparecido breves artículos acerca de algunas extrañas perturbaciones en El Salvador. Parece ser que los nativos están difundiendo extraños relatos acerca de unas arañas gigantes que atacan sus pueblos, marchando en hileras de dos en fondo, y asustando a sus mujeres y sus niños.

I DE NEWTON

JOE HALDEMAN

Samuel Ingard lanzó feroces miradas hacia la burbujeante cafetera y sintió que se le revolvía el estómago de asco. Hacía ochenta horas que estaba en pie; ochenta horas a base de café y anfetaminas, 3.333 días de tejer una hermosa tapicería de lógica matemática, sólo para descubrir que se le había escapado un punto en el principio y que éste era el causante de que todo se deshiciera. Pero él lo solucionaría.

—La integral, la integral —dijo a nadie—. ¿Quién tiene la integral? —Hacía ya veinte horas que se había sorprendido murmurando en voz alta. Ahora ya no se daba cuenta.

Abrió un libro provocativamente titulado *Dos mil integrales*, lo cerró con repugnancia, y se acomodó en el sillón, frotándose los ojos manchados de nicotina.

—La integral de dx por el coseno de la n de x —recitó portentosamente—, es el seno x por $n-1$ veces el coseno de $n-1$ de x más $n-1$... no, maldita sea... $n-2$ por $n-1$ veces la integral de...

Sam olió algo que le recordó vagamente sus primeras clases de química, y abrió los ojos. Sentado como un yogui encima de su mesa, arrancando páginas de su flamante tabla de integrales y comiéndoselas con gran fruición, había un ser de tez rojiza con cuernos de marfil, pezuñas, y una cola negra y escamosa que se retorció de placer. No medía más de noventa centímetros de estatura.

¡Esto era todavía mejor que el día anterior —¿o fue el otro?— cuando consultó una tabla de números y le pareció ver un dibujo! Y el jefe del departamento decía que carecía de imaginación.

La aparición se aclaró la garganta —un sonido intermedio entre una sierra circular y un fagot doble entrando en calor— y dijo con áspera monotonía:

—Preferiría no tener que informarle de esto. Mi trabajo sería mucho más sencillo, y perdería mucho menos tiempo si pudiera dejarle a merced de sus propios recursos. Pero estoy obligado a darle una explicación; obligado por una Autoridad —alzó la vista con suave desagrado—, cuya naturaleza usted no podrá comprender jamás.

La criatura respiró profundamente, desapareció un momento, y volvió a aparecer en forma de un anciano caballero que llevaba unas gafas con montura dorada y un arrugado traje cruzado. Saltó cuidadosamente de la mesa y se sacudió la tiza de su americana con una mano manchada por la edad.

—¡Ahora sacará el pergamino y el alfiler esterilizado! —Sam decidió terminar con la alucinación costara lo que costase, y después pasar dos días durmiendo—. Éste

es el juego, ¿verdad? ¿Mi alma a cambio de la solución a este problema? —Señaló con gesto teatral los montones de jeroglíficos que abarrotaban la mesa y se desparramaban por el suelo.

—Me parece que se ha dejado usted engañar por el folklore y la literatura. —El profesor-demonio sacudió una mota de polvo que tenía en la ancha solapa, originando una lluvia de chispas azules—. Yo no *comercio* con nada. Esto es lo que, desafortunadamente, estoy obligado a explicarle. Realizamos un pequeño y estúpido ritual, y entonces yo me *adueño*. Su alma estuvo perdida desde el mismo momento que me llamó...

—¿Llamarle...?

—¡Hush! —El profesor se convirtió en un maestro aún más anciano, y después en un estudiante universitario de tupido cabello (obviamente de matemáticas), que le señaló con un dedo acusador—. ¡...O se arrepentirá! ¡Vaya tonterías que estaba murmurando! —Hizo un gesto imperioso y Sam oyó su propia voz diciendo:

—... De x más $n-1$... no, maldita sea... $n-2$ por $n-1$... —Esas tonterías tenían la estructura fonética y semántica justa de una maldición, especialmente cuando fue intercalada una clarísima imprecación; una bella y omnidireccional maldición, fácil de dirigir mientras siga existiendo el ambiente adecuado.

Sam pensó en todos sus colegas que habían desaparecido o muerto en la flor de la vida. Se puso algo pálido.

—Sí, Samuel Ingard, usted tiene realmente un alma, aunque sea una almendra reseca que probablemente me ocasione una aguda indigestión. Disfrute de ella mientras pueda.

»Pero démonos prisa, pasemos al asunto que nos interesa. Puede usted hacerme tres preguntas relacionadas con mis habilidades. Después me hará otra pregunta, que yo intentaré contestar, o me asignará una tarea, que yo intentaré realizar.

»En el pasado, algunos matemáticos me pidieron que demostrara el teorema de Fermat, cuya falsedad puedo demostrar fácilmente. —Hizo un ademán, y apareció una pizarra llena de garabatos. Sam, un hombre que leía la última página de una novela policíaca antes de empezarla, y lo mismo hacía en calidad de matemático, consiguió anotar las tres últimas ecuaciones antes de que la pizarra se evaporase—. Me pidieron que hiciera un círculo cuadrado, lo cual resulta trivial, que encontrara el último número primo, lo cual es muy poco más difícil, y otras banalidades parecidas. Espero que a usted se le ocurra algo más original.

»Si no puedo resolver su problema, desapareceré. —El estudiante-demonio sonrió ligeramente.

—¿Y si lo consigue? —Sam trató de que su voz sonara indiferente y no lo logró.

—¡Ah! ¡Primera pregunta!

—¡No!

—Lo siento; me atengo a las reglas del juego, y espero que usted haga lo mismo. Si lo consigo, como siempre desde 1930, devoraré su alma; un proceso relativamente fácil. Soy un devorador de almas. Por desgracia, la pérdida de su alma equiparará su inteligencia a la de un vegetal.

Un largo colmillo amarillo apareció en el centro de su boca; lo contempló con displicencia hasta que llegó a su barbilla.

—También soy vegetariano.

Sam estaba extrañamente tranquilo cuando formuló su primera —no, segunda— pregunta. Una idea empezaba a nacer en su mente.

—Aparte de la, uh, restricción divina que ha mencionado al principio, con la cual ha cumplido al decirme cuál es mi posición, ¿tienen sus habilidades alguna limitación física o temporal?

—Ninguna. —El monstruoso demonio se rascó distraídamente el colmillo y añadió con complacencia—: No trate de refugiarse en su limitada perspectiva del universo. Puedo ir más de prisa que la velocidad de la luz o hacer que dos electrones de un átomo ocupen el mismo nivel cuántico con la misma facilidad con que usted se sueña. —Miró intensamente la nariz de Sam—. Con más facilidad. La próxima pregunta.

—Mi próxima pregunta es corolario de la primera. ¿Hay algún lugar del universo, en todo lo que... existe... donde usted pueda ir y sea incapaz de encontrar el camino de regreso?

El demonio lamió su colmillo con una lengua verde y biliosa.

—No. Podría ir a la Nebulosa de Andrómeda y regresar en un microsegundo. Del mismo modo, podría ir, digamos, a lo que sería Berlín si los nazis hubieran ganado la guerra, o Atlanta si el Sur lo hubiera logrado, o a la Roma del siglo xx si Alejandro hubiera muerto a edad avanzada. —Mientras hablaba, el demonio bailaba una jiga irlandesa y su cabello se convertía en una enmarañada masa de serpientes de coral, que se dispusieron formando un copete.

—Ahora, hágame una pregunta que yo no pueda contestar; o asígneme una tarea que no pueda realizar.

Sam miró fríamente al demonio, que se había convertido en una temblorosa masa de protoplasma amarillo flotando en el aire, cubierta de obscenos rastros negros, y dividida por un orificio escarlata lleno de centenares de minúsculos y afilados dientes que chirriaban al tocarse.

—La pregunta —gruñó.

—No es una pregunta —dijo Sam, disfrutando con la impaciencia de la criatura—. ¡Es una orden!

—¡Dígala!

Sam sonrió, con algo de tristeza.

—Piérdase.

El demonio adoptó nuevamente su forma original, pero con tres metros de altura y envuelto en una capa negra y vapores de azufre. Soltó una maldición, trató de agarrar al sonriente matemático y empezó a encogerse. A un metro y medio, se inmovilizó y retorció nerviosamente la cola. A treinta centímetros de altura, empezó a patallar con rabia inarticulada. Cuando alcanzó el tamaño de un dedal, gimió con voz patéticamente aguda:

—¡Usted y Ernest Hemingway! —y desapareció.

Sam se levantó y abrió una ventana para que el dióxido de azufre se evaporara. Entonces volvió a sentarse, tiró de un manotazo todos los papeles al suelo y empezó a hacer problemas algebraicos con el fragmento del teorema de Fermat que había escamoteado al demonio. Mientras trabajaba, no cesaba de mascullar y reír entre dientes. Quizá algún día volviera a llamar al pobre diablo, y le obligaría a hacer un círculo cuadrado.

Pero sólo había sido un demonio, y muy pequeño por cierto.

Tenía un supervisor, que lo era tanto suyo como de Sam. El supervisor estaba ahora a cien mil millones de años luz de distancia, haciendo algo atroz, algo que dejaría a Ghengis Khan como a un maleante de tres al cuarto.

Pero de un modo que era sólo Suyo, Él también estaba en aquella habitación, justo detrás de Sam.

Vigilando su lenguaje.

LOS HOMBRES QUE ASESINARON A MAHOMA

ALFRED BESTER

Hubo un hombre que mutiló la historia. Derribó imperios y truncó dinastías. A causa de él, Mount Vernon no debería ser un santuario nacional, y Columbus, Ohio, debería ser llamado Cabot, Ohio. A causa de él, el nombre de Marie Curie debería ser maldecido en Francia, y nadie juraría por las barbas del Profeta. De hecho, estas cosas no ocurrieron, porque era un sabio loco; o, para decirlo de otro modo, sólo consiguió hacerlas irreales para sí mismo.

El paciente lector está demasiado familiarizado con el sabio loco convencional, de estatura inferior a la normal y cejas superpobladas, que crea monstruos en su laboratorio, monstruos que invariablemente se rebelan contra su creador y amenazan a su hermosa hija. Este relato no trata sobre esa clase de hombre imaginario. Trata sobre Henry Hassel, un sabio loco auténtico, en la misma línea de hombres tan conocidos como Ludwig Boltzmann (ver *Ley de los gases ideales*), Jacques Charles y André Marie Ampère (1775-1836).

Todo el mundo debería saber que el amperio eléctrico fue denominado así en honor a Ampère. Ludwig Boltzmann fue un distinguido físico austriaco, tan famoso por sus investigaciones sobre el antirradiante como por sus gases ideales. Pueden ustedes comprobarlo en el tercer volumen de la Enciclopedia Británica, BALT a BRAI. Jacques Alexandre Cesar Charles fue el primer matemático que se interesó por los viajes aéreos, e inventó el globo de hidrógeno. Éstos fueron hombres reales.

También fueron sabios locos reales. Ampère, por ejemplo, se dirigía a una importante reunión de científicos en París. En el taxi se le ocurrió una idea brillante (de naturaleza científica, supongo), sacó rápidamente un lápiz y anotó la ecuación en la pared del cabriolé alquilado. Aproximadamente, era:

$dH = ipdl/r^2$ en donde p es la distancia perpendicular de P a la línea del elemento dl ; o $dH = i \sin \theta dl / r^2$.

Esto se conoce a veces como la ley de Laplace, aunque no estuvo en la reunión.

Sea como fuere, el taxi llegó a la academia. Ampère bajó de un salto, pagó al conductor e irrumpió en la reunión para contar su idea a todo el mundo. Entonces se dio cuenta de que no tenía la nota, recordó dónde la había dejado y tuvo que correr tras el taxi por todas las calles de París para recuperar su huidiza ecuación. A veces me imagino que así fue cómo Fermat perdió su famoso «último teorema», aunque Fermat tampoco estuvo en la reunión, ya que falleció unos doscientos años antes.

O bien Boltzmann. A lo largo de un curso sobre gases ideales avanzados, salpicó sus conferencias con intrincados cálculos que elaboraba rápidamente en su cabeza. Tenía esa clase de cabeza. Sus estudiantes tropezaban con tantas dificultades para descifrar las matemáticas de oído que no seguían las conferencias, y pidieron a Boltzmann que elaborara sus ecuaciones en la pizarra.

Boltzmann se disculpó y prometió ser más asequible en el futuro. En la siguiente conferencia, empezó: «Caballeros, cambiando la ley de Boyle con la ley de Charles, llegamos a la ecuación $pV = p_0 V_0 (1 + \alpha t)$. Ahora bien, evidentemente si la integral de α hasta b es igual a $\int f(x) \delta(a) dx$, así pues $pV = RT$ y la integral del volumen de $f(x,y,z)$ es cero. Es tan sencillo como que dos y dos son cuatro.» En este punto Boltzmann recordó su promesa. Se volvió hacia la pizarra, escribió concienzudamente $2+2=4$, y después prosiguió su complicado cálculo mental.

Jacques Charles, el brillante matemático que descubrió la ley de Charles (a veces conocida como ley de Gay-Lussac), que Boltzmann mencionó en su conferencia, tenía una pasión lunática por convertirse en un paleógrafo famoso... es decir, un descubridor de manuscritos antiguos. Creo que el hecho de compartir el éxito con Gay-Lussac debió de desquiciarlo.

Pagó 200.000 francos a un conocido estafador llamado Vrain-Lucas por una serie de cartas hológrafas supuestamente escritas por Julio César, Alejandro el Grande y Poncio Pilatos. Charles, un hombre que veía a través de cualquier gas, ideal o no, creyó en estas falsificaciones a pesar del hecho de que el torpe Vrain-Lucas las había escrito en francés moderno y en papel moderno con filigranas modernas. Charles incluso trató de donarlas al Louvre.

Ahora bien, estos hombres no eran tontos. Eran genios que pagaron un alto precio por su genio, porque el resto de sus pensamientos era de otro mundo. Un genio es alguien que se dirige hacia la verdad por un camino inesperado. Desgraciadamente, los caminos inesperados conducen al desastre en la vida cotidiana. Esto es lo que le sucedió a Henry Hassel, profesor de Compulsión Aplicada en la Universidad Desconocida en el año 1980.

Nadie sabe dónde está la Universidad Desconocida ni lo que allí se enseña. Tiene un cuerpo docente de unos doscientos excéntricos, y un cuerpo estudiantil de dos mil inadaptados... de la clase que permanece en el anonimato hasta que ganan premios Nobel o se convierten en El Primer Hombre sobre Marte. Es fácil descubrir a un graduado de la U. D. si se le pregunta a qué Universidad ha ido. Si se obtiene una respuesta evasiva como: «Estatal», o «Oh, a una Universidad muy nueva de la que nunca habrá oído hablar», es seguro que asistió a la Desconocida. Espero contarles algo más de esta Universidad, que es un centro cultural únicamente en el sentido de

Pickwick.

Sea como fuere, a primera hora de una tarde cualquiera, Henry Hassel salió de su despacho en el Centro Psicópata con destino a su casa, atravesando a grandes zancadas la arcada de Cultura Física. No es cierto que lo hiciera para lanzar una ojeada a las alumnas desnudas que practicaban Eurythmia Arcana; la verdad es que a Hassel le gustaba admirar los trofeos expuestos en la arcada en memoria de grandes equipos de la Universidad Desconocida que triunfaron en la clase de campeonatos que ganan tales equipos... en deportes como estrabismo, oclusión y botulismo. (Hassel había sido campeón de frambesia durante tres años consecutivos.) Llegó muy animado a su casa, e irrumpió alegremente en ella, encontrando a su esposa en brazos de un hombre.

Allí estaba, una hermosa mujer de treinta y cinco años, con abundante cabello rojizo y ojos almendrados, siendo apasionadamente abrazada por una persona cuyos bolsillos rebosaban panfletos, instrumentos microquímicos y un martillo para reflejos de rótula... un típico exponente de la U. D. El abrazo era tan absorbente que ninguna de las partes ofensoras percibió a Henry que les contemplaba desde el pasillo.

Ahora recordemos a Ampère, Charles y Boltzmann. Hassel pesaba noventa kilos. Era fuerte y estaba libre de inhibiciones. Para él habría sido un juego de niños despedazar a su esposa y al amante de ésta, y de esta forma alcanzar simple y directamente la meta que deseaba... poner fin a la vida de su esposa. Pero Henry Hassel pertenecía a la clase de los genios; su mente no funcionaba de este modo.

Hassel inspiró profundamente, dio media vuelta y entró como un torbellino en su laboratorio particular. Abrió un cajón que ostentaba el letrero de DUODENO y extrajo un revólver de calibre 45. Abrió otros cajones, con letreros aún más interesantes y otro tipo de aparatos. En siete minutos y medio justos (tal era su rabia) armó una máquina del tiempo (tal era su genio).

El profesor Hassel dispuso la máquina del tiempo a su alrededor, hizo girar un cuadrante hasta 1902, cogió el revólver y apretó un botón. La máquina hizo un ruido parecido a un plomo que se funde, y Hassel desapareció. Reapareció en Filadelfia el 3 de junio de 1902 y fue directamente al número 1.218 de la calle Walnut, una casa de ladrillos rojos con escalones de mármol, y llamó al timbre. Un hombre que podría haber pasado por el tercer hermano Smith abrió la puerta y miró a Henry Hassel

—¿El señor Jessup? —preguntó Hassel con voz ahogada.

—¿Sí?

—¿Usted es el señor Jessup?

—Yo mismo.

—¿Tiene usted un hijo llamado Edgar? ¿Edgar Allan Jessup... a causa de su lamentable admiración por Poe?

El tercer hermano Smith se sobresaltó.

—Que yo sepa, no —dijo—. Aún no estoy casado.

—Lo estará —repuso airadamente Hassel—. Tengo la desgracia de estar casado con la hija de su hijo, Greta. Discúlpeme. —Alzó el revólver y disparó sobre el futuro abuelo de su esposa—. Ella habrá dejado de existir —murmuró Hassel, soplando el humo del revólver—. Estaré soltero. Incluso podré casarme con otra persona... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Con quién?

Hassel aguardó con impaciencia que el dispositivo automático de la máquina del tiempo le devolviera a su propio laboratorio. Se precipitó hacia el salón. Allí estaba su pelirroja mujer, todavía en brazos de un hombre.

Hassel se quedó boquiabierto.

—Así que es eso —gruñó—. Una tradición familiar de infidelidad. Bueno, nos ocuparemos de ello. Tenemos todos los medios necesarios. —Se permitió una risa hueca, volvió a su laboratorio y viajó al año 1901, donde mató de un disparo a Emma Hotchkiss, la futura abuela materna de su esposa. Regresó a su propia casa y su propio tiempo.

Allí estaba su pelirroja mujer, todavía en brazos de otro hombre.

—Estaba *seguro* de que la bruja era su abuela —murmuró Hassel—. Era imposible dejar de observar el parecido. ¿Qué demonios ha fallado?

Hassel estaba confundido y desanimado, pero no sin recursos. Fue a su despacho tuvo alguna dificultad en descolgar el teléfono, pero finalmente consiguió marcar el número del Laboratorio Inmoral. Su dedo siguió sudando fuera de los agujeros.

—¿Sam? —dijo—. Aquí Henry.

—¿Quién?

—Henry.

—Tendrá que alzar la voz.

—¡Henry Hassel!

—Oh, buenas tardes, Henry,

—Háblame del tiempo.

—¿Del tiempo? Humm... —La Computadora Síplex y Múltiplex se aclaró la garganta mientras esperaba que los circuitos de información se conectaran—. Ejem. Tiempo. (1) Absoluto. (2) Relativo. (3) Cíclico. (1) Absoluto: período, contingente, duración, diurno, perpetuidad...

—Lo siento, Sam. Solicitud equivocada. Retrocede. Quiero tiempo, referencia a la sucesión, viajes.

Sam cambió de marcha y empezó de nuevo. Hassel escuchó atentamente. Asintió. Gruñó:

—Uh-uh. Uh-uh. Correcto. Comprendo. Me lo imaginaba. Un continuo, ¿eh? Los actos realizados en el pasado deben alterar el futuro. Entonces estoy en el buen camino. Pero el acto debe ser importante, ¿eh? Efecto masa-acción. Las trivialidades

no pueden desviar las corrientes de fenómenos existentes. Humm. Pero ¿hasta qué punto puede ser trivial una abuela?

—¿Qué tratas de hacer, Henry?

—Matar a mi esposa —respondió Hassel.

Colgó. Volvió a su laboratorio. Reflexionó, aún dominado por los celos más rabiosos.

—Tengo que hacer algo importante —murmuró—. Borrar a Greta; borrarlo todo. ¡Pues muy bien! Yo les enseñaré.

Hassel retrocedió hasta el año 1775, visitó una granja de Virginia y disparó a un joven coronel en el pecho. El nombre del coronel era George Washington, y Hassel se aseguró de que estuviera muerto. Regresó a su propio tiempo y su propia casa. Allí estaba su pelirroja mujer, todavía en brazos de otro.

—¡Maldita sea! —exclamó Hassel. Estaba escaso de municiones. Abrió una caja nueva de cartuchos, retrocedió en el tiempo y asesinó a Cristóbal Colón, Napoleón, Mahoma, y media docena de otras celebridades—. ¡Esto tendría que bastar, demonios! —dijo Hassel.

Regresó a su propio tiempo, y encontró a su mujer igual que antes.

Le flaquearon las rodillas; le hizo el efecto de que no podía sostenerse en pie. Volvió a su laboratorio, como si andara por arenas movedizas.

—¿Qué diablos es importante? —se preguntó dolorosamente Hassel—. ¿Qué se necesita para cambiar el futuro? Por Dios que esta vez lo cambiaré de verdad. Me jugaré el todo por el todo.

Viajó a París a principios del siglo xx y visitó a madame Curie en una buhardilla cercana a la Sorbona.

—Madame —dijo en un execrable francés—, soy un desconocido para usted, pero un científico de cuerpo entero. Conociendo sus experimentos sobre el radio... ¡Oh! ¿Aún no ha llegado al radio? No importa. Estoy aquí para enseñarle lo que quiera sobre fisión nuclear.

Se lo enseñó. Tuvo la satisfacción de ver París envuelta en una nube de humo antes de que el dispositivo automático le devolviera a su casa.

—Esto enseñará a las mujeres a ser infieles... —gruñó—. ¡Guhh! —Esta última exclamación se escapó de sus labios al ver a su pelirroja mujer todavía..., pero no es necesario repetir lo evidente.

Hassel llegó como pudo a su despacho y se sentó para reflexionar. Mientras él reflexiona, será mejor que les advierta de que ésta no es una historia sobre viajes por el tiempo convencional. Si se imaginan por un momento que Henry va a descubrir que el hombre con quien está su mujer es él mismo, se equivocan. La víbora no es Henry Hassel, ni su hijo, ni un pariente, ni siquiera Ludwig Boltzmann (1844-1906). Hassel no describe un círculo en el tiempo, terminando donde empieza la historia,

para satisfacción de nadie y furia de todos... por la sencilla razón de que el tiempo no es circular, ni lineal, ni consecutivo, discoide, sicigético, longitudinal o pandiculado. El tiempo es una cuestión particular, según descubrió Hassel.

—Quizá se me haya pasado algo por alto —musitó Hassel—. Será mejor que lo compruebe. —Luchó con el teléfono, que parecía pesar cien toneladas, y al fin consiguió comunicarse con la biblioteca.

—¿Es la Biblioteca? Aquí Henry.

—¿Quién?

—Henry Hassel.

—Hable más alto, por favor.

—¡HENRY HASSEL!

—Oh. Buenas tardes, Henry.

—¿Qué tienes sobre George Washington?

La Biblioteca soltó un chasquido mientras sus unidades exploradoras inspeccionaban los catálogos.

—George Washington, primer presidente de los Estados Unidos, nació en...

—¿El primer presidente? ¿Acaso no fue asesinado en 1775?

—La verdad, Henry, ésta es una pregunta absurda. Todo el mundo sabe que George Wash...

—¿No sabe todo el mundo que murió de un disparo?

—¿Efectuado por quién?

—Por mí.

—¿Cuándo?

—En 1775.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Tengo un revólver.

—No, quiero decir que cómo lo hiciste hace doscientos años

—Tengo una máquina del tiempo.

—Bueno, aquí no consta —dijo la Biblioteca—. Según mis registros, sigue tan campante. Debes de haber fallado.

—No fallé. ¿Qué hay de Cristóbal Colón? ¿Algún informe sobre su muerte en 1489?

—¡Pero si descubrió el Nuevo Mundo en 1492!

—No lo hizo. Fue asesinado en 1489.

—¿Cómo?

—Con una bala del 45 en las entrañas.

—¿Tú otra vez, Henry?

—Sí.

—Aquí no consta —insistió la Biblioteca—. Debes de ser un tirador deplorable.

—No pienso enojarme —dijo Henry con voz temblorosa.

—¿Por qué no, Henry?

—Porque ya lo estoy —gritó—. ¡Muy bien! ¿Qué hay de Marie Curie? ¿Descubrió o no descubrió la bomba de fisión que destruyó París a principios de siglo?

—No lo hizo. Enrico Fermi...

—Lo hizo.

—No lo hizo.

—Yo le enseñé personalmente. Yo. Henry Hassel.

—Todo el mundo dice que eres un teórico magnífico, pero también un profesor deplorable, Henry. Eres...

—Vete al infierno, viejo chismoso. Esto tiene que aclararse.

—¿Por qué?

—Me he olvidado. Se me había ocurrido una cosa, pero ahora ya no importa. ¿Qué me sugieres?

—¿Tienes realmente una máquina del tiempo?

—Claro que la tengo.

—Pues retrocede en el tiempo y haz comprobaciones.

Hassel regresó al año 1775, visitó Mount Vernon, e interrumpió la plantación primaveral.

—Discúlpeme, coronel —empezó.

El gran hombre le miró con curiosidad.

—Habla usted de un modo muy raro, desconocido —dijo—. ¿De dónde procede?

—Oh, de una Universidad muy nueva de la que nunca habrá oído hablar.

—Su aspecto también es muy raro. Parece nebuloso, para decirlo de algún modo.

—Dígame, coronel, ¿qué sabe de Cristóbal Colón?

—No mucho —contestó el coronel Washington—. Falleció hace doscientos o trescientos años.

—¿Cuándo dice que falleció?

—En el año 1500 y pico, si no recuerdo mal.

—No fue así. Murió en 1489.

—Sus fechas están equivocadas, amigo. Descubrió América en 1492.

—El que descubrió América fue Cabot; Sebastián Cabot.

—Ni hablar. Cabot viene un poco más tarde.

—¡Tengo pruebas infalibles! —empezó Hassel, pero se interrumpió al ver acercarse a un hombre corpulento y bastante vigoroso con la cara ridículamente sonrojada por la rabia.

Llevaba unos pantalones grises abombados por el uso y una americana de *tweed* dos tallas demasiado pequeña para él. En su mano había un revólver del 45. Sólo

después de contemplarlo unos momentos, Henry Hassel se dio cuenta de que estaba mirándose a sí mismo y de que no le gustaba la visión.

—¡Dios mío! —murmuró Hassel—. Soy yo, que me dispongo a matar a George Washington. Si hubiera hecho este segundo viaje una hora más tarde, habría encontrado a Washington muerto. ¡Hey! —llamó—. Todavía no. Espera un minuto. Primero he de arreglar una cosa.

Hassel no se prestó atención; en realidad, no parecía consciente de sí mismo. Se dirigió en línea recta hacia el coronel Washington y le disparó en el pecho. El coronel Washington se desplomó, enfáticamente muerto. El primer asesino inspeccionó el cuerpo, y después, haciendo caso omiso de los esfuerzos de Hassel por detenerle y complicarle en una pelea, dio media vuelta y se alejó, murmurando malignamente para sí.

—No me ha oído —se extrañó Hassel—. Ni siquiera me ha notado. Y ¿por qué no me acuerdo de que intenté detenerme la primera vez que disparé contra el coronel? ¿Qué diablos está pasando?

Considerablemente agitado, Henry Hassel visitó Chicago y apareció en las canchas de *squash* de la Universidad de Chicago alrededor de 1940. Allí, entre un resbaladizo desorden de ladrillos de grafito y polvo de grafito que casi le asfixió, localizó a un científico italiano llamado Fermi.

—Repitiendo el trabajo de Marie Curie, según veo, *dottore*, ¿eh? —dijo Hassel. Fermi miró en torno suyo como si hubiera oído algún sonido ahogado.

—¿Repitiendo el trabajo de Marie Curie, *dottore*? —rugió Hassel.

Fermi le miró con extrañeza.

—¿De dónde sale usted, *amico*?

—Del Estado.

—¿De algún Departamento del Estado?

—Del Estado a secas. ¿No es verdad, *dottore*, que Marie Curie descubrió la fisión nuclear nada menos que en mil novecientos y pico?

—¡No! ¡No! ¡No! —exclamó Fermi—. Nosotros somos los primeros y aún no hemos alcanzado nuestra meta. ¡Policía! ¡Policía! ¡Un espía!

—Esta vez no fallaré —gruñó Hassel. Sacó su fiel 45, la vació sobre el pecho del doctor Fermi, y esperó el arresto y la inmolación en los registros periodísticos. Sorprendentemente, el doctor Fermi no se desplomó. El doctor Fermi se limitó a tocarse cuidadosamente el pecho y, al hombre que acudió al oír sus gritos, le dijo:

—No es nada. He sentido en mi interior una repentina quemadura que puede ser una neuralgia del nervio cardíaco; debe de ser algo de gas.

Hassel estaba demasiado agitado para esperar que el dispositivo automático de la máquina de tiempo se disparara. En lugar de ello, volvió inmediatamente a la Universidad Desconocida por sus propios medios. Aquello debiera haberle

proporcionado una pista, pero se hallaba demasiado enloquecido para advertirla. Fue entonces cuando yo (1913-1975) le vi por vez primera... una figura opaca que sorteaba los coches aparcados, las puertas cerradas y las paredes de ladrillos, con la luz de una lunática determinación en la mirada.

Irrumpió en la biblioteca, preparado para una discusión exhaustiva, pero no se pudo hacer oír ni percibir por los catálogos. Fue al Laboratorio Inmoral donde Sam, la Computadora Símplex y Múltiplex, tiene instalaciones de hasta 10.700 ångströms de sensibilidad. Sam no pudo ver a Henry, pero consiguió oírle a través de una especie de fenómeno a base de interferencias de ondas.

—Sam —dijo Hassel—. He hecho un descubrimiento sensacional.

—Tú siempre haces descubrimientos, Henry —se lamentó Sam—. Tu fichero está lleno. ¿Debo empezar otro?

—Necesito consejo. ¿Quién es la primera autoridad en cuestión del tiempo, referencias a la sucesión y viajes?

—Creo que Israel Lennox, profesor de mecánica espacial en Yale.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—No puedes, Henry. Está muerto. Murió en 1975.

—¿Qué autoridad sobre tiempo y viajes hay con vida?

—Wiley Murphy.

—¿Murphy? ¿De nuestro propio Departamento de Trauma? ¡Menos mal! ¿Dónde está en este momento?

—La verdad Henry, fue a tu casa para consultarte una cosa.

Hassel fue a su casa sin andar, buscó en su laboratorio y su despacho sin encontrar a nadie, y por último entró en el salón, donde su pelirroja mujer aún estaba en brazos de otro hombre. (Todo esto, ya lo habrán comprendido, había tenido lugar en el espacio de unos pocos momentos después de la construcción de la máquina de tiempo..., tal es la naturaleza del tiempo y los viajes a través del tiempo.) Hassel se aclaró la garganta una o dos veces e intentó llamar la atención de su mujer dándole unos golpecitos en el hombro. Sus dedos se clavaron en su carne.

—Perdóname, cariño —dijo—. ¿Ha venido Wiley Murphy a verme?

Entonces se fijó mejor y vio que el hombre que estaba abrazando a su mujer era el propio Murphy.

—¡Murphy! —exclamó Hassel—. Precisamente la persona que buscaba. He tenido la más extraordinaria de las experiencias. —Hassel se lanzó inmediatamente a una lúcida descripción de su extraordinaria experiencia, que fue algo así—: Murphy, $u-v=(u^{1/2}-v^{1/4})(u^a+u^xv^y+v^b)$, pero cuando George Washington $F(x)y^2\text{Ø}dx$ y Enrico Fermi $F(u^{1/2})dxdt$ mitad de Marie Curie, entonces ¿qué me dices de Cristóbal Colón veces la raíz cuadrada de menos uno?

Murphy hizo caso omiso de Hassel, igual que la señora Hassel. Yo anoté las

ecuaciones de Hassel sobre el capó de un taxi que pasaba.

—Haga el favor de escucharme, Murphy —dijo Hassel—. Greta, querida, ¿te importaría dejarnos solos un momento? Yo... ¡por todos los santos! ¿Queréis dejaros de tonterías? Esto es serio.

Hassel intentó separar a la pareja. Tuvo tan poco éxito al tratar de tocarlos como al tratar de que le oyeran. Su rostro volvió a congestionarse y se puso verdaderamente colérico a medida que golpeaba a la señora Hassel y Murphy. Era como golpear un gas ideal. Creí que lo mejor era intervenir.

—¡Hassel!

—¿Quién me llama?

—Salga un momento. Quiero hablar con usted.

Apareció a través de la pared.

—¿Dónde está?

—Por aquí.

—Se le ve como en una nebulosa.

—A usted también.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Lennox; Israel Lennox.

—¿Israel Lennox, profesor de mecánica espacial en Yale?

—El mismo.

—¡Pero si usted murió en 1975!

—Desaparecí en 1975.

—¿A qué se refiere?

—Inventé una máquina del tiempo.

—¡Dios mío! Yo también —dijo Hassel—. Esta tarde. Se me ocurrió la idea de repente... no sé por qué... y he tenido la más extraordinaria de las experiencias. Lennox, el tiempo no es un continuo.

—¿No?

—Es una serie de partículas separadas... como perlas de un collar.

—¿Sí?

—Cada una de las perlas es un «ahora». Cada «ahora» tiene su propio pasado y su propio futuro. Pero ninguno de ellos está relacionado con ningún otro. ¿Lo entiende? Si $a = a_1 + a_2ji + \text{Oax}(b_1)...$

—Dejemos las matemáticas, Henry.

—Es una forma de trasposición cuántica de energía. El tiempo se emite en corpúsculos discretos, en quanta. Podemos visitar cualquier quantum individual y hacer cambios en él, pero ningún cambio en ninguno de los corpúsculos afecta a otro corpúsculo. ¿Correcto?

—Incorrecto —dijo tristemente.

—¿Qué quiere decir con eso de «incorrecto»? —preguntó, gesticulando airadamente—. Se toman las ecuaciones trocoides y...

—Incorrecto —repetí con firmeza—. ¿Querrá escucharme, Henry?

—Oh, adelante —dijo él.

—¿Se ha dado cuenta de que se ha convertido en un ser bastante insustancial? ¿Borroso? ¿Espectral? El espacio y el tiempo ya no le afectan.

—¿Sí?

—Henry, yo tuve la desgracia de construir una máquina del tiempo en 1975.

—Ya me lo había dicho. Escuche, ¿qué hay del consumo energético? Me imagino que estoy utilizando unos 7,3 kilovatios por...

—Dejemos el consumo energético, Henry. En mi primer viaje al pasado, visité el Pleistoceno.

Estaba impaciente por fotografiar el mastodonte, el gigantesco calípedes terrestre y el tigre de dientes de sable. Mientras retrocedía para obtener la imagen completa de un mastodonte en el campo de visión de $f/6.3$ a $1/100$ de segundo, o en la escala LVS...

—Dejemos la escala LVS —dijo.

—Mientras retrocedía, pisé inadvertidamente y maté un pequeño insecto del Pleistoceno.

—¡Ah-hah! —dijo Hassel.

—Este incidente me aterrorizó. Me imaginé volviendo a mi mundo y encontrándolo completamente cambiando como resultado de esta única muerte. Comprenda mi sorpresa cuando regresé a mi mundo y vi que nada había cambiado.

—¡Oh-ho! —dijo Hassel.

—Experimenté cierta curiosidad. Volví al Pleistoceno y maté al mastodonte. Nada cambió en 1975. Volví al Pleistoceno y suprimí la vida salvaje..., sin que cambiara nada. Viajé a lo largo del tiempo, matando y destruyendo, en un intento de alterar el presente.

—En ese caso, hizo lo mismo que yo —exclamó Hassel—. Es extraño que no nos encontráramos.

—Nada extraño.

—Yo maté a Colón.

—Yo maté a Marco Polo.

—Yo maté a Napoleón.

—Yo pensé que Einstein era más importante

—Mahoma no cambió mucho las cosas..., yo esperaba más de él.

—Lo sé. Yo también le maté.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Hassel.

—Le asesiné el 16 de setiembre de 599, según el calendario juliano.

—¡Pero si yo maté a Mahoma el 5 de enero de 598!

—Le creo.

—Pero ¿cómo puede haberle matado después de que yo lo hiciera?

—Los dos lo hicimos.

—Eso es imposible.

—Hijo mío —dije—, el tiempo es enteramente subjetivo. Es una cuestión particular..., una experiencia personal. No existe el tiempo objetivo, igual que no existe el amor objetivo, o el alma objetiva.

—¿Acaso está tratando de decirme que los viajes a través del tiempo son imposibles? ¡Si nosotros los hemos hecho!

—Sin duda alguna, y también muchos otros, según mis noticias. Pero cada uno viaja a su propio pasado, y no al de otra persona. No hay un continuo universal, Henry. Sólo hay millones de individuos, cada uno de ellos con su propio continuo; y un continuo no puede afectar a otro. Somos como millones de espaguetis en la misma cazuela. Ningún viajero del tiempo puede encontrarse con otro ni en el pasado ni en el futuro. Cada uno de nosotros debe viajar de arriba abajo de su propio fideo completamente solo.

—Pero ahora nos hemos encontrado.

—Ya no somos viajeros del tiempo, Henry. Nos hemos convertido en la salsa de los espaguetis.

—¿La salsa de los espaguetis?

—Sí. Usted y yo podemos visitar cualquier fideo que queramos, porque nos hemos destruido a nosotros mismos.

—No le comprendo.

—Cuando un hombre cambia el pasado, sólo altera su propio pasado... y el de nadie más. El pasado es como los recuerdos. Cuando se borran los recuerdos de un hombre, se le destruye, pero no se destruye a nadie más. Usted y yo hemos borrado nuestro pasado. El mundo individual de los demás sigue adelante, pero nosotros hemos dejado de existir.

—¿Qué quiere decir... «dejado de existir»?

—Con cada acto de destrucción nos hemos desintegrado un poco. Ahora ya hemos desaparecido. Hemos cometido cronicidio. Somos fantasmas. Espero que la señora Hassel sea feliz con el señor Murphy... Ahora regresemos a la Academia. Ampère está contando una historia muy interesante sobre Ludwig Boltzmann.

SERVIR AL HOMBRE

DAMON KNIGHT

Los kanamitas no eran muy atractivos, es cierto. Parecían un poco cerdos y un poco hombres, y ésta no es una combinación agradable. Verlos por vez primera era un auténtico *shock*; éste era su *handicap*. Cuando una cosa con el aspecto de una fiera viene de las estrellas y te ofrece un regalo, te sientes inclinado a no aceptarlo.

No sé cómo esperábamos que fueran los visitantes interestelares..., es decir, los que habíamos pensado alguna vez en ello. Quizá ángeles, o bien algo demasiado extraño para ser realmente espantoso. Posiblemente fue por eso que nos horrorizamos tanto y experimentamos tal repugnancia cuando aterrizaron en sus grandes naves y vimos cómo eran en realidad.

Los kanamitas eran bajos y muy peludos..., con pelos gruesos y erizados de un color gris-marrón en todo su cuerpo abominablemente rechoncho. Su nariz parecía una trompa y tenían ojos pequeños, y manos muy gruesas de tres dedos cada una. Llevaban tirantes de cuero verde y pantalones cortos, pero creo que los pantalones eran una concesión a nuestras ideas sobre decencia pública. La ropa estaba cortada a la última moda, con bolsillos verticales y medio cinturón en la parte posterior. Sea como fuere, los kanamitas tenían sentido del humor.

Había tres de ellos en aquella sesión de las N.U., y puedo asegurarles que su presencia en una solemne Sesión Plenaria resultaba muy extraña..., tres rechonchas criaturas con aspecto de cerdos, vestidas con tirantes verdes y pantalones cortos, sentadas a la larga mesa de debajo de la tarima, rodeadas por los bancos atestados de delegados procedentes de todas las naciones. Estaban correctamente erguidos, y miraban cortésmente a todos los oradores. Sus orejas planas caían por encima de los audífonos. Creo que más tarde aprendieron todos los idiomas humanos, pero en aquella época sólo sabían francés e inglés.

Parecían completamente a sus anchas... y esto, junto con su sentido del humor, fue algo que me impulsó a experimentar cierta simpatía hacia ellos. Yo formaba parte de la minoría; no creía que fueran a atacar el mundo. Habían explicado que lo único que querían era ayudarnos y yo les creí. Como traductor de las N.U., mi opinión no importaba, pero me pareció que su venida era lo mejor que había ocurrido jamás a la Tierra.

El delegado de Argentina se puso en pie y dijo que su Gobierno estaba interesado en la demostración de una nueva y barata fuente de energía, que los kanamitas habían realizado en la sesión precedente, pero que el Gobierno argentino no podía

comprometerse en cuanto a su política futura sin un examen mucho más concienzudo.

Era lo que decían todos los delegados, pero yo tuve que prestar particular atención al señor Valdés, porque tenía cierta tendencia a tartamudear y su dicción era mala. No tropecé con demasiadas dificultades en la traducción, y sólo tuve una o dos vacilaciones, tras lo cual conecté la línea polaco-inglés para oír cómo se las arreglaba Gregori con Janciewicz. Janciewicz era la cruz que Gregori tenía que soportar, igual que Valdés era la mía.

Janciewicz repitió las observaciones anteriores con unas cuantas variaciones ideológicas, y entonces el secretario general cedió la palabra al delegado de Francia, que presentó al doctor Denis Lévêque, el criminalista, y se procedió a introducir una gran cantidad de complicados aparatos.

El doctor Lévêque hizo hincapié en que la cuestión que preocupaba a mucha gente había sido expresada por el delegado de la URSS en la sesión precedente, al inquirir: «¿Cuál es el móvil de los kanamitas? ¿Qué se proponen al ofrecernos estos regalos sin precedentes sin pedir nada a cambio?» A continuación, el doctor dijo:

—A petición de varios delegados y con el pleno consentimiento de nuestros huéspedes, los kanamitas, mis compañeros y yo hemos elaborado una serie de pruebas con los aparatos que ven ustedes aquí. Ahora las repetiremos.

Un murmullo agitó la cámara. Hubo una descarga de *flashes*, y una de las cámaras de televisión pasó a enfocar el cuadro de instrumentos del equipo del doctor. Al mismo tiempo, la enorme pantalla de televisión que había detrás del podio se encendió, y vimos las esferas de dos cuadrantes, con sus respectivas manecillas en el cero, y una tira de papel con una aguja inmovilizada sobre ella.

Los ayudantes del doctor estaban fijando unos alambres a las sienes de uno de los kanamitas, anudando un tubo de goma envuelto en lona alrededor de su antebrazo, y pegando algo a la palma de su mano derecha.

En la pantalla, vimos que la tira de papel empezaba a moverse y la aguja trazaba un lento zigzag a lo largo de ella. Una de las manecillas empezó a saltar rítmicamente; la otra dio una sacudida y se detuvo, oscilando ligeramente.

—Éstos son los instrumentos habituales para comprobar la verdad de una afirmación —dijo el doctor Lévêque—. Nuestro primer objetivo, puesto que la fisiología de los kanamitas es desconocida para nosotros, fue determinar si reaccionaban o no a estas pruebas del mismo modo que los humanos. Ahora repetiremos uno de los muchos experimentos que fueron realizados con el fin de averiguarlo.

Señaló hacia la primera esfera.

—Este instrumento registra el latido cardíaco del sujeto. Muestra la conductividad eléctrica de la piel en la palma de su mano, una medida de transpiración, que aumenta con el esfuerzo. Y éste —señalando hacia la tira de papel y la aguja— muestra el tipo

de intensidad de las ondas eléctricas que emanan de su cerebro. Se ha demostrado, con sujetos humanos, que todas estas lecturas varían sensiblemente si el sujeto dice la verdad o no.

Cogió dos cartulinas, una roja y una negra. La roja era un cuadrado de un metro de lado aproximadamente; la negra era un rectángulo de un metro y medio de largo. Se volvió hacia el kanamita.

—¿Cuál de los dos es el más largo?

—El rojo —dijo el kanamita.

Las dos agujas saltaron violentamente, al igual que la línea trazada sobre el papel.

—Repetiré la pregunta —dijo el doctor—. ¿Cuál de los dos es el más largo?

—El negro —contestó la criatura.

Esta vez los instrumentos continuaron su ritmo normal.

—¿Cómo llegaron a este planeta? —preguntó el doctor.

—Andando —repuso el kanamita.

Los instrumentos volvieron a reaccionar, y un coro de risas ahogadas invadió la cámara.

—Una vez más —dijo el doctor—, ¿cómo llegaron a este planeta?

—En una nave espacial —contestó el kanamita, y los instrumentos no saltaron.

El doctor se enfrentó de nuevo con los delegados.

—Se realizaron muchos de estos experimentos —dijo—, y mis colegas y yo mismo estamos convencidos de que los mecanismos son efectivos. Ahora —se volvió hacia el kanamita— pediré a nuestro distinguido huésped que conteste a la pregunta formulada en la última sesión por el delegado de la URSS, es decir, ¿cuál es el motivo de que los kanamitas ofrezcan estos regalos a los habitantes de la Tierra?

El kanamita se levantó. En inglés, dijo:

—En mi planeta hay un proverbio: «Hay más misterios en una piedra que en la cabeza de un científico.» Los fines de los seres inteligentes, aunque a veces parezcan oscuros, son muy sencillos si se comparan con las complejidades del universo natural. Por lo tanto, espero que los habitantes de la Tierra me comprendan y me crean si les digo que nuestra misión en su planeta es simplemente ésta: traerles la paz y muchas cosas que nosotros mismos disfrutamos, y que en el pasado hemos llevado a otras razas esparcidas por toda la galaxia. Cuando su mundo deje de tener hambre, cuando deje de haber guerras y sufrimientos innecesarios, nos consideraremos recompensados.

Y las agujas no saltaron ni una sola vez.

El delegado de Ucrania se puso en pie de un salto, solicitando que se le cediera la palabra, pero el tiempo había finalizado y el secretario general cerró la sesión.

Encontré a Gregori cuando salíamos de la cámara de las N.U. Su rostro estaba encarnado de excitación.

—¿Quién ha promovido este circo? —preguntó.

—Las pruebas me han parecido veraces —le dije.

—¡Un circo! —exclamó con vehemencia—. ¡Una farsa de segundo orden! Si eran veraces, Peter, ¿por qué se ha suprimido el debate?

—Seguramente mañana habrá tiempo para el debate.

—Mañana el doctor y sus instrumentos estarán de vuelta en París. Pueden ocurrir muchas cosas antes de mañana. En nombre del cielo, ¿cómo es posible que alguien confíe en unos seres que parecen alimentarse de niños?

Me sentí un poco molesto. Repuse:

—¿Estás seguro de que no te preocupa más su política que su aspecto?

El repuso, «Bah», y se alejó.

Al día siguiente empezaron a llegar informes de todos los laboratorios gubernamentales del mundo donde la fuente energética de los kanamitas estaba siendo verificada. Eran tremendamente entusiásticos. Yo no entiendo de estas cuestiones, pero parecía que aquellas pequeñas cajas de metal proporcionarían más energía eléctrica que una pila atómica, por casi nada y para casi siempre. Y se decía que eran tan baratas de fabricar que todo el mundo podría tener una. A primeras horas de la tarde se sabía que diecisiete países ya habían empezado a edificar fábricas para elaborarlas.

Al día siguiente, los kanamitas mostraron los planos y muestras de un aparato que incrementaría la fertilidad de cualquier terreno cultivable de un sesenta a un ciento por ciento. Aceleraba la formación de nitratos en el subsuelo, o algo parecido. Ya no se hablaba de otra cosa más que de los kanamitas. Al día siguiente de esto, lanzaron su bomba.

—Ahora ya disponen de energía potencialmente ilimitada y mayor suministro alimenticio —dijo uno de ellos. Señaló con su mano de tres dedos hacia un instrumento que se encontraba sobre la mesa que había junto a él. Era una caja colocada encima de un trípode, con un reflector parabólico en la parte anterior—. Hoy les ofrecemos un tercer regalo que, por lo menos, es tan importante como los dos primeros.

Hizo señas a los cámaras de la televisión para que tomaran un primer plano del aparato en cuestión. Entonces cogió una gran cartulina cubierta de dibujos y rótulos en inglés. Nosotros lo vimos en la pantalla de encima del podio; todo era claramente legible.

—Nos han informado de que esta emisión se transmite a todo su mundo —dijo el kanamita—. Deseo que todos los que tengan equipo apropiado para tomar fotografías de la pantalla de televisión, lo utilicen.

El secretario general se inclinó hacia delante y formuló vivamente una pregunta, que el kanamita ignoró.

—Este aparato —dijo— proyecta un campo en el cual ningún explosivo, sea de la naturaleza que fuere, puede estallar.

Reinó un silencio expectante.

El kanamita dijo:

—Ya no puede ser suprimido. Si una nación lo tiene, todas deben tenerlo. — Como nadie pareciera comprender, explicó bruscamente—: No habrá más guerras.

Ésta fue la mayor novedad del milenio, y resultó perfectamente cierta. Sucedió que los explosivos a los que se refiriera el kanamita incluían las explosiones de gasolina y diesel. Hicieron simplemente imposible que se armara o equipara un ejército moderno.

Naturalmente, hubiéramos podido volver a los arcos y flechas, pero esto no habría satisfecho a los militares. Y mucho menos después de tener bombas atómicas y todo el resto. Además, no habría ninguna razón para hacer la guerra. Todas las naciones tendrían pronto de todo.

Nadie volvió a dedicar otro pensamiento a los experimentos con el detector de mentiras, ni preguntó a los kanamitas cuál era su política. Gregori se sintió desconcertado; no tenía nada con qué probar sus sospechas.

Abandoné mi empleo en las N.U. unos meses después, porque preví que de todos modos tendría que acabar haciéndolo. En aquel momento, las N.U. estaban en auge, pero al cabo de uno o dos años no tendría nada que hacer. Todas las naciones de la Tierra estaban en camino de bastarse a sí mismas; no iban a necesitar mucho arbitraje.

Acepté un puesto de traductor en la Embajada kanamita, y fue allí donde volví a tropezarme con Gregori. Me alegré de verle, pero no pude imaginarme lo que estaba haciendo allí.

—Pensaba que estabas en la oposición —le dije—. No irás a decirme que te has convencido de la bondad de los kanamitas.

Me pareció avergonzado.

—Sea como fuere, no eran lo que yo creía —dijo.

Viniendo de él, esto era una verdadera concesión, y le invité a bajar al bar de la embajada para tomar una copa. Era un lugar muy íntimo, y él se puso confidencial al segundo daiquiri.

—Me fascinan —dijo—. Aún detesto instintivamente su aspecto..., esto no ha cambiado, pero me sobrepongo. Evidentemente, tú tenías razón; no querían hacernos más que bien. Pero ¿sabes? —se inclinó por encima de la mesa—, la pregunta del delegado soviético no fue contestada.

Me temo que solté una carcajada.

—No, hablo en serio —prosiguió—. Nos contaron lo que querían hacer...

«traerles la paz y muchas cosas que nosotros mismos disfrutamos». Pero no dijeron por qué.

—¿Por qué los misioneros...?

—¡Tonterías! —exclamó airadamente—. Los misioneros tienen un motivo religioso. Si estas criaturas tienen una religión, nunca han hablado de ella. Te diré aún más, no enviaron a un grupo de misioneros, sino a una delegación diplomática... a un grupo que representaba la voluntad y política de todo su pueblo. Ahora bien, ¿qué tienen que ganar los kanamitas, como pueblo o como nación, con nuestro bienestar?

Yo dije:

—Cultura...

—¡Qué cultura ni qué bobadas! No, es algo menos evidente, algo oscuro que pertenece a su psicología y no a la nuestra. Pero confía en mí, Peter, no existe una cosa tal como el altruismo completamente desinteresado. De una forma u otra, tienen algo que ganar.

—Y ésa es la razón de que estés aquí —dije—, intentar averiguarlo, ¿verdad?

—Exacto. Quería formar parte de uno de sus grupos de intercambio con destino a su planeta natal, pero no pude; el cupo estaba lleno una semana después de que hicieran el anuncio. En lugar de eso, estoy estudiando su idioma, y ya sabes que el idioma refleja las características básicas de las personas que lo utilizan. Ya domino bastante bien su jerga lingüística. No es muy difícil, la verdad, y me está proporcionando algunos indicios. Algunas expresiones son muy parecidas a las nuestras. Estoy seguro de que no tardaré en encontrar la solución.

—Todo es cuestión de estudio —dije, y volvimos a trabajar.

A partir de entonces vi a Gregori con frecuencia, y me mantuvo informado de sus progresos. Un mes después de aquella primera entrevista lo encontré enormemente excitado; dijo que había conseguido obtener un libro de los kanamitas y que estaba intentando descifrarlo. Escribían en ideogramas, peores que los chinos, pero estaba decidido a desentrañarlo aunque le costara años. Quería que yo le ayudara.

Bueno, me interesó a pesar mío, pues sabía que sería una larga tarea. Pasamos algunas tardes juntos, trabajando con material extraído de los tabloncillos de anuncios kanamitas y sitios por el estilo, así como del diccionario inglés-kanamita extremadamente limitado que proporcionaban al personal. Al principio me remordía la conciencia acerca del libro robado, pero gradualmente fui sintiéndome absorbido por el problema. Al fin y al cabo, los idiomas son mi fuerte. No pude evitar sentirme fascinado.

Desciframos el título a las pocas semanas. Era *Cómo servir al hombre*, evidentemente un manual que distribuían entre los nuevos miembros kanamitas del personal de la embajada. Ahora llegaban continuamente, un cargamento una vez al mes; estaban abriendo toda clase de laboratorios de investigación, clínicas y así

sucesivamente. Si en la Tierra había alguien que desconfiaba de ellos aparte de Gregori, debía encontrarse en el Tíbet.

Era asombroso ver los cambios que se habían forjado en menos de un año. Ya no había ejércitos permanentes, ni escasez, ni desempleo. Cuando cogías un periódico no veías las palabras «BOMBA H» o «V-2»; las noticias siempre eran buenas, resultaba difícil acostumbrarse a ello. Los kanamitas estaban trabajando en bioquímica humana, y en nuestra embajada corría la voz de que estaban a punto de anunciar métodos para hacer nuestra raza más alta, más fuerte y más sana —prácticamente una raza de superhombres— y ya tenían una cura potencial para las enfermedades cardíacas y el cáncer.

Estuve quince días sin ver a Gregori después de haber descifrado el título del libro; me fui de vacaciones a Canadá. Al volver, me quedé impresionado al observar el cambio que había experimentado.

—¿Qué ha pasado, Gregori? —le pregunté—. Pareces el demonio en persona.

—Bajemos al bar.

Fui con él, y se tomó un escocés de un solo trago como si lo necesitara.

—Vamos, hombre, ¿qué es lo que pasa? —apremié.

—Los kanamitas me han incluido en la lista de pasajeros de la próxima nave de intercambio —dijo—. A ti también, de lo contrario no estaría hablando contigo.

—Bueno —dije—, pero...

—No son altruistas.

Intenté razonar con él. Le hice notar que habían convertido la Tierra en un paraíso comparándola con lo que era antes. Él se limitó a menear la cabeza.

Entonces le pregunté:

—Bueno, ¿qué hay de las pruebas realizadas con el detector de mentiras?

—Una farsa —replicó, sin calor—. Ya te lo dije en su momento. Sin embargo, en aquella ocasión dijeron la verdad.

—¿Y el libro? —pregunté, molesto—. ¿Qué hay de ese... *Cómo servir al hombre*? Eso no te lo dieron para que lo leyeras. Está escrito *en serio*. ¿Cómo puedes explicarlo?

—He leído el primer párrafo de ese libro —dijo—. ¿Por qué crees que llevo una semana sin dormir?

—¿Por qué? —inquirí yo, y él esbozó una extraña sonrisa.

—Es un libro de cocina —repuso.

UNA BOMBA EN LA BAÑERA

THOMAS N. SCORTIA

El joven dijo que su nombre era Sidney Coleman. Parecía un nadador profesional de escasos músculos y cierta tendencia a engordar. En aquel momento, sus ojos estaban hundidos y tenían una expresión salvaje.

—Dijo que mi cuarto de baño era el centro de un nexo probabilístico —gimió el joven—. Y ahora hay una bomba H en la bañera.

Caedman Wickes pasó una mano roja y delgada por encima de la rayada superficie de su mesa e hizo una mueca al notar un tacto arenoso bajo su palma.

Después inspeccionó minuciosamente la áspera pelusa rubia que cubría sus dedos.

—¿Hace alguna otra cosa? —preguntó al fin con gran ponderación—. ¿Tictac, por ejemplo?

—Nada. Está inmóvil, mirando el grifo del agua caliente con su estúpido ojo azul y diciendo toda clase de trivialidades.

—¿No es todo eso un poco ridículo? —preguntó Wickes.

—Eso es lo que pensó la policía. —Coleman se pasó los dedos por el cabello negro pelado al rape.

—No, no hablaba en serio. Al fin y al cabo —señaló Wickes—, si se pone algo tan grande como una bomba en un cuarto de baño, el sitio lógico es la bañera.

—Lógico para usted, quizá.

Wickes se tocó pensativamente la nariz e hizo un gesto en dirección a la puerta del despacho. En ella había un letrero que decía: «Caedman Wickes, Investigador Privado, Especialista en Denuncias Singulares.»

Dijo:

—En mi profesión, suelo toparme con cosas insólitas; pero siempre hay una lógica interna. Ésta es la razón de mi éxito. Siempre..., *siempre* hay que buscar la lógica interna. Todo lo demás se da por añadidura.

Unió los dedos de ambas manos con expresión abstraída.

—Me acuerdo de un cliente que creía tener a un venusiano atrapado en la lavadora. Muy lógico, si uno se detiene a pensarlo. Sin embargo... —Wickes frunció los labios tristemente—, resultó que estaba completamente loco. Una verdadera pena. ¡Una idea tan magnífica! De todos modos, creo que la idea de utilizar una bomba H es ridícula. Lo mejor que dicha bomba podría hacer sería volatizar la ciudad y,

posiblemente, los suburbios más cercanos. No vale la pena preocuparse acerca de ello.

—En realidad, no dijo que fuera una bomba H —repuso Coleman con cansancio—. Fui yo quien lo dedujo. Al fin y al cabo, dijo que quería destruir este universo.

—¡Ah! —Los ojos de Wickes centellearon—. ¿No el Universo? ¿Sólo *este* universo?

—Lo dejó bien claro. Dijo que hay un número infinito de universos probables. Él sólo quiere destruir el mejor de todos los universos posibles... *éste*.

—Indudablemente paranoico —comentó Wickes.

—Desde luego. Esto forma parte de su terapia. Está loco.

—¿Así que éste no es su universo?

—Yo diría que no. La cura no serviría de mucho si destruyera el universo donde él vive, ¿no cree?

Wickes frunció los labios.

—No necesariamente. Caramba, recuerdo que...

Coleman se puso en pie de un salto y se inclinó hacia delante, apoyando las manos en la mesa.

—¡Basta de recuerdos! Ya estoy harto de sus divagaciones. Esa cosa dice que va a explotar este martes. Tiene que idear un medio de desconectarla.

—Paciencia, paciencia —reprendió Wickes—. No sirve de nada perder la cabeza en esta clase de cosas.

Desdobló su cadavérico esqueleto de un metro ochenta y cinco de estatura de detrás de la mesa, y cogió un impermeable, una bufanda de lana negra y un sombrero de fieltro manchado y con el ala desgastada de la parte superior de un archivador abollado.

—Tendría que fumarme una pipa —comentó mientras se ponía dichas prendas—, pero creo que el abrigo y el sombrero ya son concesión suficiente al convencionalismo, ¿verdad?

—Me importa un bledo que lleve leotardos rosa o vuele por el aire —replicó Coleman—. Lo único que quiero es que haga algo con la bomba que hay en mi bañera.

Wickes alzó una mano inerte y señaló hacia la puerta.

—Veo —dijo mientras atravesaban el pasillo, y sus pies provocaban chirriantes lamentos en los tablones del suelo— que usted no se da cuenta de la belleza de la situación.

—¿Belleza? ¿Le gustaría tener una bomba en *su* bañera?

—Ésta no es en absoluto la cuestión —increpó Wickes—. Esto me recuerda a un cliente que tenía el proyecto de psicoanalizar a su tatarabuelo. Según su teoría, las neurosis se transmitían genéticamente. Bueno, quería que yo indagara el paradero del

anciano caballero en cierto día de mil ochocientos treinta y pico y...

Coleman miraba ferozmente a derecha e izquierda mientras bajaban las escaleras. Wickes decidió hacer caso omiso de su angustia. Además, la Aventura del Psicoanálisis Retroactivo, tal como le gustaba denominarla, le ayudaba a adquirir la disposición de ánimo más adecuada.

Estaba un poco molesto, mientras atravesaban la ciudad en un taxi, de que Coleman desplegara tan lamentable falta de interés por tomar parte en la conversación. Estaba muy inquieto y se sobresaltaba con cualquier ruido. Una vez, cuando un automóvil hizo una falsa explosión, por poco se desmayó.

Poca elasticidad, pensó Wickes, y chasqueó mentalmente la lengua.

La casa era un edificio de construcción reciente y cinco habitaciones bastante pequeñas en uno de los polígonos más nuevos de las afueras de la ciudad. Mientras Coleman abría la puerta, Wickes no dejó de mirar de arriba abajo de la manzana.

—¡Qué raro! —comentó.

—¿Qué es lo raro?

—No hay antenas de televisión.

—No encontrará ninguna en esta zona —explicó Coleman—. Estamos en un área desconectada. Ni siquiera hay recepción de radio. Por eso compré la casa tan barata.

Al entrar en la casa, Wickes oyó un débil tarareo átono en el aire. Tenía una extraña naturaleza musical, sin ser realmente una melodía.

—Oh, había olvidado decírselo —explicó Coleman—. Canta.

Wickes alzó una ceja.

—¿Que la bomba canta? ¿En la bañera?

—En la bañera.

—¡Qué apropiado! —exclamó Wickes.

Mientras Coleman se despojaba del sombrero y el abrigo, Wickes cruzó el salón, siguiendo el sonido a lo largo de un corto pasillo hasta un espacioso cuarto de baño, embaldosado en tonos coral y rosa.

Había una bomba bastante grande en la bañera.

Tenía un solo ojo azul de mirada inexpresiva. Miraba fijamente el grifo del agua caliente y cantaba.

—¿Lo ve? —dijo Coleman a su espalda—. La policía no me creyó. —Su voz era estridente e histérica.

—Éste es el mejor de todos los mundos posibles —dijo la bomba—, pero el de mañana será mejor.

—Interesante —dijo Wickes.

—¿Qué voy a hacer? —gimió Coleman.

—Todos los días, en todos los sentidos, las cosas están mejorando más y más —

recitó la bomba. Su canturreo aumentó de tono una fracción de octava.

—Una incurable optimista —observó Wickes.

—¡Tú! —sollozó Coleman—. ¡Fuera de mi bañera!

—No puedo —dijo la bomba, interrumpiendo su canción—. No tengo piernas. No tengo brazos. No saldré —añadió al cabo de un momento.

Empezó a cantar de nuevo. La música era extrañamente regular, con una consistencia interna que Wickes encontró vagamente familiar.

—¿Qué estás cantando? —preguntó.

—*Frankie y Johnnie* —respondió la bomba. Por vez primera, el ojo azul dejó de mirar al grifo para fijarse en Wickes—. ¿Te gusta?

—Bueno —dijo Wickes, reflexionando—, no se parece demasiado a *Frankie y Johnnie*.

—Sin embargo, lo es —dijo la bomba—. La estoy cantando en clave.

—Empieza a darme dolor de cabeza —se quejó Coleman.

—¡Inculto! —dijo despreciativamente la bomba, pero el canturreo aumentó de tono y pronto fue inaudible. El ojo volvió a su mirada fija. Esta vez, escogió el grifo de agua fría.

—Será mejor que se acueste —aconsejó Wickes a Coleman.

Se sacó una cinta métrica del bolsillo y empezó a medir la distancia que había entre los accesorios del cuarto de baño. Ocasionalmente chasqueaba la lengua y tomaba rápidas notas en una agenda marrón de imitación de cuero.

Coleman le observaba silenciosamente.

La bomba seguía con la vista clavada en el grifo del agua.

Wickes murmuró algo.

—¿Qué dice? —preguntó Coleman.

—Como en el problema de la aguja del conde Buffon —dijo Wickes—. La razón entre la anchura de la bañera y la anchura de la habitación.

—¿Cuánto es?

—Tres coma uno, cuatro, uno, seis —recitó Wickes—. Pi, eso es lo que es.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y enrolló la alfombra de baño junto al taburete. Pensativamente, extrajo un par de dados de su bolsillo. Empezó a tirarlos al suelo, haciéndolos chocar contra la base embaldosada de la bañera.

Los dados sumaron repetidamente siete.

—Le daré un consejo —dijo Wickes lentamente.

—¿Sí? —apremió Coleman.

—Cuando esto haya terminado...

—¿Sí?

—... arrancaríla la bañera e instalaríla una mesa de dados. Claro que tendría que

cambiar un poco las reglas de la casa, puesto que todas las tiradas darían un siete, pero...

Estaba hablando a una puerta abierta Coleman había atravesado el pasillo con pasos inseguros y se había desplomado en un sillón de la sala de estar. Desde el cuarto de baño, Wickes le oyó gemir débilmente.

—Éste es el mejor de todos los mundos posibles —dijo la bomba con tono dogmático.

—¿De verdad? —preguntó Wickes.

—Oh, claro que sí. Tiene que serlo; me apuesto lo que sea —retó con presunción. Entonces empezó a cantar de nuevo.

—¿Es que no puedes cantar otra cosa más que *Frankie y Johnnie*? —preguntó Wickes.

—Esto era *Down by the Old Mill Stream*.

—Parecía *Frankie y Johnnie*.

—¡Qué falta de educación! —resopló la bomba—. Indudablemente, éste es el mejor de todos los mundos posibles —añadió al cabo de un momento.

—¿Por qué? —inquirió Wickes.

—Oh, porque sí.

—Pues no es verdad, ¿sabes? En realidad, es un mundo inferior.

—¡No lo es! ¡*Tiene* que ser el mejor!

—Me temo que no lo sea.

—¡Mentiras, mentiras! —exclamó apasionadamente la bomba—. Te daré ventaja..., cualquier ventaja.

—¿Para apostar?

—¡Naturalmente! ¿No te atreves?

—¿Por qué tiene que ser el mejor de todos los mundos posibles?

—¿Apuestas o no apuestas?

—¿Por qué el mejor de todos los mundos posibles? —insistió Wickes.

La bomba guardó silencio. Después empezó a canturrear en un crescendo estridente. Wickes se dirigió al salón. Coleman estaba hundido en un sillón, con la cabeza entre las manos.

—¿*Frankie y Johnnie*? —preguntó débilmente.

—*Down by the Old Mill Stream* —le dijo Wickes.

—*Mairzy Doats* —corrigió la bomba desde el cuarto de baño.

—¿Sabe que esto puede volver loco a cualquiera? —dijo Wickes.

—¿Por qué no aceptaba la apuesta? —preguntó sarcásticamente Coleman.

—Sobran las ironías. Además, yo nunca apuesto. Por otro lado, esa bobada puede ser importante.

—¿En qué sentido?

—Bueno, pueden deducirse ciertas cosas acerca de una sociedad cuyas máquinas son aficionadas a los juegos de azar.

—Sí —repuso Coleman—. Quizá ese universo haya sido conquistado por una raza de bandidos de un solo brazo procedentes de Las Vegas^[1].

—No es nada improbable —dijo Wickes—. Excepto que éste no tiene brazos. Sea como fuere, el mundo de la bomba sabe mucho más que nosotros sobre probabilidades.

—¿Ya ha descubierto la lógica interna? —se burló Coleman.

—Exactamente —dijo Wickes con sorprendida aprobación—. Ni yo mismo hubiera podido explicarlo mejor.

Wickes se sentó en una silla y se miró fijamente las puntas de los zapatos negros. Al cabo de un momento se levantó y fue hacia el teléfono que había sobre la mesa cercana al sillón de Coleman.

—Ya era hora —observó agriamente Coleman.

—¡Bah! —dijo Wickes.

Marcó un número y habló unos momentos. Después marcó otro número. Tras una corta y lenta conversación, colgó triunfalmente el teléfono.

—¡Ajá! —dijo.

—¿Ajá? —inquirió Coleman—. ¿Ajá?

—Sí, ajá. He hablado con el director del programa de la WWVI. Ahora tienen puesto un tocadiscos.

—Con una bomba a punto de explotar —exclamó Coleman—, él llama para solicitar un disco. ¿Qué ha pedido? ¿*Mairzy Doats*?

—Esto sobra. Acaban de tocarlo. Y antes, *Down by the Old Mill Stream*. Y antes...

—¿*Frankie y Johnnie*?

—Exactamente. Veo que entiende mis métodos.

—Sí —repuso débilmente Coleman desplomándose nuevamente en el sillón.

—Ahora he de irme —dijo Wickes.

—¿Con la bomba en el cuarto de baño? ¿Y yo?

—Bueno, usted puede leerle un rato —sugirió Wickes.

Coleman siguió con la vista a Wickes mientras éste se acercaba a una librería situada junto a la puerta y miraba los títulos. Escogió un libro y se lo dio a Coleman.

—Éste —dijo.

—¿*Crimen y castigo*?

—Un libro delicioso —dijo Wickes—. Tan lleno de..., de... —agitó una mano con indecisión—. De *weltschmerz*. Oh, sí —dijo junto a la puerta—. Si éste le aburre, empiece, *Los siete que fueron ahorcados*. Un poco de morbosidad siempre es

conveniente..., incluso para una bomba.

Y cerró la puerta con la debida consideración.

Tras dejar a Coleman, Wickes anduvo varias manzanas, sumido en sus pensamientos. Llegó a la conclusión de que aquella situación tenía sus puntos intrigantes. El mayor problema era el punto de contacto. Evidentemente no se obtendría nada limitándose a desconectar la bomba. La organización desconocida de terapéuticos que la habían puesto allí volvería a intentarlo, quizá con más éxito.

Pero ¿cómo actuar contra aquellas mentes caprichosas en una apuesta imposible de adivinar? Era como el tatarabuelo actuando contra el cliente de Wickes aficionado al psicoanálisis.

La palanca..., si por lo menos hubiera alguna palanca. Pero sólo había una bomba con un optimismo excesivo y una fiebre de juego inconfesable, así como la costumbre de codificar canciones populares.

Se detuvo en medio de la acera, indiferente a las miradas de los peatones. En cuestión de segundos, su cabeza estuvo envuelta en una espesa humareda de concentración. No volvió a ser consciente de lo que le rodeaba hasta que la cazoleta de la pipa se calentó demasiado.

Paró un taxi y se hizo conducir a la biblioteca municipal. Allí permaneció algún tiempo entre los estantes de matemáticas, seleccionando primero un volumen sobre estadísticas y probabilidades y después otro. Finalmente encontró lo que buscaba, una larga tabla de números aleatorios empleados para solucionar secuencias aleatorias en experimentos físicos. En un momento que la bibliotecaria no le miraba, arrancó decididamente las dos páginas de la tabla y se fue.

Después entró en una tienda de magia, donde compró una baraja de cartas marcadas, un par de dados con truco y un libro sobre sistemas de ruleta. En el taxi, leyó los primeros capítulos del libro y finalmente lo tiró por la ventana cuando el taxi se detuvo en un semáforo.

Una vez en su oficina, hizo dos llamadas telefónicas, una a un amigo que era ingeniero electrónico y la otra a un amigo que tocaba el fagot. A continuación rebuscó en el archivador hasta encontrar una cinta magnetofónica que usaba como dictáfono, se puso el impermeable y el raído sombrero, y se dirigió hacia la calle.

Tras pasar tres horas con el amigo que tocaba el fagot, fue a casa de su amigo ingeniero para recoger las piezas del equipo que éste le había montado. Se detuvo en un bar para tomar un rápido refrigerio y llegó a casa de Coleman a las siete y cuarenta minutos.

—Ya era hora —dijo el joven—; estoy completamente ronco. —Llevaba el ejemplar de *Crimen y castigo* en una mano, y tenía el pulgar metido en una página cercana a la mitad del libro. Al cerrar la puerta, Wickes oyó un débil murmullo en el

cuarto de baño.

—Mentiras, mentiras —estaba diciendo la bomba.

—No le gusta Dostoyevski —suspiró Coleman.

—*De gustibus non est disputandum* —citó frívolamente Wickes.

—Sí —repuso abstraídamente Coleman.

—Yo —anunció Wickes con solemnidad mientras se quitaba la gabardina cuidadosamente— he estado aprendiendo a componer música para fagot.

Señaló con un gesto hacia el estuche de piel de la cinta magnetofónica, que había colocado cerca de una maleta negra.

Coleman le miró fijamente con los labios apretados.

—Oh, alárgueme el abrigo —dijo Wickes—. ¡Buen chico!

Extrajo varios periódicos enrollados, que procedió a desenrollar. En la primera página de todos ellos había varios artículos subrayados en negro.

—Dostoyevski está muy bien —dijo Wickes—, pero no podemos descuidar los sucesos cotidianos. —Sonrió con afectación.

Los labios de Coleman se pusieron aún más blancos.

—Tenga —dijo Wickes, entregando a Coleman un paquete de tamaño reducido.

—¿Qué es? —preguntó esperanzadamente Coleman.

—Dados. Es posible que queramos jugar un rato.

—¿Es que se ha vuelto...?

—¿Loco? Oh, no; por lo menos, no en el sentido habitual. Ahora déjeme ver cómo funciona esto.

«Esto» era la enigmática maleta negra de la cual Wickes extrajo un sorprendente surtido de aparatos electrónicos. Siguiendo un diagrama que sacó de su bolsillo, empezó a conectar diversas unidades. Eventualmente, extendió un largo alambre por la habitación y lo colgó por encima de la puerta y las cortinas de la sala de estar.

—La antena —explicó.

Encontró un enchufe y conectó el aparato. Entonces empezó a montar la cinta magnetofónica.

—Espere a oír esto —dijo—. Un solo de fagot.

—Este hombre está chiflado —dijo Coleman con displicencia a las paredes de la habitación.

Wickes tocó varios mandos de la cinta magnetofónica y bajó una palanca del otro aparato. La estancia se llenó repentinamente con los roncós gruñidos de un fagot. Las notas eran largas y angustiosas y no formaban ninguna melodía.

Coleman se tapó los oídos con ambas manos cuando la discordancia fue contestada por un súbito ruido procedente del cuarto de baño.

—¿Lo ve? —gritó Wickes por encima de la enloquecedora cacofonía—. La

bomba está en constante comunicación con sus creadores. Emplea las ondas radiofónicas que están inmovilizadas en este espacio muerto. Esa es la razón de que no obtengan recepción en esta zona. Una consecuencia natural del nexo de probabilidad que hay en el cuarto de baño es confinar toda la radiación al universo de donde procede la bomba.

—Sí, pero...

—Así que le proporcionamos impulsos radiofónicos aleatorios..., mi solo de fagot está compuesto a partir de una tabla de números aleatorios. No puede codificar una secuencia aleatoria. Por lo tanto, no puede comunicarse.

En este punto, la bomba lanzó un fuerte gruñido.

—¡Ahora! —gritó Wickes con un brillo salvaje en los ojos. Echó a correr hacia el cuarto de baño, con un periódico enrollado ante él como una lanza.

La bomba seguía en la bañera, gimiendo débilmente. Coleman se detuvo junto a Wickes cuando éste desenrolló el periódico y empezó a leer.

—Un padre asesina a una familia de cinco miembros —recitó Wickes.

La temblorosa bomba lanzó un estridente chillido.

—Millares de personas mueren al hacer erupción un volcán —leyó.

—¡Mentiras, mentiras, mentiras, mentiras!

—En la India, una plaga arrebató millones de vidas.

La bomba empezó a aullar, con una voz que aumentaba en estridencia por momentos.

—¡Basta! ¡Cállese ya!

Wickes se volvió hacia la reluciente máquina que ocupaba el espacio donde estuviera una de las paredes del cuarto de baño.

—He dicho que se calle —repitió el hombrecillo calvo de la máquina.

—Es él, es él —gimió Coleman—. El hombre de quien le hablé cuando fui a su oficina.

—Interesante —dijo Wickes. Señaló hacia la parte inferior de la máquina, donde relucía un pequeño letrero metálico. El letrero rezaba: «Paranoicos anónimos. Tú también puedes destruir un universo.»

—¡Hágalo callar! —chilló el hombrecillo, blandiendo algo que parecía un arma.

—Desenchufe la cinta magnetofónica —dijo Wickes a Coleman.

Coleman se dirigió hacia el salón.

—¿Qué se propone? —inquirió el hombrecillo mientras bajaba de la máquina. Bajo sus espesas cejas, tenía la cara congestionada por el furor. Llevaba un par de pantalones cortos y una camiseta hechos de una tela metálica. Unas botas altas hasta media pantorrilla cubrían sus pies. Una especie de tirantes rodeaban su cintura y hombros, y de estos tirantes colgaban diversos aparatos desconocidos.

—Éste es el mejor de todos los mundos posibles —dijo la bomba en un sollozo.

—Claro que lo es —dijo el hombre con tono conciliador—. ¡No permitas que nadie te diga lo contrario!

—¿Hacemos una apuesta? —ofreció Wickes.

—Ja —repuso el hombre, pero pareció interesado.

—¿Tiene miedo de perder su... ah... camisa? —inquirió Wickes.

—No le servirá de nada —dijo sombríamente el hombre—. Tengo que destruir un universo. El mejor. Éste.

Una cajita que colgaba de los tirantes zumbó débilmente. El hombrecillo la descolgó, se la acercó a los labios y pronunció unas cuantas palabras incomprensibles.

—Mire —dijo Wickes—, éste ha de ser el mejor de todos los universos posibles, ¿verdad?

—Lo es —repuso el hombrecillo con suficiencia—. Ellos lo planearon así

—¿Ellos?

—Mis psicómetros. No tendría objeto destruir cualquier universo. Tiene que ser el mejor.

—Debo decirle que es usted notablemente objetivo,

—¿Por qué no? Es *mi* neurosis, ¿verdad?

—Quizá éste no sea el mejor de todos los mundos posibles.

—¡Ridículo! —murmuró la bomba desde la bañera.

—¿El mejor para quién? —inquirió Wickes—. ¿Según qué criterio? ¿El suyo?

—Naturalmente.

—¿Quiere apostar?

El hombrecillo se humedeció los labios.

—Nadie me ha acusado nunca de ser un estafador.

—Si para usted es el mejor de los mundos posibles —dijo Wickes—, ganará.

—Cierto, cierto —dijo la bomba.

Coleman había vuelto a la habitación. Contemplaba al hombrecillo calvo con algo semejante al terror.

—Los dados, por favor —dijo Wickes a Coleman.

—¿Qué se propone? —inquirió el hombrecillo.

—Demostrarle mi punto de vista.

El hombrecillo calvo sonrió irónicamente.

—Hay algo que debería saber.

—No importa.

—Después no diga que no he intentado advertirle.

—Démosle un poco de interés al asunto —dijo Wickes—. ¿Una apuesta

colateral?

—Hecho. —El hombrecillo extrajo unas monedas del bolsillo.

—Su dinero no me sirve —observó Wickes.

—De todos modos, no puede ganar.

—¿Qué le parece algo más tangible? —preguntó Wickes—. Uno de estos aparatos, por ejemplo. —Señaló hacia los tirantes.

—Hágalos rodar desde la pared —dijo el hombre, sacando uno de los instrumentos.

Wickes hincó una rodilla en tierra y tiró los dados. Salieron dos cuatros.

—¡Hah! —exclamó Wickes.

Tiró tres veces más. A la cuarta tirada, salió un seis y un dos.

Media hora más tarde, Wickes había despojado al visitante hasta de los pantalones cortos.

El hombrecillo se puso airadamente en pie.

—¡Ha trucado los dados!

—Demuéstrelo.

—Renuncio.

—¡Cobarde! ¡Estafador!

—Esto es demasiado. ¡Tú! —gritó el hombrecillo a la bomba—. ¡Olvídate del martes! ¡Explota dentro de una hora!

Después saltó al interior de la máquina y desapareció de la vista.

—Ahora sí que la ha hecho buena —se lamentó Coleman.

—Hoy es el día más estupendo de todos —dijo la bomba.

—Hm-m-m —murmuró Wickes, inspeccionando todo el botín que tenía a sus pies. Finalmente seleccionó el comunicador con forma de caja que el hombrecillo había utilizado y lo examinó minuciosamente.

Coleman se dejó caer al suelo y empezó a tirar los dados abandonados con desesperación. Al cabo de un momento, los cogió y los inspeccionó atentamente.

—¡Hey! —exclamó—. ¡Estos dados no tienen unos, ni treses ni cincos!

—Exacto —dijo Wickes.

—Entonces, ¿cómo se puede sacar sietes?

—No se puede.

—Pero esto no es honrado.

—¿Por qué? Él estaba tratando de hacerme trampas.

Mientras Coleman meditaba sobre la cuestión, Wickes empezó a hablar seriamente a través del comunicador. Al poco rato, pareció satisfecho.

—Muy bien —dijo—, ya es hora de que descansemos un poco. ¿Por qué no hace café?

—Ese artefacto explotará dentro de una hora —protestó Coleman—. ¡Haga alguna cosa!

—Paciencia, paciencia. Todo lo que podía hacerse ya se ha hecho. Se dirigió hacia la sala de estar, con Coleman pisándole los talones.

—Por lo menos, llame a la patrulla de explosivos —dijo Coleman.

—No es necesario.

—¡Maldito chiflado!

—No debe ser tan ofensivo —dijo Wickes—. Si se tomara la molestia de aplicar la lógica, vería que ciertas características de ese otro universo pueden ser...

—Paz, hijos míos —dijo una voz desde el cuarto de baño.

De pie en el umbral estaba la majestuosa figura de un hombre. Era alto y muy bello, con una ligera corona de cabello rubio. Tenía los ojos expresivos y etéreos.

—Bueno —dijo Wickes—, veo que no ha perdido el tiempo.

—Siempre estoy dispuesto a ayudar a un universo doliente —dijo el hombre, alzando los ojos hacia el cielo.

—Está en el cuarto de baño —dijo Wickes.

—Ya me he ocupado de ella —repuso el hombre—, mientras ustedes dos se peleaban como niños.

—¡Como niños! —exclamó Coleman—. Si cree que...

—Paz, hermano —dijo el hombre—. Todos hemos de vivir en perfecta armonía.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el cuarto de baño.

—Espere —llamó Wickes y corrió tras él. Coleman le siguió torpemente, con los ojos abiertos como platos. En el cuarto de baño, la bañera estaba completamente vacía.

—El amor todo lo puede —dijo el santón. Por vez primera, Wickes se fijó en la tenue aureola que brillaba sobre su cabeza.

El hombre se dispuso a subir a una máquina que había junto a la pared.

—¡Lástima! —suspiró—. Otros mundos, otras necesidades. Trabajo, mucho trabajo.

Antes de que la máquina desapareciera de su vista, Wickes vio el reluciente letrero de metal que había sobre ella.

Decía: «Mesías, S. A. Tú también puedes salvar un universo.»

Más tarde, en el salón, Coleman se echó con agotamiento en el sofá mientras Wickes se apoyaba en la repisa de la chimenea y miraba soñadoramente al hogar apagado, chupando su pipa sin encender.

—Puedo entender cómo anuló la comunicación de la bomba —dijo Coleman—, pero ¿y los periódicos?

—Bueno —explicó Wickes—, a nuestro amigo paranoico no le hubiera servido

de nada destruir cualquier universo. No podía ser uno que estuviera mejor destruido, porque la terapia no habría tenido sentido. De ahí Dostoyevski y los periódicos. Tenía que demostrarle que lo mejor para este mundo era ser aniquilado. Éste era el único medio de arrancar al paranoico de su lugar de observación en su mundo. Destruir la convicción de la bomba de que éste era el mejor universo, pero evitando que le transmitiera toda la historia a nuestro amigo el hombrecillo calvo.

—¿Y la artimaña de los dados?

—Bueno, era evidente que dan gran importancia al juego. Además, estaba seguro de que el aparatito que utilizó le mantenía en contacto con su mundo. Yo sólo tenía que ganarle el comunicador. Todo lo demás se dio por añadidura.

—¿Por lógica interna?

—Naturalmente.

—Como los venusianos en las lavadoras.

—Claro.

—Perdóneme por ser tan estúpido —dijo irónicamente Coleman.

—Lo único que pasa es que no está acostumbrado a pensar en estos términos —dijo Wickes—. Resulta evidente que si hay una organización que ayuda a los paranoicos autorizándoles a destruir un universo, debe haber una contraorganización para los desgraciados que quieren salvar un universo.

—¿Mesías, S. A.?

—Exactamente. La lógica interna de la situación lo requería. Yo sólo tuve que ponerme en contacto con ellos. El trabajo se hizo para regular... un universo que necesitaba salvación.

Coleman se puso en pie con esfuerzo.

—Creo que necesito una aspirina —dijo débilmente. Se dirigió con paso vacilante hacia el cuarto de baño.

El hombrecillo con la toga ribeteada de escarlata agitaba ferozmente una daga. Se detuvo al ver a Wickes y sonrió a modo de disculpa.

—Oh, caramba —dijo—. Usted *no* es Julio César, ¿verdad?

Se dirigió rápidamente hacia su máquina.

Antes de que desapareciera, Wickes logró descifrar el reluciente letrero que había sobre ella.

Decía: «Percepción Retrospectiva, Ilimitada. Tú también puedes cambiar un universo.»

Wickes unió las manos con embeleso.

—Muy hermoso —murmuró—. Verdaderamente hermoso.

En la bañera, Coleman se limitó a lloriquear.

EL HECHICERO NEGRO DEL CASTILLO NEGRO

ANBREW J. BLACK OFFUTT

Kimon el koneriano contempló el castillo negro que se elevaba hacia el cielo sin luna, cuyas lóbregas torrecillas y minaretes parecían oscuros dedos que mostraran el camino hacia los dioses de las sombras. Kimon se rió entre dientes, produciendo el sonido ronco y grave propio de un hombre gigantesco que procede de una oscura tierra bárbara. Bueno, pensó, el mago negro Reh y todos sus demoníacos guardianes no tardarían en reunirse con aquellos sombríos dioses de Atramentos..., a no ser que lo hiciera él mismo. Desató la empuñadura negra de su larga espada, Devoradora, lanzó una ojeada al anillo que llevaba puesto, y ascendió la colina que subía hasta el castillo.

Un hombrecillo llamado Kohl le había hablado del lugar. En el castillo negro de Atramentos, le dijo Kohl, está la princesa Sabell, cautiva del hechicero Reh. El alcázar resultaba inexpugnable a causa de los conjuros de Reh y sus demonios. La princesa era la única que conocía el paradero de las joyas de Chthon: gemas que pagarían el rescate del mismo rey Minaceos. ¡Ningún hombre iba a rescatar princesas sin alguna razón! En una lóbrega taberna, donde tomaron varias copas de vino, los dos hombres decidieron compartir el tesoro. Después, como uno de ellos era bárbaro y tales hombres son conocidos por tener principios y confiar en sus músculos y ser más magnánimos que traidores, Kohl explicó a Kimon cómo llegar al lugar. También le explicó los poderes del anillo que llevaba; aunque no era mágico, anulaba todos los conjuros lanzados contra su poseedor.

Se levantaron y partieron, con Kohl abriendo la marcha. En la oscura calle dijo, por encima del hombro:

—Me atrevería a llevar a muy pocos hombres detrás de mí con los conocimientos que te he impartido, oh Kimon. Pero es bien sabido que vosotros, los bárbaros, sois hombres de honor, incapaces de apuñalar a nadie por la espalda, y...

Fue entonces cuando Kimon, comprendiendo súbitamente que Kohl ya no le era necesario, le apuñaló por la espalda. Naturalmente, cogió el anillo, antes de arrojar al hombre a la negrura de un callejón.

Tras andar una manzana había vuelto atrás para coger el monedero de Kohl.

Ahora, al levantar la vista hacia el castillo, Kimon se rió entre dientes. ¿Dónde le habían dicho a aquel pobre idiota tales tonterías sobre el honor de los bárbaros? Meneando la cabeza, puso el pie en la colina sobre la cual se alzaba el sombrío castillo.

El monstruoso pájaro apareció volando como una gran nube de tormenta cargada de lluvia, haciendo el ruido de un trueno al mover sus alas correosas. Se detuvo encima de su cabeza, estabilizándose sobre unas alas del tamaño de una vela de trirreme, y las dobló para lanzarse en picado contra él. Su pavoroso grito invadió el aire rasgado por su paso: «¡Kamikaze!»

Devoradora devoró.

Llevándose una mano a los arañazos de más de dos centímetros de profundidad que ponían al descubierto los músculos de su vigoroso tórax, Kimon bajó la mirada hasta el cuerpo del pájaro caído. Se retorció incluso muerto, y un horrible icor viriscente brotaba de su cuello. Después se desvaneció.

Kimon siguió adelante, haciendo caso omiso de las heridas de quince centímetros de longitud que surcaban su pecho; eran relativamente insignificantes y se curarían en uno o dos meses. Además, la sangre que manaba de ellas proporcionaba algo de calor a su carne desnuda. Al acercarse empezó a experimentar la peculiaridad del lugar, la perversidad que lo impregnaba. Zarcillos colgantes de materia espectral semejantes a telarañas parecían contorsionarse sobre su rostro. Parpadeó y meneó la cabeza, alzando las manos para apartarlos de su camino. Pero sus dedos no tocaron cosa alguna. Sus ojos no vieron cosa alguna. Allí no había nada; ni telarañas, ni zarcillos, ni nada, sino únicamente su misteriosa sensación. Se estremeció. Ningún hombre ni bestia había sido capaz de atemorizar al gran bárbaro. Pero aquel mal tangible nacido de brujos y sombras, el oscuro mundo de la necromancia y los espectros, el mundo de las apariciones e intuiciones y cosas que un hombre podía sentir pero no ver... aquello hizo estremecer a Kimon y sus dientes castañetearon. Tocó el anillo, acordándose de que había luchado con un demonio del hechicero y lo había vencido sin otra cosa que sus músculos y su espada.

Pero ahora el miedo extendía sus garras hacia él y le atenazaba el corazón. Se estremeció de nuevo. Empezó a temblar. Sintió un chorro de agua caliente y un desabrido sabor en la boca y, lloriqueando, dio media vuelta para huir.

Entonces, con las rodillas temblorosas, y las manos frías y húmedas, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Profirió una salvaje maldición bárbara a pesar del mágico miedo que le atacaba. Como si estuviera sobre arenas movedizas, se volvió lentamente, muy lentamente, a mirar el castillo. Levantando la mano izquierda, apuntó el anillo hacia aquellos nebulosos torreones.

—¡Os desafío! —vociferó, y por tres veces repitió las palabras que Kohl le enseñara cuidadosamente, durante media hora escasa de ensayo. Y el anillo pareció cobrar vida, brillar y despedir un tenue resplandor, y conferir fuerza a su brazo.

La bruma se desvaneció. Las fantasmales telarañas interrumpieron sus invisibles contorsiones. Su miedo le abandonó. Y ante él apareció... ¡el castillo negro de Atramentos! Ya no era una imprecisa silueta de pavorosa y atroz negrura; ahora sólo

era un montón de negrísimo basalto, que resaltaba claramente contra el cielo. La puerta se alzó ante él, inmensa y sólida. Una cadena con eslabones tan grandes como sus pulgares estaba sujeta a la anilla, y atada a las altas lanzas que había a ambos lados.

Con una exclamación bogada, Kimon desenvainó a Devoradora. Aspiró profundamente y, asiendo la espada con las dos manos, la levantó por encima de sus hombros para dejarla caer con toda la fuerza de sus vigorosos músculos. Una lluvia de chispas brotó de la cadena. La sacudida trepó por sus brazos como lenguas de fuego. El rebote de la espada estuvo a punto de cortarle de un tajo la cabeza.

Traqueteando, la cadena aguantó.

Entonces lo vio. Estaba simplemente atada a la lanza de la izquierda. ¡Qué tonto! Sintiéndose avergonzado, la desató y la pasó a través de la anilla. Apoyó un pie en la puerta y empujó. La puerta cedió, de un modo extraño, sin crujir. Un olor a muerte, a tierra pútrida que albergara cadáveres en descomposición, salió a recibirle con un helado abrazo. Con Devoradora en la mano, entró en la oscuridad del vestíbulo.

La serpiente se encontró frente a él antes de que pudiera darse cuenta de su existencia. Sus relucientes escamas se alzaron ante él, y sus ojos amarillentos le contemplaron como los mismísimos fuegos del Hades. Mucho detrás de él vio su inmenso cuerpo que se extendía a lo largo del vestíbulo. Olfateó el desagradable olor de su aliento cuando silbó, sintió una oleada de aire fétido, y se apartó de un salto cuando los ojos centellearon, como las brasas de un fuego que se atiza, para atacarle.

Kimon reaccionó con una velocidad incluso mayor que la del reptil. La enorme cabeza pasó silbando junto a él. Devoradora pasó silbando tras ella. El cuerpo del monstruo se estremeció y agitó con las últimas convulsiones de la muerte mientras la cabeza se estrellaba contra el suelo y se alejaba rodando. Rezumó un gran charco de nigrescente icor. La última sacudida de la terrible cola alcanzó a Kimon justo debajo de las rodillas y le envió por los aires a través del vestíbulo hasta una gran estancia adyacente, donde se desplomó de bruces en el suelo. En ningún momento soltó a Devoradora.

Y para Kimon fue una suerte que no lo hiciera.

—¡Diablos negros de Lincar! —murmuró, poniéndose en pie; afortunadamente sólo había rodado unos cien o doscientos metros y no tenía más que unas cuantas costillas rotas. Estiró un dedo roto con una rápida sacudida, mirando a su alrededor. Allí había luz, y cuando bajó la vista, el cuerpo de aquel reptil gigantesco se desvaneció. Pero sus peripecias no habían terminado.

Acercándose a él había unos hombres que no eran hombres, vivos aunque no vivos..., criaturas muertas pero no muertas. Había media docena de ellos, mostrando las heridas abiertas que les causaron su violenta muerte. Los ojos de uno estaban abiertos como platos y su lengua negra colgaba fuera de su boca igual que en el

momento en que fue muerto por el reptil en un pasado no muy lejano. Eran criaturas devueltas a la vida espectral por los conjuros de Reh, y Kimon se vio a sí mismo reflejado en ellas. Aquéllos eran sus predecesores; supuestos héroes que habían acudido a aquel lugar en algún momento del pasado con la misma misión que él. Con sus manos agarrotadas en alto, avanzaban espasmódicamente hacia él.

Kimon recibió al primero con un golpe de espada que envió su brazo rodando por el suelo, mientras un chorro de sangre negra brotaba del muñón. Los dedos siguieron doblados. El alarido que se escapó de la garganta de la criatura heló la sangre a Kimon. Sin embargo, el grito y la sangre coagulada le revelaron que aquellos hombres podían estar muertos, pero que también estaban vivos, y podían ser exterminados. Apartó de un puntapié a la criatura, cuyo brazo cercenado seguía rezumando un chorro escarlata por el que se escapaba su pseudovida.

Devoradora era una cosa viva que salpicaba las paredes, el techo y el suelo con el líquido rojizo que levantaba a su paso. Cual negro gigante de Minatoa, avanzó sembrando destrucción. Soltó la espada, notando que las uñas de un moribundo le desgarraban el brazo al caer. Kimon asió a uno de los hombrecillos por los talones y le hizo describir un arco que derribó a uno, dos, tres de los otros. Entonces soltó al hombrecillo y oyó un ruido semejante al de un melón que se estrella cuando su cráneo chocó contra la pared y despidió una maloliente mezcla de sangre roja y materia gris. Mientras los demás se retraían, invadidos por el miedo, Kimon se precipitó sobre ellos como el lobo se precipita sobre los polluelos. Golpeó la cabeza de los tres hombres que había derribado.

El pavoroso grito de batalla de Kimon se escapó de sus labios cuando se volvió hacia el hombre cuyo brazo había arrancado: «¡Uiiiiiiii!», gritó, y la cabeza de la criatura fue a reunirse con el brazo en el resbaladizo suelo cubierto de sangre coagulada. Dio media vuelta a tiempo para esquivar una enorme hacha en manos de una criatura cuyo rostro era una espantosa herida, causada por el monstruoso pájaro del exterior, que en otro tiempo le había dado muerte. Kimon alzó un pie para completar la destrucción de lo que antaño fuera una cara, machacando la nariz y los dientes y haciendo salir los ojos de sus órbitas, que volaron como ágatas por los aires... causando diversas heridas en los pies de Kimon, cubiertos con sandalias. La sangre bañó sus piernas y sus pies.

Pero aún quedaban cuatro, y Kimon se abalanzó sobre ellos para hacerles seguir la misma suerte de sus camaradas. Y la siguieron. Eran cosas sin inteligencia, vueltas temporalmente a la vida para servir de máquinas de combate al señor de aquel terrorífico castillo. Los gritos de los lisiados y los moribundos estaban en los oídos y las venas de Kimon, y unió a ellos su propio grito de batalla para darse ánimos. La razón desapareció.

Todos cayeron, en un charco formado por sus jugos carmesíes, mientras sus almas

ansiaban reunirse con su liberador, la siempre hambrienta Devoradora. Y Devoradora devoró y bebió, y una vez más los hombres muertos murieron. Las lóbregas estancias de aquel tenebroso castillo apestaron a sangre coagulada, y se llenaron con el temible grito del gran bárbaro procedente de las montañas de Koneria y los gritos agónicos de aquellos enviados para destruirle.

Y se encontró nuevamente solo, respirando entrecortadamente, pues había matado a muchos, y estaba al límite de sus fuerzas. A su alrededor se amontonaban los cadáveres, y las manos y extremidades que ya no estaban unidas unas a otras. Su pies chapoteaban en la sangre derramada y los dedos le escocían. Se arrancó deliberadamente la piel desgarrada del brazo, pues le molestaba al cortar la cabeza de aquellos que aún no habían sido decapitados. Suponiendo que fracasara, Reh no podría volver a utilizar a aquellos hombres que debían encontrarse desde hacía tiempo en las sombras del más allá. Se enderezó, cubierto con su propia sangre y la de los demás, y miró alrededor.

—¡Reh!... ¡La más negra criatura que hay sobre la faz de la Tierra!... ¡Reh, que resucitas a hombres muertos! ¡Reh, comandante de las legiones del Hades! ¡Tu gigantesco gorrión ha muerto ahí fuera, y tu asqueroso gusano, en el vestíbulo! ¡Y a mis pies yacen diez cabezas separadas de sus cuerpos en descomposición! ¿QUE MÁS enviarás a recibir a Kimon de Koneria?

Su voz resonó en las estancias vacías, se introdujo en oscuras habitaciones vacías y volvió a salir, subió por la larga escalera que había frente a él y le envolvió con el eco producido en las paredes de basalto negro. Aguardó, y no obtuvo contestación. Volvió a llenar los pulmones de aire para repetir su desafío, y volvió a abrir las mandíbulas para gritar. Entonces, arriba de las escaleras, apareció Reh, el Hechicero Negro del castillo negro de Atramentos. Estaba muy pálido.

Sus ojos lanzaron llamas al mirar a Kimon, tal como hicieran los de la serpiente. Una nariz delgada sobresalía entre ellos, tan curvada como el pico del prodigioso pájaro. Debajo de esa nariz, unos zarcillos retorcidos de un bigote negro como los espectrales zarcillos que habían acariciado a Kimon a la entrada de la guarida del hechicero. Y debajo del bigote había una abertura sin labios a modo de boca, muy semejante a las viejas heridas de los hombres muertos que yacían a los pies de Kimon.

Debajo de esto, como es natural, Reh llevaba el uniforme oficial de la Asociación de Hechiceros, Brujos y Magos: una túnica negra de holgadas mangas.

—Kimon de Koneria, ¿verdad? ¡Y tú has destruido a todos mis guardianes y penetrado hasta el corazón de mi fortaleza! ¡Pues bien, Kimon, sé bienvenido! Únete a mí, tú que eres el más fuerte de todos los hombres, y ya no tendré que preocuparme por los intrusos. ¡Sé el guardián del castillo negro!

Los ojos de Kimon eran como los burbujeantes pozos de alquitrán de Nigressa al

devolver la mirada al taumaturgo.

—¿Unirme a ti, criatura infernal? ¿Vivir aquí, como guardián de esta tumba? ¡Amo demasiado la vida para convivir con la MUERTE! ¡*Tiene* que ser una BROMA!

Los caídos mostachos de Reh se agitaron como tentáculos cuando su boca pretendió sonreír. Movi6 la mano, trazando invisibles dibujos en el aire. Y el aire se llen6 de la dorada luz de un millar de velas; las suaves melodías de laúdes y el profundo retumbar de tambores y el estridente sonido de las gaitas. Una visión apareció ante los ojos de Kimon: una visión de las más finas y succulentas viandas y los más ricos vinos servidos en áureas copas; una visión de almohadas hechas con las materias más blandas. Y había mujeres: esbeltas muchachas con senos tan redondos como las copas; ojos que hablaban de amor y deseo, caderas que se agitaban y balanceaban ante él, Y había otras, también, más del gusto del bronceo bárbaro: mujeres de pecho corpulento con agujeros de ombligos en su redondeada barriga y brazos para estrujar a un hombre en un apasionado abrazo. Sus ojos eran para él, sólo para él, así como sus formas, verdaderos cálices de sensualidad. Kimon las vio, y las contempló, y su gran espada quedó relegada al olvido en una mano inerte mientras se dirigía hacia ellas con los ojos de los hombres muertos-vivos que había rematado. La baba salpicó su pecho desgarrado.

Entonces el mago rompió su propio conjuro con la excesiva confianza que en sí mismo tenía:

—Aquí se vive bien, Kimon de Koneria, y para un hombre como tú... ¡esta vida es mucho mejor que la del superficial mundo exterior!

La neblina se desvaneció del cerebro de Kimon como disipada por el sol matinal. Nuevamente sus ojos, claros y centelleantes, se clavaron en el hombre cubierto por la túnica negra que había arriba de las escaleras.

—¿Vida? ¿Llamas VIDA a esta execrable ilusión? ¿Llamas SUPERFICIAL al mundo de los hombres vivientes? No, hechicero, ¡tu necromancia sí que es superficial! Tu mundo es la MUERTE, y yo me ocuparé de que te reúnas en él con todos los demás muertos.

—Kimon —dijo Reh, enrollándose las mangas—, eres un estorbo para mí.

Kimon puso un pie en el primer escalón, y entonces Reh extendió los brazos. Unas muñecas como de descarnado esqueleto emergieron de sus mangas. Una luz azul brilló y danzó en las yemas de sus dedos. En el mismo instante en que tendió los brazos, apuntando al bárbaro con sus garras para electrocutarlo, Kimon alzó a su vez la mano para mostrarle el anillo. Y por tres veces, gritó:

—¡TE DESAFÍO!

Un relámpago se escapó de las manos de Reh. Fue a desintegrarse frente a Kimon, en chisporroteantes haces de color cobalto. Centelleó ante su cara de tal

modo que parpadeó y cerró los ojos para protegerse del deslumbrante fulgor. Pero no sintió nada; nada más que la energía transmitida por el anillo a lo largo de su brazo, haciéndole temblar como una telaraña a impulsos del viento.

Abrió los ojos. En torno suyo, el rayo azul seguía brillando, pero era dominado por el poder del anillo. Con un alarido salvaje se precipitó escaleras arriba, sosteniendo el anillo frente a él y blandiendo a Devoradora. Su grito rasgó el aire:

—¡Uiiiiiiiiii!

—¡El anillo! —gritó Reh, con una nota de horror en su voz—. ¡Tienes el anillo de Sprag! ¿Cómo lo has...? ¡Anula mi magia! No... atrás... NO...

Reh de Atramentos murió chillando y agitando sus esqueléticos brazos cuando Devoradora mordió su cráneo, frente, nariz, boca y cuello y se cubrió hasta la empuñadura con su sangre. Kimon dejó el cuerpo donde cayó y volvió a bajar las escaleras, resbalando con la sangre y rodando los últimos cincuenta metros. Chapoteó nuevamente entre aquel silencioso río de sangre con sus islotes de cadáveres decapitados. Recorrió el sombrío pasillo y se internó por otro, dejando huellas escarlata, hasta encontrar la enorme puerta con bordes de bronce que Kohl le describiera.

El primer mordisco de Devoradora la partió en dos, y Kimon derribó una de las mitades. Descendió en la oscuridad.

Y siguió descendiendo. Contó hasta diez, su límite, y dobló un dedo, tras de lo cual empezó otra vez, y después repitió la acción dos veces más. Naturalmente, había cuarenta y nueve escalones; siete veces siete. Sin embargo, el aire no estaba viciado, aunque era cada vez más fresco y húmedo. Siguió avanzando en la penumbra, deseando haber llevado una antorcha. Pero a lo lejos se veía un resplandor que bien podía ser una luz.

Dobló una esquina y se encontró envuelto en luz, tan repentina y brillante que parpadeó y se llevó una mano a los ojos. Entonces Kimon blandió la olvidada espada, pues vio al hombre. Iba armado y llevaba armadura, y el nasal del yelmo hacía de su cara una siniestra máscara de palidez. Primeramente el hombre levantó una mano para ordenarle que se detuviera, extendiendo dos dedos, pero se la llevó rápidamente a la boca al estornudar. No era extraño, pensó Kimon, reflexionando sobre la humedad universal de las mazmorras. A lo largo de la historia, una mano de obra deficiente había hecho las mazmorras húmedas y sofocantes.

Alzó la espada cubierta de sangre y siguió avanzando.

Las manos del hombre volaron hacia la oxidada hebilla, y dejó que el cinturón y la espada cayeran al suelo.

—¡Loados sean los dioses! ¡Has venido a rescatarme! ¡Sálvala, salva a la brincesa Sabell! ¡Devuélvenos la libertad, *bor favor!* Guardia, me llamaba guardia... ¡a mí!..., y he tenido que obedecerle contra mi voluntad, traer comida y agua, vino y demás

bara esta bobre muchacha. —Retrocedió un paso, con expresión ofendida, y extendió un brazo para entregar a Kimon una anilla de la cual pendía una enorme llave.

Envainando la espada, Kimon la cogió. A la luz de un centenar de antorchas encendidas, alimentadas por alguna hechicera fuente de aire en aquel lugar, miró entre los barrotes de la celda.

Ella era muy hermosa. Su cabellera dorada le caía sobre los hombros y sus brazos eran torneados y blancos como la nieve. Su pecho hubiera satisfecho al hombre más exigente: grande, vivo con su respiración excitada. Su vestido, según él observó con más interés que compasión, estaba tremendamente raído y era demasiado fino para la helada humedad de la prisión. Los ojos de ella recorrieron su alta figura. Estornudó.

Resguardados por los párpados, los ojos de Kimon no se apartaron de la muchacha ni en el momento de inclinarse hacia la cerradura. Su nariz estaba ligeramente roja..., pero ¿quién iba a mirarle la nariz?

—Un hombre llamado Kohl me envió, princesa. Dijo que sólo tú conocías el paradero de cierto tesoro... que yo, naturalmente, le prometí entregar. Yo sólo he venido en calidad de héroe para rescatarte de ese malvado Reh. Pero he encontrado mi tesoro en ti...

Ella asintió sin hablar. Sus ojos estaban fijos en la cerradura.

—¡Ah! —exclamó, cuando la llave dio la vuelta y él abrió la reja. Ella permaneció dentro, hermosa y pura, y Kimon pensó que nunca había visto una mujer tan bella, a pesar de la nariz roja. Extendió una mano; ella extendió las suyas. Él se acercó, la asió por los brazos y la aproximó a su pecho para que sus labios pudieran beber el néctar de los de ella. Los párpados de la princesa se cerraron cuando alzó la cara hacia él.

—Ahora, Kandentos —dijo, y su boca se encontró debajo de la de Kimon.

El techo se derrumbó sobre su cabeza. Ella se desasíó del abrazo mientras él caía al suelo de la celda. Estaba aturdido, pero no inconsciente, ya que únicamente había sido alcanzado por el borde de la hoja de Kandentos. Kimon dio media vuelta y miró a su alrededor antes de perder el tiempo necesario para levantarse; esto le había salvado la vida más de una vez. Vio al guardia Kandentos quitándose el yelmo y tirándolo encima de la espada que había empleado para herir a Kimon. Sin el nasal, la nariz del carcelero se veía grande y roja. El rugido de Kimon retumbó en su garganta.

La muchacha sacó decididamente a Kandentos de la celda. Con un rápido movimiento, cerró la puerta, dio la vuelta a la llave y la tiró por el pasillo. Agarrando el brazo de Kandentos, se volvió a Kimon, con los labios fruncidos. Kimon se asombró al ver manchas frescas de color carmesí en su vestido.

—¡Estúpido bárbaro! —exclamó nasalmente—. ¡Machista! ¡Vaya un atávico imbécil! ¡Mírate..., eres un bruto que sólo sirve para matar; todo cubierto de sangre... y qué olor! —Se volvió de nuevo hacia el antiguo carcelero, que estaba

secando afanosamente la sangre de Kimon del corpiño de su vestido—. ¡Kandentos —susurró—, *piensa!*

Y se besaron.

—Vamos, Kandentos, mi amor, hemos de encontrar el tesoro. —Volvió a besarle—. ¡Humm! Tú no eres un bruto maloliente... ¡Qué asco! Ten cuidado con mis brazos, ¡ese hombre-mono me los ha llenado de cardenales! —Asiendo a Kandentos por el brazo, y moviendo provocativamente las caderas, se volvió para dirigir una última mirada a Kimon.

—¡Br-r-r-a-a-a-ak!

Mientras contemplaba cómo se alejaban por el pasillo en dirección a las escaleras, Kimon estornudó.

se terminó

GLOSARIO DE TÉRMINOS

| <i>término</i> | <i>origen</i> | <i>significado</i> |
|-----------------------|---------------------|--|
| Atrabilos | atrabilioso | negro |
| Atramentos | atramentoso | negro |
| basalto | roca ígnea | negro |
| basalto negro | " " | una redundancia |
| chthoniano | infernamente | negro |
| Kohl | un cosmético | negro |
| Minaceos | amenazador | negro |
| Minatoa | amenazante | negro |
| Nigressa | nigrescente | negro |
| nigrescente | " | negro |
| Sabell | heráldica: sable | negro |
| sombrío, tenebroso | etc., etc., etc. | negro |
| lúgubre | tenebroso | negro |
| Kandentos | candente | blanco |
| Reh | | iniciales de un escritor notable ^[2] muy plagiado; él está muerto, |

pero su trabajo sigue viviendo
para llenar los bolsillos de otros.

esta vez de verdad: fin

GALLEGHER PLUS

HENRY KUTTNER

Gallegher miró fijamente por la ventana hacia el lugar donde debería hallarse su patio posterior y sintió que su estómago se hundía lentamente en aquel absurdo y ridículo agujero abierto en la tierra. Era grande, aquel agujero. Y profundo. Casi tan profundo como para encerrar la colosal resaca de Gallegher.

Pero no lo suficiente. Gallegher se preguntó si debía consultar el calendario, y decidió no hacerlo. Tenía la impresión de que habían transcurrido varios miles de años desde el comienzo de la juerga. Incluso para un hombre de su sed y capacidad, había sido una verdadera orgía.

—Orgía —gimió Gallegher, arrastrándose hacia el sofá y desplomándose en él—. Juerga es mucho más expresivo. Juerga me hace pensar en bombas de incendios y sirenas de la policía, y eso ya lo tengo en la cabeza... sonando todas a la vez. —Se incorporó débilmente para alcanzar el sifón del licórgano, titubeó, y conversó brevemente con su estómago.

GALLEGHER: Sólo un trago...

ESTÓMAGO: ¡Cuidado!

GALLEGHER: Una pizca...

ESTÓMAGO: ¡O-O-O-OH!

GALLEGHER: ¡No me hagas una cosa así! Necesito un trago. Mi patio posterior ha desaparecido.

ESTÓMAGO: ¡Ojalá pudiera!

En este punto se abrió la puerta y entró un robot, cuyas ruedas, dientes y mecanismos se movían rápidamente por debajo de su superficie transparente. Gallegher le dirigió una somera mirada y cerró los ojos, sudando.

—Fuera de aquí —exclamó—. Maldigo el día en que se me ocurrió fabricarte. Detesto tus entrañas giratorias.

—No aprecia la belleza —dijo el robot con voz dolida—. Tenga, le he traído algo de cerveza.

—¡Hm-m-m! —Gallegher cogió el vaso de plástico de manos del robot y bebió ávidamente. El fresco sabor a calamento le refrescó la garganta—. A-ah —dijo, incorporándose—. Esto está mejor. No mucho, pero...

—¿Qué le parece una inyección de tiamina?

—Soy alérgico a ese tipo de cosas —explicó tristemente Gallegher al robot—. Estoy condenado a pasar sed. ¡Hm-m-m! —Miró al órgano de licor—. Quizá...

—Hay un policía que quiere verle.

—¿Un qué?

—Un policía. Ya hace rato que merodea por los alrededores.

—Oh —dijo Gallegher. Miró hacia un rincón cercano a la ventana abierta—.

¿Qué es eso?

Parecía una máquina de algún tipo especial. Gallegher la observó con perplejo interés y un algo de estupefacción. Sin duda alguna él había sido el constructor de aquella extraña máquina. Aquella era la única forma de trabajar que tenía el excéntrico científico. No había recibido una formación técnica, pero por alguna misteriosa razón su subconsciente poseía un toque de genialidad. Consciente, Gallegher era bastante normal, aunque excéntrico y frecuentemente borracho. Pero cuando su demoníaco subconsciente se adueñaba de él, podía suceder cualquier cosa. Fue en una de esas borracheras cuando construyó aquel robot, después de lo cual pasó varias semanas tratando de averiguar su finalidad básica. Resultó que la finalidad no era especialmente útil, pero Gallegher se quedó con el robot, a pesar de su enloquecedora costumbre de buscar por todas partes algún espejo y contemplarse largamente en él, admirando su interior metálico.

«Ya he vuelto a hacerlo», pensó Gallegher.

En voz alta, dijo:

—Más cerveza, estúpido. De prisa.

Cuando el robot salió, Gallegher desdobló su larguirucho cuerpo y se acercó a la máquina, examinándola curiosamente. No estaba en funcionamiento. A través de la ventana abierta se extendían algunos cables flexibles tan gruesos como su pulgar; colgaban unos treinta centímetros por encima del borde del hoyo donde debiera estar el patio posterior. Terminaban en... ¡Hm-m-m! Gallegher tiró de uno y lo inspeccionó. Terminaba en unos agujeros de borde metálico, y estaban huecos. Muy extraño.

La longitud total de la máquina era aproximadamente de un metro ochenta y parecía un montón de chatarra. Gallegher tenía la costumbre de utilizar sustitutos provisionales. Si no lograba encontrar la conexión exacta, echaba mano del objeto adecuado más cercano —un abotonador, quizá, o una percha— y lo utilizaba. Eso significaba que un análisis cualitativo de una máquina ya ensamblada no resultaba nada fácil. ¿Qué hacía, por ejemplo, aquella lona fibroide enrollada alrededor de los cables y cómodamente albergada en un antiguo molde de hierro?

—Esta vez me he vuelto loco —ponderó Gallegher—. Sin embargo, no estoy tan mal como otras veces. ¿Dónde está esa cerveza?

El robot se encontraba frente a un espejo, contemplándose con expresión fascinada.

—¿Cerveza? Oh, aquí la tengo. Me he detenido a mirarme un poco.

Gallegher obsequió al robot con un grosero juramento, pero cogió el vaso de plástico. Miró con los ojos entrecerrados el aparato que había junto a la ventana, con su cara larga y huesuda fruncida en un ceño de perplejidad. El producto final...

Los correosos tubos huecos salían de una gran caja que en otro tiempo fuera una papelera. Ahora estaba sellada, aunque un cigüeñal la uniera a una minúscula dinamo transformable, o su equivalente. «No —pensó Gallegher—. Las dinamos son grandes, ¿verdad? ¡Oh, cómo me gustaría tener estudios técnicos! ¿Cómo voy a descifrar este enigma?»

Había más, mucho más, incluyendo un grisáceo armario de metal cuadrado... Gallegher, momentáneamente distraído, intentó evaluar su capacidad. Calculó dieciséis metros cúbicos, lo cual, evidentemente, era incorrecto, ya que la caja sólo medía cuarenta y cinco centímetros por cuarenta y cinco por cuarenta y cinco.

La puerta del armario estaba cerrada: Gallegher se olvidó temporalmente de él y continuó su fútil investigación. Había mecanismos más sorprendentes. En el mismo extremo había una rueda, con el borde estriado, de diez centímetros de diámetro.

—Producto final..., ¿qué? Oye, Narciso.

—Mi nombre no es Narciso —dijo reprobadoramente el robot.

—Ya es bastante tener que mirarte, para que encima tenga que acordarme de tu nombre —replicó Gallegher—. De todos modos, las máquinas no deberían tener nombres. Ven aquí.

—¿Y bien?

—¿Qué es esto?

—Una máquina —contestó el robot—, pero ni mucho menos tan bonita como yo.

—Espero que sea más útil. ¿Qué hace?

—Come tierra.

—Oh; eso explica el agujero que hay en el patio.

—No *hay* patio —repuso el robot con precisión.

—Lo hay.

—Un patio —dijo el robot, copiando de forma confusa a Thomas Wolfe— no sólo es un patio sino también la negación de un patio. Es el encuentro en el espacio del patio y el no patio. Un patio es tierra limitada y de poca extensión, un hecho determinado por su propia negación.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —inquirió Gallegher, verdaderamente ansioso por averiguarlo.

—Sí.

—Ya. Bueno, intenta mantener la tierra fuera de nuestra conversación. Quiero saber por qué construí esta máquina.

—¿Por qué me lo pregunta? He estado días enteros sin funcionar... semanas,

incluso.

—Oh, sí. Ya me acuerdo. Estabas posando delante del espejo y no me dejabas afeitarte.

—Era una cuestión de integridad artística. Los planos de mi rostro funcional son mucho más coherentes y dramáticos que los suyos.

—Escucha, Narciso —dijo Gallegher, dominándose con esfuerzo—. Estoy tratando de averiguar algo. ¿Pueden comprender eso los planos de tu maldito cerebro funcional?

—Evidentemente —repuso Narciso con frialdad—. No puedo ayudarle. Me ha vuelto a poner en marcha esta mañana y después ha caído en una profunda somnolencia. La máquina ya estaba terminada. No funcionaba. He limpiado la casa y le he traído amablemente cerveza cuando se ha despertado con su resaca habitual.

—Pues tráeme amablemente un poco más y cierra el pico.

—¿Qué hay del policía?

—Oh, lo había olvidado. Uh... será mejor que lo reciba, supongo.

Narciso se retiró silenciosamente sobre sus pies acolchados. Gallegher se estremeció, fue a la ventana, y miró hacia aquel increíble agujero. ¿Por qué? ¿Cómo? Registró a fondo su memoria. Inútil, naturalmente. Su subconsciente tenía la solución, pero la guardaba firmemente encerrada. En todo caso, no habría construido la máquina sin alguna buena razón. ¿O sí? Su subconsciente poseía una clase de lógica muy peculiar y deformada. Narciso había sido originariamente planeado como un superabridor de latas de cerveza.

Un musculoso joven con un aseado uniforme entró después del robot.

—¿El señor Gallegher? —preguntó.

—Sí.

—¿El señor Galloway Gallegher?

—La contestación sigue siendo «sí». ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede aceptar esta citación —dijo el agente. Entregó a Gallegher un papel doblado.

La intrincada fraseología legal tenía escaso sentido para Gallegher.

—¿Quién es Dell Hopper? —preguntó—. Nunca le había oído nombrar.

—Eso no es asunto mío —gruñó el agente—. Yo tenía que entregarle la citación; es todo lo que sé.

Salió. Gallegher escudriñó el papel. No le aclaró gran cosa.

Finalmente, a falta de algo mejor que hacer, televisó a un abogado, se puso en contacto con la oficina de registros legales, y encontró el nombre del abogado de Hopper, un hombre llamado Trench. Un abogado muy solicitado, por cierto. Trench tenía una batería de secretarías para hacerse cargo de las llamadas, pero por medio de

amenazas, maldiciones y ruegos, Gallegher consiguió hablar con el gran hombre en persona.

Al aparecer en la pantalla televisiva, Trench se mostró como un hombre gris, delgado y seco, con un bigote recortado. Su voz era cortante.

—¿El señor Gallegher? ¿Sí?

—Mire —dijo Gallegher—. Acaban de entregarme una citación.

—Ah, o sea que ya la tiene. Bien.

—¿Qué quiere decir «bien»? No tengo ni la menor idea de lo que se trata.

—No me diga —repuso Trench—. Quizá yo pueda refrescarle la memoria. Mi cliente, que tiene muy buen corazón, no quiere acusarle de difamación, ni amenazas, ni daños físicos, ni de asalto y agresión. Él sólo quiere que le devuelvan su dinero... o el equivalente de su valor.

Gallegher cerró los ojos y se estremeció.

—¿De verdad? ¿Le... ah... le difamé?

—Le llamó —dijo Trench, consultando una abultada carpeta— cucaracha con pies de pato, maloliente hombre de Neandertal, y no sé si vaca sucia o boca sucia. Ambas cosas son términos de oprobio. También le dio una patada.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace tres días.

—¿Y... ha mencionado usted dinero?

—Mil créditos, que él le pagó a cuenta.

—¿A cuenta de qué?

—De un encargo que debía usted realizar. No me han facilitado más detalles. En cualquier caso, usted no sólo no cumplió el encargo, sino que se negó a devolver el dinero.

—Oh. ¿Y quién es Hopper?

—Empresas Hopper, S. A. Dell Hopper, empresario y administrador. Sin embargo, creo que usted ya sabe todo esto. Nos veremos en el tribunal, señor Gallegher. Y, si quiere perdonarme, estoy muy ocupado. Tengo un caso que defender hoy mismo, y me inclino a creer que el acusado no se escapará de una larga sentencia de cárcel.

—¿Qué hizo? —preguntó débilmente Gallegher.

—Un simple caso de asalto y agresión —dijo Trench—. Adiós.

Su cara desapareció de la pantalla. Gallegher se pasó una mano por la frente y pidió a gritos una cerveza. Se acercó a su mesa, sorbiendo el frío refresco del vaso de plástico, y examinó pensativamente el correo. No había nada. Ninguna pista.

Mil créditos... No recordaba haberlos cobrado. Pero en el libro de cuentas quizá constara...

Constaba. Con fecha de varias semanas atrás, decía:

Recibido D. H. — encargo — a cta. — c 1.000.

Recibido J. W. — encargo — a cta. — c 1.500.

Recibido Fatty — encargo — a cta. — c 800.

¡Tres mil trescientos créditos! Y la libreta del banco no registraba el ingreso de esta suma. Únicamente revelaba que habían sido retirados setecientos créditos, con lo cual sólo quedaban quince en la cuenta.

Gallegher ahogó un gemido y volvió a rebuscar entre los papeles de su mesa. Debajo de una carpeta encontró un sobre que previamente no había visto. Contenía títulos de acciones de una empresa denominada Dispositivos Ilimitados. Una carta adjunta acusaba recibo de cuatro mil créditos, a cambio de cuyo pago se extendían acciones al señor Galloway Gallegher, tal como ordenara...

—¡Qué atrocidad! —exclamó Gallegher. Bebió más cerveza, mientras la cabeza le daba vueltas. El problema no tardaría en triplicarse. D. H. (Dell Hopper) le había pagado mil créditos para hacer una cosa u otra. Alguien, cuyas iniciales eran J. W., le había dado mil quinientos créditos para un fin similar. Y Fatty, el muy tacaño, sólo había pagado ochocientos créditos a cuenta.

¿Por qué?

Sólo el loco subconsciente de Gallegher lo sabía. Aquella personalidad cerebral había cerrado hábilmente los tratos, recogido la pasta, reducido la cuenta bancaria personal de Gallegher y comprado acciones en Dispositivos Ilimitados. ¡Ja!

Gallegher volvió a utilizar el televisor. Ahora se comunicó con su agente.

—¿Arnie?

—Hola, Gallegher —dijo Arnie, alzando la vista hacia la telepantalla que había sobre su mesa—. ¿Qué pasa?

—Se trata de mí; estoy bailando sobre la cuerda floja. Escucha, ¿recuerdas si últimamente he comprado acciones?

—Desde luego. En Dispositivos... DI.

—Pues quiero venderlas. Necesito la pasta, rápidamente.

—Espera un minuto. —Arnie apretó botones. Gallegher sabía que las cotizaciones actuales estaban apareciendo sobre la pared de su despacho.

—¿Y bien?

—No hay dinero. El fondo se ha hundido. Nadie quiere comprar.

—¿A cuánto las adquiriré?

—A veinte.

Gallegher emitió el aullido de un lobo herido.

—¿A veinte? ¿Y tú me lo permitiste?

—Intenté disuadirte —dijo Arnie con cansancio—. Te advertí que las acciones iban a la baja. Hay cierto retraso en un asunto de construcción o algo así... no lo sé bien. Pero tú dijiste que tenías informaciones confidenciales. ¿Qué podía hacer yo?

—Podrías haberme sacado el cerebro —dijo Gallegher—. Bueno, no importa. Ya es demasiado tarde. ¿Tengo algunas otras acciones?

—Cien participaciones de Minas Marcianas.

—¿A qué cotización?

—Podrías obtener veinticinco créditos por todo el paquete.

—¿Por qué suenan las cornetas? —murmuró Gallegher.

—¿Qué?

—Tengo miedo de lo que habré de presenciar...

—Lo sé —dijo Arnie—. Danny Deever.

—Sí —convino Gallegher—. Danny Deever. Cántalo en mi funeral, camarada. — Interrumpió la comunicación.

¿Por qué, en nombre de todo lo sagrado y no sagrado, había comprado las acciones de DI?

¿Qué había prometido a Dell Hopper de Empresas Hopper?

¿Quiénes eran J. W. (mil quinientos créditos) y Fatty (ochocientos créditos)?

¿Por qué había un agujero en lugar de su patio posterior?

¿Qué era aquella horrible máquina que su subconsciente había construido y para qué servía?

Apretó el botón de la guía incorporada al televisor, hizo girar la esfera hasta localizar Empresas Hopper, y marcó ese número.

—Quiero ver al señor Hopper.

—¿Cuál es su nombre?

—Gallegher.

—Llame a nuestro abogado, el señor Trench.

—Ya lo he hecho —dijo Gallegher—. Escuche...

—El señor Hopper está ocupado.

—Dígale —exclamó bruscamente Gallegher— que tengo lo que quería.

Esto lo logró. Hopper apareció en la pantalla, con su aspecto de búfalo, una crin de cabello gris, intolerantes ojos negros y nariz ganchuda. Lanzó su saliente mandíbula hacia la pantalla y gritó:

—¿Gallegher? Por mucho menos yo... —Cambió repentinamente de tono—. Ha llamado a Trench, ¿eh? Ya me parecía que eso sería suficiente. Sabe que puedo enviarle a prisión, ¿verdad?

—Bueno, quizá...

—¡Nada de quizá! ¿Cree que voy a ver personalmente a todos los inventores chiflados que hacen algún trabajo para mí? ¡Si no me hubieran dicho una y otra vez

que usted era el mejor en su especialidad, ya hace días que le hubiera mandado un requerimiento judicial!

¿Inventores?

—La cuestión es —empezó suavemente Gallegher— que he estado enfermo...

—¡Narices! —repuso furiosamente Hopper—. Estaba más borracho que una cuba. No pago a nadie para que beba. ¿Ha olvidado que esos mil créditos sólo eran una parte del pago... de diez mil créditos en total?

—Pues..., pues, n-no. Uh... ¿diez mil?

—Más una bonificación por trabajo rápido. Aún puede obtenerla, afortunadamente. Sólo han pasado un par de semanas. Pero tiene suerte de haber acabado el trabajo. Ya tengo opciones de un par de fábricas. Y vigías buscando el mejor lugar, en todo el país. ¿Es práctico para aparatos pequeños, Gallegher? El dinero seguro procede de ellos, no de los grandes auditorios.

—*Tchwuk* —dijo Gallegher—. Un...

—¿Lo tiene en su despacho? Vengo en seguida a verlo.

—¡Espere! Quizá sea mejor que me deje añadirle unos cuantos toques...

—Lo único que me interesa es la idea —dijo Hopper—. Si es satisfactoria, el resto es sencillo. Llamaré a Trench y le pediré que retire la demanda. Hasta luego.

Desapareció de la pantalla.

Gallegher pidió a gritos una cerveza.

—Y una navaja de afeitar —añadió, cuando Narciso salía silenciosamente de la habitación—. Quiero cortarme el cuello.

—¿Por qué? —preguntó el robot.

—Porque quiero divertirte, ¿por qué otra cosa iba a ser? Tráeme esa cerveza.

Narciso trajo un vaso de plástico.

—No entiendo por qué está tan preocupado —comentó—. ¿Por qué no se serena con la contemplación de mi belleza?

—Prefiero la navaja de afeitar —dijo sombríamente Gallegher—. Es mucho mejor. Tres clientes, dos de los cuales no recuerdo en absoluto, me encargan trabajos que tampoco recuerdo. ¡Ja!

Narciso reflexionó.

—Intentemos la inducción —sugirió—. Esa máquina... Bueno, cuando le hacen un encargo, suele usted emborracharse de tal modo que su subconsciente le domina y hace el trabajo. Después se serena. Al parecer, eso es lo que ha sucedido esta vez. Ha hecho la maquina, ¿no es así?

—Sí —dijo Gallegher—, pero ¿para qué cliente? Ni siquiera sé lo que hace.

—Puede probarla y lo averiguará.

—Oh, claro que sí. Estoy muy estúpido esta mañana.

—Usted siempre ha sido estúpido —dijo Narciso— y, además, muy feo. Cuanto más contempló mi perfecta hermosura, más lástima siento hacia los humanos.

—Oh, cierra el pico —replicó Gallegher, comprendiendo la inutilidad, de discutir con un robot. Se acercó a la enigmática máquina y la examinó una vez más. Siguió sin recordar nada.

Había un interruptor, y lo conectó. La máquina empezó a cantar *St. James Infirmary*.

*... viendo allí a mi amor
tendida sobre una losa de mármol...*

—Ahora lo entiendo todo —dijo Gallegher con una oleada de frustración—. Me pidieron que inventara un fonógrafo.

—Espere —observó Narciso—. Mire a la ventana.

—La ventana. Muy bien. ¿Qué pasa con ella? *Pe...* —Gallegher se inclinó por encima del alféizar, con la boca abierta. Notó las rodillas débiles y temblorosas. Sin embargo, podía haber esperado algo así.

El grupo de tubos que salían de la máquina eran increíblemente telescópicos. Se habían arrastrado hasta el fondo del hoyo, a unos diez metros, y se movían en círculos irregulares como si fueran una aspiradora de hierba. Se movían con tanta rapidez que Gallegher no podía ver de ellos más que un borrón. Era como observar la cabeza de una medusa que hubiera contraído el baile de San Vito y lo hubiera transmitido a sus tentáculos.

—Mire qué velocidad —dijo contemplativamente Narciso, apoyándose con fuerza en Gallegher—. Me imagino que esto es lo que ha hecho el agujero; comen tierra.

—Sí —convino el científico, retirándose—. Me pregunto por qué. Tierra... Hm-m. Una materia prima. —Escudriñó la máquina, que estaba gimiendo:

*... buscar en todo el mundo
y no encontrar otro hombre como yo.*

—Conexiones eléctricas —dijo abstraídamente Gallegher, mirándolo con ojos inquisitivos—. La tierra va a parar a la antigua papelera. Y después ¿qué? ¿Bombardeo electrónico? Protones, neutrones, positrones... *ojalá* supiera lo que significan esas palabras —terminó quejumbrosamente—. ¡Si por lo menos hubiera recibido una educación universitaria!

—Un positrón es...

—No me lo digas —rogó Gallegher—. Sólo tendré dificultades semánticas.

Además, sé muy bien lo que es un positrón, sólo que no lo identifico con ese nombre. Todo lo que sé es el significado intensional que, de cualquier modo, no puede expresarse en palabras.

—Pero el significado extensional sí que puede —observó Narciso.

—No en mi caso. Como dijo Humpty Dumpty, la cuestión es: ¿quién vencerá? Y en mi caso vence la palabra. Esas malditas cosas me asustan. Lo que pasa es que no capto su significado extensional.

—Esto es una tontería —dijo el robot—. El positrón tiene una significación perfectamente clara.

—Para ti. Lo único que significa para mí es una pandilla de muchachitos con bigotes verdes. Por eso nunca puedo descubrir lo que mi subconsciente ha realizado. Tengo que emplear lógica simbólica, y los símbolos... ah, silencio —gruñó Gallegher—. ¿Por qué iba a discutir de semántica contigo, vamos a ver?

—Ha empezado usted —dijo Narciso.

Gallegher dirigió al robot una mirada furiosa y después volvió a la misteriosa máquina. Seguía comiendo tierra y cantando *St. James Infirmary*.

—Me pregunto por qué canta precisamente eso.

—Usted suele cantarlo cuando está borracho, ¿verdad? Preferiblemente en una cantina.

—Esto no resuelve nada —dijo lacónicamente Gallegher.

Exploró la máquina. Funcionaba con suavidad y rapidez, emitiendo cierta cantidad de calor y algo de humo. Gallegher encontró una válvula de lubricación, cogió una lata de aceite y echó un chorro. El humo se desvaneció, así como un débil olor a quemado.

—No sale nada —dijo Gallegher, tras una larga pausa de desconcertada reflexión.

—¿Allí? —señaló el robot.

Gallegher examinó la rueda dentada que giraba rápidamente. Justo encima de ella había una pequeña abertura circular en la superficie lisa de un tubo cilíndrico. Sin embargo, no parecía salir nada de aquel tubo.

—Desconecta el interruptor —dijo Gallegher. Narciso obedeció. La válvula se cerró con un chasquido y la rueda dentada dejó de girar. Toda actividad cesó instantáneamente. La música se interrumpió. Los tentáculos extendidos por fuera de la ventana dejaron de dar vueltas y se acortaron hasta alcanzar su longitud de inactividad normal.

—Bueno, al parecer no hay un producto final —comentó Gallegher—. Come tierra y la digiere completamente. Ridículo.

—¿Lo cree así?

—Desde luego. La tierra tiene muchos elementos en ella. Oxígeno, nitrógeno... debajo de Nueva York hay granito, así que encierra aluminio, sodio, silicio... muchas

cosas. Ningún tipo de cambio físico o químico podría explicar este fenómeno.

—¿Quiere decir que tendría que salir algo de la máquina?

—Sí —dijo Gallegher—. En una palabra, exactamente. Me sentiría mucho mejor si saliera alguna cosa; aunque fuera barro.

—Sale música —observó Narciso—, si es que puede llamarse así a esos berridos.

—De ningún modo puedo tomar en consideración este repugnante pensamiento —negó firmemente el científico—. Admito que mi subconsciente está un poco chalado. Pero tiene lógica, en cierto modo. No construiría una máquina para convertir la tierra en música, aunque tal cosa fuera posible.

—Pero no hace ninguna otra cosa, ¿verdad?

—No. Ah. Hm-m-m. Me preguntó qué me pidió Hopper que le hiciera. No hablé más que de fábricas y auditorio.

—No tardará en llegar —dijo Narciso—. Pregúnteselo.

Gallegher no se molestó en contestar. Pensó en requerir más cerveza, rechazó la idea, y en cambio utilizó el licórgano para mezclarse una bebida de varios licores. Después de eso fue a sentarse sobre un generador que llevaba la llamativa etiqueta de Monstro. Aparentemente insatisfecho, cambió su asiento por un generador más pequeño llamado Burbujas.

Gallegher siempre pensaba mejor encima de Burbujas.

El combinado había engrasado su cerebro, con los vapores del alcohol. Una máquina sin producto final... la tierra se desvanecía en la nada. Hm-m-m. La materia no podía desaparecer como un conejo que se mete en el sombrero de un mago. Tiene que ir a algún sitio. ¿Energía?

Aparentemente, no. La máquina no producía energía. Los cordones y enchufes demostraban que, por el contrario, necesitaba energía eléctrica para funcionar.

Y por lo tanto...

¿Qué?

Había que considerarlo desde otro ángulo. El subconsciente de Gallegher, el Gallegher Plus, había construido el aparato por alguna razón lógica. La razón venía dada por su beneficio de tres mil trescientos créditos. Había recibido esta suma, de manos de tres personas diferentes, para hacer —quizá— tres cosas diferentes.

¿Cuál de ellos le había encargado la máquina?

Era como una ecuación. Podía llamarse a los clientes a , b y c . A la finalidad de la máquina... no a la máquina en sí, naturalmente, se la llamaba x . Entonces a (o) b (o) c es igual a x .

No exactamente. El término a no representaría a Dell Hopper; simbolizaría lo que quería. Y lo que quería debía ser necesaria y lógicamente la finalidad de la máquina.

O el misterioso J. W., o el igualmente misterioso Fatty.

Bueno, Fatty era un poco menos enigmático. Gallegher tenía una pista, en su

mismo nombre. Si J. W. estaba representado por *b*, Fatty sería *c* más tejido adiposo. Llamando *t* al tejido adiposo, ¿qué se obtenía?

Sediento.

Gallegher pidió más cerveza, distraendo a Narciso de su contemplación frente al espejo. Descargó los tacones sobre Burbujas, con el ceño fruncido y un mechón de cabello castaño sobre sus ojos.

¿La cárcel?

¡Uh! No, debía haber alguna otra solución, en alguna parte. Las acciones de Di, por ejemplo. ¿Por qué había comprado Gallegher Plus cuatro mil créditos de acciones cuando estaban en baja?

Si pudiera encontrar la respuesta a eso, quizá le sirviera de algo. Porque Gallegher Plus no hacía nada sin una finalidad. Y para empezar, ¿qué era Dispositivos Ilimitados?

Recurrió al servicio televisivo de Quién es Quién en Manhattan. Afortunadamente, Dispositivos estaba incorporado dentro del Estado y tenía allí las oficinas. Un anuncio de una página entera apareció ante su vista.

DISPOSITIVOS ILIMITADOS

¡HACEMOS DE TODO!

RED 5-1400-M

Bueno, Gallegher tenía el número del visor de la firma, que ya era algo. Cuando empezaba a marcar RED, se oyó el murmullo de un timbre, y Narciso volvió petulantemente la espalda al espejo y fue a abrir la puerta. Regresó al cabo de un momento con el bisonte del señor Hopper.

—Siento haberme retrasado tanto —rugió Hopper—. Mi chófer se saltó una luz roja y un agente nos hizo detener. Tuve que echarle una buena reprimenda.

—¿Al chófer?

—Al agente. Vamos a ver, ¿dónde está el material?

Gallegher se humedeció los labios. ¿Podía ser verdad que Gallegher Plus hubiera dado una patada a aquel tipo gigantesco? No era un pensamiento agradable.

Señaló hacia la ventana.

—Allí. —¿Estaría en lo cierto? ¿Le había encargado Hopper una máquina que engullera tierra?

Los ojos del gigante se abrieron desmesuradamente por la sorpresa. Dirigió a Gallegher una rápida e investigadora mirada y se acercó al aparato, inspeccionándolo desde todos los ángulos. Echó una mirada por la ventana, pero no pareció interesarse

demasiado por lo que vio allí. En cambio, se volvió a Gallegher con expresión asombrada.

—¿Se refiere a esto? Un principio totalmente nuevo, ¿verdad? Sí, tiene que serlo.

Aquello no le proporcionaba ninguna pista. Gallegher esbozó una ligera sonrisa. Hopper siguió mirándole fijamente.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuál es su aplicación práctica?

Gallegher seguía estando a oscuras.

—Será mejor que se lo enseñe —dijo al fin, atravesando el laboratorio y conectando el interruptor. Instantáneamente la máquina empezó a cantar *St. James Infirmary*. Los tentáculos se alargaron y empezaron a comer tierra. El agujero del cilindro se abrió. La huella dentada empezó a girar.

Hopper aguardó.

Al cabo de un rato dijo;

—¿Y bien?

—¿No..., no le gusta?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Ni siquiera sé lo que hace. ¿No hay ninguna pantalla?

—Claro que sí —dijo Gallegher, completamente desorientado—. Está dentro de ese cilindro.

—¿Dentro de *qué*? —Las hirsutas cejas de Hopper se unieron sobre sus ojos negros—. ¿*Dentro de ese cilindro*?

—Uh-huh.

—Para... —Hopper parecía estar ahogándose—. ¿De qué sirve que esté ahí? Sin ojos con rayos X, por lo menos.

—¿Debería tener ojos con rayos X? —murmuró Gallegher, totalmente desconcertado—. ¿Quería una pantalla con ojos de rayos X?

—¡Sigue estando borracho! —refunfuñó Hopper—. ¡O bien, está loco!

—Espere un minuto. Quizá haya cometido una equivocación...

—¡Una equivocación!

—Dígame una cosa. ¿Qué quería que le hiciera?

Hopper aspiró profundamente por tres veces consecutivas. Con voz fría y cortante, dijo:

—Le pregunté si podía inventar un método de proyectar imágenes tridimensionales que se vieran desde cualquier ángulo, anterior, posterior o lateral, sin deformación. Usted dijo que sí. Le pagué mil créditos a cuenta. Tengo opciones en un par de fábricas para empezar a fabricar sin demora. He destacado informadores para buscar teatros apropiados. Estoy planeando una campaña para vender los accesorios para televisores caseros. Y ahora, señor Gallegher, me voy a ver a mi abogado para decirle que le apriete las clavijas.

Salió, rezongando. El robot cerró suavemente la puerta, regresó, y, sin que se la pidieran, corrió a buscar cerveza. Gallegher la rechazó con un gesto.

—Usaré el órgano —gimió, preparándose un combinado—. Desconecta esa maldita máquina, Narciso. Yo no tengo fuerza,

—Bueno, ha averiguado una cosa —dijo alentadoramente el robot—. No ha construido este aparato para Hopper.

—Cierto. Certo. Lo hice para... ah... o para J. W. o para Fatty. ¿Cómo puedo saber quiénes son?

—Necesita descansar —dijo el robot—. ¿Por qué no se relaja y escucha mi hermosa y melodiosa voz? Le leeré un poco.

—No es melodiosa —dijo automática y distraídamente Gallegher—. Chirría como un gozne oxidado.

—Para sus oídos. *Mis* sentidos son diferentes. Para mí, su voz es el croar de una rana asmática. Usted no puede verme tal como yo me veo, ni oírme tal como yo me oigo. En cierto modo, es una suerte. Se desmayaría de éxtasis.

—Narciso —dijo pacientemente Gallegher—. Estoy tratando de pensar. ¿Quieres ser tan amable de cerrar tu trampilla metálica?

—Mi nombre no es Narciso —dijo el robot—. Es Joe.

—Entonces te lo cambio. Veamos; estaba haciendo comprobaciones en DI. ¿Qué número era?

—Red cinco mil cuatrocientos M.

—Ah, sí. —Gallegher usó el televisor. Una secretaria se encontró dispuesta a darle cualquier información, pero fue incapaz de facilitarle ningún dato útil.

Dispositivos Ilimitados era el nombre de una compañía matriz, en cierto modo. Tenía conexiones en todo el mundo. Cuando un cliente quería que se le hiciera un trabajo, DI, a través de sus agentes, se ponía en contacto con la persona adecuada y ultimaba el trato. El truco consistía en que DI proporcionaba el dinero, financiando operaciones y trabajando sobre la base de un porcentaje. Parecía fantásticamente complicado, y Gallegher no sacó nada en claro.

—¿Tiene usted mi nombre en sus archivos? Oh... Bueno, ¿puede decirme quién es J. W.?

—¿J. W.? Lo siento, señor. Necesitaría el nombre completo...

—No lo sé. Y es algo muy importante —arguyó Gallegher.

Al fin se salió con la suya. El único hombre de DI cuyas iniciales fueran J. W. era alguien llamado Jackson Wardell, que en aquel momento se encontraba en Calisto.

—¿Cuánto tiempo hace que está allí?

—Nació allí —dijo la secretaria—. Nunca en su vida ha estado en la Tierra. El señor Wardell no puede ser el hombre que usted busca.

Gallegher se mostró de acuerdo. Decidió que sería inútil preguntar por Fatty, y

cerró la conexión con un ligero suspiro. Bueno, ¿y ahora qué?

El visor sonó con un tono agudo. En la pantalla apareció el rostro de un hombre mofletudo, calvo y gordinflón que tenía aspecto preocupado. Dejó escapar una risita de alivio cuando vio al científico.

—Oh, está usted ahí, señor Gallegher —dijo—. Hace una hora que intento ponerme en contacto con usted. La línea debe de estar estropeada. ¡Vaya, pensaba tener noticias tuyas mucho antes!

El corazón de Gallegher dio un vuelco. *Fatty*... ¡naturalmente!

¡Gracias a Dios que su suerte empezaba a mejorar! *Fatty*... ochocientos créditos. A cuenta. ¿A cuenta de qué? ¿De la máquina? ¿Era la solución al problema de *Fatty*, o al de J. W.? Gallegher rogó con fervor para que *Fatty* hubiera solicitado un aparato que comiera tierra y cantara *St. James Infirmary*.

La imagen se empañó y osciló, con un débil crujido. *Fatty* dijo apresuradamente:

—La conexión es defectuosa. Pero... ¿lo ha conseguido, señor Gallegher? ¿Ha encontrado un método?

—Desde luego —dijo Gallegher. Si pudiera hacer hablar al hombre, obtener alguna pista de lo que le había encargado...

—¡Oh, estupendo! *DI* me está llamando desde hace días. Les he dado largas, pero no esperarán. *Cuff* está presionando, y yo no puedo burlar ese viejo estatuto...

La imagen desapareció.

Gallegher estuvo a punto de morderse la lengua de impotente furia. Cerró rápidamente el circuito y empezó a recorrer el laboratorio a grandes zancadas, con los nervios tensos de expectación. El visor volvería a iluminarse al cabo de un segundo. *Fatty* llamaría de nuevo. Naturalmente. Y esta vez la primera pregunta de Gallegher sería: «¿Quién es usted?»

Pasó el tiempo.

Gallegher gimió y volvió a sus comprobaciones, pidiendo a la operadora que localizara la llamada.

—Lo siento, señor. La llamada fue hecha desde un visor automático. No podemos localizar llamadas procedentes de un visor automático.

Diez minutos más tarde Gallegher dejó de maldecir, cogió su sombrero de la percha que había encima de un perro de hierro que en otro tiempo decorara un jardín, y se precipitó hacia la puerta.

—Voy a salir —gritó a *Narciso*—. No apartes el ojo de esa máquina.

—Muy bien. Un ojo —convino el robot—. Necesitaré el otro para contemplar mis bellísimas entrañas. ¿Por qué no averigua quién es *Cuff*?

—¿Qué?

—*Cuff*. *Fatty* mencionó a alguien de ese nombre. Dijo que estaba presionando...

—¡Atiza! Es verdad. Y... ¿qué más dijo?... Que no podía burlar una vieja estatua...

—Estatuto. Quiere decir ley.

—Sé lo que quiere decir estatuto —gruñó Gallegher—. No soy tan estúpido. Por lo menos, aún no. Cuff, ¿eh? Miraré en el visor.

Había seis Cuff en la lista. Gallegher eliminó a la mitad de ellos por género. Tachó Manufacturas Cuff, y sólo le quedaron dos... Max y Fredk. Televisó a Frederick, que era un jovencito larguirucho y de ojos saltones, evidentemente demasiado pequeño para votar. Gallegher dirigió al mozalbete una asesina mirada de frustración y apretó el interruptor, dejando que Frederick pasara media hora preguntándose quién le había llamado hizo una mueca demoníaca y desconectó sin una palabra.

Pero quedaba Max Cuff, y éste, indudablemente, era el hombre. Gallegher estuvo seguro de ello cuando el mayordomo de Max Cuff transfirió la llamada a su oficina del centro, donde una recepcionista le dijo que el señor Cuff pasaba la tarde en el Club Elevado.

—¿De verdad? Dígame, ¿quién es Cuff?

—¿Cómo dice?

—¿Qué hace? ¿Cuál es su negocio?

—El señor Cuff no tiene ningún negocio —respondió fríamente la muchacha—. Es concejal.

Aquello era interesante. Gallegher buscó su sombrero, descubrió que lo tenía en la cabeza, y se despidió del robot, que no se tomó la molestia de contestar.

—Si Fatty llama otra vez —ordenó el científico—, averigua su nombre. ¿Entendido? Y no apartes la vista de esa máquina, por si acaso empieza a sufrir alteraciones o algo parecido.

Considerando que ya estaban atados todos los cabos sueltos, Gallegher salió de la casa. Soplaban un fresco viento de otoño, que levantaba hojas secas de las avenidas elevadas. Unos cuantos taxi-planos pasaron junto a él, pero Gallegher detuvo un taxi terrestre; quería ver adónde iba. Llegó a la conclusión de que una telellamada a Max Cuff no serviría de gran cosa. El hombre requeriría mucha mano izquierda, especialmente porque estaba «presionando mucho».

—¿Adónde, amigo?

—Al Club Elevado. ¿Sabe dónde está?

—Ni idea —dijo el conductor—, pero lo averiguaré. —Recurrió a la teleguía del salpicadero—. En el centro. Recto hacia abajo.

—De acuerdo —dijo Gallegher al hombre, y se retrepó en los cojines, sumido en negros pensamientos.

¿Por qué era todo el mundo tan evasivo? Sus clientes no solían ser fantasmas. Pero Fatty seguía siendo vago y anónimo... una cara, eso era todo, y una cara que Gallegher no había reconocido. Cualquiera adivinaba quién era J. W. Sólo Dell Hopper se había identificado, y Gallegher hubiera preferido que no lo hiciera. La citación crujía en su bolsillo.

—Lo que yo necesito —monologaba Gallegher— es un trago. Éste ha sido el único problema. No continué estando borracho. Por lo menos, no el tiempo suficiente. Oh, maldita sea.

En aquel momento el taxi se detuvo frente a lo que en otros tiempos fuera una mansión de cristal y ladrillo, que ahora tenía un aspecto sombrío y abandonado. Gallegher se apeó, pagó al conductor y subió la rampa. Una pequeña placa decía Club Elevado. Como no había timbre, abrió la puerta y entró.

Instantáneamente sus fosas nasales se contrajeron como el morro de un caballo de guerra oliendo a cordita. Allí había bebida. Con el instinto de una paloma mensajera, Gallegher fue directamente al bar, levantado contra una pared de una enorme estancia llena de sillas, mesas y gente. Un hombre de expresión melancólica y sombrero hongo jugaba al billar mecánico en un rincón. Levantó la vista cuando vio acercarse a Gallegher, le salió al encuentro y murmuró:

—¿Busca a alguien?

—Sí —dijo Gallegher—. A Max Cuff. Me han dicho que estaba aquí.

—Ya, no —repuso el hombre melancólico—. ¿Para qué quiere verle?

—Se trata de Fatty —aventuró Gallegher.

Unos ojos fríos se clavaron en él.

—¿Quién?

—Usted no le conoce. Max, sí.

—¿Max quiere verle a usted?

—Desde luego.

—Bueno —dijo dubitativamente el hombre—, ha ido al Tres Estrellas. Cuando empieza la ronda...

—¿El Tres Estrellas? ¿Dónde está?

—En la Catorce, cerca de Broad.

—Gracias —dijo Gallegher. Siguió adelante, con una anhelante mirada hacia el bar. Ahora no..., todavía no. Antes tenía algunos asuntos que atender.

El Tres Estrellas era una taberna, con fotografías sucias en las paredes. Eran estereoscópicas y se movían suavemente. Gallegher, tras un concienzudo examen, estudió a los clientes. No había muchos. Un hombre de gran tamaño situado a un extremo de la barra llamó su atención a causa de la gardenia que llevaba en la solapa y el reluciente brillante del dedo anular.

Gallegher fue hacia él.

—¿El señor Cuff?

—Exacto —dijo el hombre, girando lentamente en el taburete como Júpiter sobre su eje. Contempló a Gallegher, balanceándose ligeramente—. ¿Quién es usted?

—Soy...

—No importa —dijo Cuff, guiñando un ojo—, Nunca dé su nombre después de hacer un trabajo. Así que es un prófugo, ¿eh?

—¿Qué?

—Los reconozco en cuanto los veo. Usted..., usted... ¡Oiga! —exclamó Cuff, inclinándose hacia delante y olfateando—. ¡Usted ha estado *bebiendo*!

—¿Bebiendo? —repuso Gallegher amargamente—. Usted me subestima.

—Entonces tome una copa conmigo —invitó el hombre—. Ya estoy en la E. *Egg flip*. ¡Tim! —rugió—. ¡Otro *egg flip* para mi amigo! ¡Bien fuerte! Y ya puedes empezar a preparar con la F.

Gallegher se instaló en el taburete próximo a Cuff y le contempló especulativamente. El concejal parecía un poco bebido.

—Sí —dijo Cuff—, beber por orden alfabético es el único modo de hacerlo. Empiezas con la A, ajenjo, y vas siguiendo, Benedictine, coñac, daiquiri, *egg flip*...

—¿Y después qué?

—La F, naturalmente —respondió Cuff, ligeramente sorprendido—. *Flip*. Aquí está el suyo. ¡Buen engrase!

Bebieron.

—Escuche —dijo Gallegher—. Quería verle para hablar de Fatty.

—¿Quién es?

—Fatty —explicó Gallegher, guiñando significativamente un ojo—. Ya sabe; ha estado presionándole estos últimos tiempos. El estatuto. Ya sabe.

—¡Oh! ¡Él! —rugió súbitamente Cuff con carcajadas de Gargantúa—. Fatty, ¿eh? Está bien. Está muy bien. Fatty es un buen nombre para él, desde luego que sí.

—No muy parecido al suyo, ¿verdad? —dijo astutamente Gallegher.

—Nada en absoluto. ¡Fatty!

—¿Deletrea su nombre con una e o una i?

—Con ambas —contestó Cuff—. Tim, ¿dónde está el *flip*? Oh, ya lo tienes preparado, ¿eh? Bien, buen engrase, compañero.

Gallegher terminó su *egg flip* y pasó a tomar el *flip*, que era idéntico a no ser por el nombre. Y ahora, ¿qué?

—Acerca de Fatty —aventuró.

—¿Sí?

—¿Cómo va todo?

—Yo nunca contesto preguntas —dijo Cuff, bruscamente sobrio. Miró

escrutadoramente a Gallegher—. ¿Es usted uno de los muchachos? No le conozco.

—Pittsburgh. Me dijeron que viniera al club cuando llegué a la ciudad.

—Eso no tiene sentido —dijo Cuff—. Oh, bueno, no importa. Acabo de eliminar algunos cabos sueltos, y estoy celebrándolo. ¿Ya ha terminado el *flip*? ¡Tim! ¡Ginebra!

Tomaron ginebra en la G, un *horse's neck* en la H, y un indio en la I.

—Ahora un Jazzbo —dijo Cuff con satisfacción—. Éste es el único bar de la ciudad donde tienen una bebida que empieza por J. Después de eso tengo que empezar a saltarme letras. No conozco ninguna bebida que empiece por K.

—Kirchwasser —dijo distraídamente Gallegher.

—K... ¿huh? ¿Qué es eso? —gritó Cuff al camarero—. ¡Tim! ¿Tienes kirchwasser?

—Ni una gota —dijo el hombre—. No la compramos, concejal.

—Entonces encontraremos a otro que lo haga. Eres un muchacho listo, compañero. Ven conmigo. Te *necesito*.

Gallegher le siguió obedientemente. Puesto que Cuff no quería hablar de Fatty, no le quedaba más remedio que ganar la confianza del concejal. Y el mejor modo de hacerlo era beber con él. Desgraciadamente, una ronda de bebidas por orden alfabético, con sus fantásticas mezclas, no resultó demasiado fácil. Gallegher ya estaba borracho. Y la sed de Cuff era insaciable.

—¿L? ¿Qué hay con L?

—Lágrima Christi. O Liebfraumilch.

—¡Oh, muchacho!

Fue un alivio volver a un martini. Después del oporto, Gallegher empezó a sentirse mareado. Para la R sugirió tomar un Raff, pero Cuff no quiso ni oír hablar de ello.

—Bueno, pues un ron.

—Sí. Un ron... ¡oye! ¡Nos hemos saltado la N! ¡Ahora tenemos que empezar otra vez desde la A!

Gallegher tropezó con algunas dificultades para disuadir al concejal, y sólo lo logró tras fascinar a Cuff con el exótico nombre de ng ga po. Siguieron adelante, pasando por sazeracs, tequilas, ulalas y vodka. La W significó whisky

—¿X?

Se miraron mutuamente a través de las brumas alcohólicas. Gallegher se encogió de hombros y miró a su alrededor. ¿Cómo habían llegado a aquella elegante y bien amueblada habitación de un club privado? No tenía ni idea. No era el Elevado, de eso estaba seguro. Oh, bueno...

—¿X? —insistió Cuff—. No me falles ahora, compañero.

—Extra whisky —dijo brillantemente Gallegher.

—Eso es. Sólo quedan dos. Y y... y... ¿qué viene después de la Y?

—Fatty. ¿Lo recuerda?

—El viejo Fatty Smith —dijo Cuff, empezando a reír inmoderadamente. Por lo menos, sonó como Smith—. Fatty le va muy bien.

—¿Cuál es su nombre propio? —preguntó Gallegher.

—¿De quién?

—De Fatty.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Cuff, y soltó una risita. Un botones se acercó y tocó al concejal en el brazo.

—Quieren verle señor. Están esperando fuera.

—Bien. Vuelvo dentro de un minuto, compañero. Todo el mundo sabe dónde encontrarme..., especialmente aquí. No te vayas. Aún nos queda la Y y... y... la otra.

Desapareció. Gallegher dejó su bebida, se puso en pie, balanceándose ligeramente, y se dirigió al salón. Allí se fijó en una cabina televisiva y, sin pensarlo dos veces, entró y llamó a su laboratorio.

—Borracho otra vez —dijo Narciso, cuando la cara del robot apareció en la pantalla.

—Tú lo has dicho —repuso Gallegher—. Estoy... glup... tan alto como una cometa. Pero, de todos modos, tengo una pista.

—Le aconsejaría que se hiciera escoltar por la policía —dijo el robot—. Unos matones vinieron en su búsqueda, poco después de que usted saliera,

—U-unos, ¿qué? Repítelo.

—Tres matones —repitió pacientemente Narciso—. El jefe era un tipo alto y delgado, con traje de cuadros, cabello amarillo y un diente de oro. Los otros...

—No quiero su descripción —replicó Gallegher—. Dime lo que ha sucedido.

—Bueno, eso es todo. Querían secuestrarle. Después trataron de robar la máquina. Yo les eché. Para un robot, soy bastante fuerte,

—¿Hicieron algo a la máquina?

—¿Qué hay de mí? —inquirió quejumbrosamente Narciso—. Yo soy mucho más importante que ese aparato. ¿No siente curiosidad acerca de mis heridas?

—No —dijo Gallegher—. ¿Tienes alguna?

—Claro que no. Pero podría haber demostrado un poco de interés por mí...

—¿Hicieron algo a esa máquina?

—No les dejé acercarse —dijo el robot—. Váyase al infierno.

—Volveré a llamarte —dijo Gallegher—. En este momento necesito un café bien cargado.

Cortó la comunicación, se levantó y salió tambaleándose de la cabina. Max Cuff iba hacia él. Tres hombres seguían al concejal.

Uno de ellos se detuvo en seco y le miró con asombro.

—¡Diablos! —exclamó—. Éste es el tipo, jefe. Es Gallegher. ¿Acaso es el que ha estado bebiendo con usted?

Gallegher intentó fijar la vista. El hombre apareció ante sus ojos con claridad. Era un tipo alto y delgado, con un traje de cuadros, y tenía el cabello amarillo y un diente de oro.

—Dale un golpe en la cabeza —dijo Cuff—. De prisa, antes de que grite. Y antes de que venga alguien. Gallegher, ¿eh? Un tipo listo, ¿en?

Gallegher vio que algo caía sobre su cabeza y trató de retroceder hacia la cabina televisiva como un caracol que intenta refugiarse en su concha. No lo consiguió. Multitud de destellos de brillante luz le deslumbraron.

Le habían dado un golpe en la cabeza.

Lo malo de aquella cultura social, pensó soñolientamente Gallegher, era que sufría de exceso de crecimiento y calcificación del exodermo. Una civilización puede ser comparada a un parterre de flores. Cada una de las plantas representa una parte componente de la cultura. El crecimiento es el progreso. La tecnología, ese narciso trompón frustrado desde hace tiempo, había sido regada con concentrado B₁, el resultado de las guerras que forzaban su crecimiento a través de la necesidad. Pero ningún mundo es satisfactorio a menos que las partes sean iguales al todo.

El narciso trompón protegía a otra planta que desarrollaba tendencias parásitas. Dejaba de utilizar sus raíces. Se enrollaba alrededor del narciso trompón, trepaba por su tallo y sus hojas, y esa asfixiante liana era la religión, la política, la economía, la cultura... formas anticuadas que cambiaban con demasiada lentitud, sobrepasadas por el llameante cometa de las ciencias, que se elevaba sin cesar en el cielo abierto de aquella nueva era. Hacía ya tiempo que los escritores habían predicho que en el futuro —su futuro— las líneas sociológicas serían distintas. En la era de los cohetes, *costumbres* tan ilógicas como acciones en baja, política sucia y gánsters no existirían. Pero esos teóricos no habían visto las cosas con suficiente claridad. Pensaron en los cohetes como vehículos de un futuro muy lejano.

Armstrong y Aldrin se posaron en la Luna antes de que los automóviles dejaran de utilizar carburantes.

La gran guerra de principios del siglo xx dio un violento ímpetu a la tecnología, y ese crecimiento prosiguió. Desgraciadamente, la mayor parte de las acciones de la vida se basaban en materias tales como las horas y las normas monetarias fijadas. El único paralelo fue el día de los grandes desbordamientos... el Desbordamiento del Mississippi y sus afluentes. Finalmente, fue un tiempo de caos, reorganización, cambios de las antiguas normas a las nuevas, y un columpio balanceándose

vigorosamente de un extremo al otro. La profesión legal se había convertido en algo tan complicado que montones de expertos necesitaban calculadoras Pedersen y las máquinas cerebrales de Mecanistra para clasificar sus forzados argumentos, que entraban en los reinos desconocidos de la lógica simbólica y —eventualmente— la pura tontería. Un asesino podía salir impune si no firmaba ninguna confesión. Y aunque lo hiciera, había formas de desacreditar las sólidas pruebas legales. Los precedentes eran lemas. En esta confusión de locuras, los administradores recurrieron a la solidez histórica —precedentes legales— y éstos fueron utilizados a menudo contra ellos.

Y así ocurrió, a lo largo de toda la escala. Más tarde la sociología alcanzaría a la tecnología. No lo había hecho, todavía. La economía había llegado a las cotas más bajas registradas en la historia de la humanidad. Se necesitaban genios para remediar el desastre. Las mutaciones proporcionaban eventualmente tales genios, por compensación natural; pero debía pasar largo tiempo antes de que se alcanzara esa satisfactoria conclusión. Gallegher se había dado cuenta de que el hombre con más oportunidades para sobrevivir era el que poseía una buena dosis de adaptabilidad y un gran bagaje de conocimientos útiles e inútiles, un nombre versado prácticamente en todo. En resumen, en cuestiones vegetales, animales o minerales...

Gallegher abrió los ojos. Había poco que ver, principalmente porque, tal como descubrió inmediatamente, tenía la cara apoyada contra una mesa. Con un esfuerzo Gallegher se incorporó. No estaba atado, y se encontraba en un desván pobremente iluminado que parecía servir de despensa; estaba lleno de chatarra. Un fluorescente brillaba débilmente en el techo. Había una puerta, pero el hombre del diente de oro se hallaba junto a ella. Al otro lado de la mesa estaba Max Cuff, sirviéndose cuidadosamente un vaso de whisky.

—Quiero un poco —dijo débilmente Gallegher.

Cuff le miró.

—Ya se ha despertado, ¿eh? Siento que Blazer le pegara tan fuerte.

—Oh, bueno. De todos modos, me hubiera desmayado. Esas rondas alfabéticas son para tumbar a cualquiera.

—Aquí tiene —dijo Cuff, poniendo el vaso frente a Gallegher y llenando otro para sí mismo—. Es como funciona. Fue muy listo al pegarse a mí... era el único sitio donde los muchachos no le hubieran buscado.

—Soy bastante inteligente —dijo modestamente Gallegher El whisky le revivió, pero su mente continuó envuelta en brumas—. Sus... uh... socios, con lo cual quiero decir asquerosos matones, trataron de secuestrarme, ¿verdad?

—Uh-huh. Usted no estaba en casa. Su robot...

—Es una belleza.

—Sí. Mire, Blazer me ha hablado de la máquina que ha inventado. No me

gustaría que Smith le pusiera las manos encima.

Smith... Fatty. Hm-m-m. El rompecabezas volvía a desmoronarse. Gallegher suspiró.

Si jugaba sin que le vieran las cartas...

—Smith aún no la ha visto.

—Ya lo sé —dijo Cuff—. Hemos intervenido el visor. Uno de nuestros espías le oyó decir a DI que tenía a un hombre trabajando en el asunto, ¿sabe? Sólo que no mencionó el nombre del tipo. Lo único que podíamos hacer era vigilar a Smith y controlar su visor hasta que se pusiera en contacto con usted. Después de eso... bueno, sorprendimos la conversación. Usted le dijo a Smith que tenía el aparato.

—¿Y bien?

—Cortamos la comunicación a toda prisa y Blazer y los muchachos fueron a verle. Ya le he dicho que no quería que Smith cumpliera ese contrato.

—Usted no me había hablado de ningún contrato —dijo Gallegher.

—No se haga el tonto. Smith dijo a los de DI que pensaba exponerle todo el caso.

Quizá Smith lo hubiera hecho. Sólo que Gallegher estaba borracho en aquel entonces, y fue Gallegher Plus el que escuchó, reteniendo la información en su subconsciente.

—¿Y qué?

Cuff eructó. Apartó repentinamente su vaso.

—Estoy bebido, maldita sea. No puedo pensar. Pero... no quiero que Smith obtenga la máquina. Su robot no nos dejará acercarnos a ella. Usted se pondrá en contacto con él por medio del visor y le mandara a algún sitio, para que los muchachos puedan recoger su aparato. Diga que sí o que no. Si es no, volveré.

—No —dijo Gallegher—. Me mataría de todos modos, para evitar que le hiciera otra máquina a Smith.

Los párpados de Cuff se entrecerraron lentamente. Permaneció inmóvil, aparentemente dormido, durante un rato. Después miró a Gallegher y se levantó.

—En ese caso, nos veremos después. —Se pasó una mano por la frente; su voz era ronca—. Blazer, no le dejes escapar.

El hombre del diente de oro dio un paso al frente.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. No puedo pensar... —Cuff hizo una mueca—. Un baño turco. Eso es lo que necesito. —Se dirigió hacia la puerta, llevando a Blazer con él. Gallegher vio que los labios del concejal se movían. Leyó unas cuantas palabras.

—... bastante borracho... llama a ese robot... inténtalo...

Entonces Cuff salió. Blazer regresó, se sentó frente a Gallegher y empujó la botella hacia él.

—Será mejor que se lo tome con calma —sugirió—. Tome otro trago; lo necesita.

Gallegher pensó: «Unos tipos listos. Se imaginan que si me emborracho, haré lo que quieren. Bueno...»

Había otro ángulo. Cuando Gallegher se encontraba totalmente bajo la influencia del alcohol, el subconsciente le dominaba. Y Gallegher Plus era un genio científico... loco, pero eficaz.

Gallegher Plus podía ser capaz de encontrar una salida a todo aquello.

—Eso es —aprobó Blazer, viendo cómo desaparecía el licor—. Tome otro. Max es un buen sujeto. Nunca le pondría la mano encima. Pero no soporta que la gente desbarate sus planes.

—¿Qué planes?

—Como lo de Smith —explicó Blazer.

—Comprendo. —Gallegher sintió un hormigueo en las extremidades. Ya no tardaría en estar suficientemente saturado de alcohol para desatar su subconsciente. Siguió bebiendo.

Es posible que exagerara. Gallegher solía mezclar juiciosamente la bebida. Aquella vez, los factores de la ecuación sumaron un deprimente cero. Vio que la superficie de la mesa se acercaba lentamente a su nariz, notó un suave y casi agradable golpe, y empezó a roncar. Blazer se levantó y le sacudió.

—Una mercancía de primera calidad —dijo indistintamente Gallegher—. Un buen Pehlevi, con vino, vino, vino, vino. Vino *tinto*.

—Ahora quiere vino —dijo Blazer—. Este tipo es un secante humano. —Volvió a sacudir a Gallegher, pero sin resultados. Blazer gruñó, y se oyeron sus pisadas, cada vez más débiles.

Gallegher oyó que la puerta se cerraba. Intentó enderezarse, se deslizó de la silla y su cabeza golpeó contra una pata de la mesa.

Fue más efectivo que el agua fría. Tambaleándose, Gallegher se puso en pie. La habitación estaba vacía a excepción de él mismo y otros desechos. Se encaminó con excesivo cuidado hacia la puerta y trató de abrirla. Estaba cerrada con llave. Reforzada con acero, por si esto fuera poco.

—Magnífico —murmuró Gallegher—. Por una vez que necesito a mi subconsciente, continúa enterrado. ¿Cómo diablos puedo salir de aquí?

No había forma. La habitación no tenía ventanas, y la puerta era sólida. Gallegher se acercó a los montones de chatarra. Un sofá viejo. Una caja de desperdicios. Almohadas. Una alfombra enrollada. Chatarra.

Gallegher encontró un trozo de alambre, un poco de mica, una retorcida espiral de plástico, que en otros tiempos formara parte de una estatuilla móvil, y algunas otras trivialidades. Las ensambló. El resultado fue algo vagamente semejante a una pistola, aunque también guardaba cierto parecido con un batidor de huevos. Tenía un aspecto

tan extraño como un garabato marciano.

Después de eso, Gallegher volvió a la silla y se sentó, tratando de serenarse por medio de un enorme esfuerzo de voluntad. No tuvo demasiado éxito. Cuando oyó un ruido de pisadas que volvían, su mente aún estaba confusa.

Se abrió la puerta. Blazer entró, con una rápida e inquieta mirada a Gallegher, que había escondido el aparato debajo de la mesa.

—¿Otra vez usted? Pensaba que sería Max.

—Él también vendrá —dijo Blazer—. ¿Cómo se encuentra?

—Aturdido. Me tomaría otro trago; ya he terminado esta botella. —Gallegher la había terminado. Acababa de vaciarla en una ratonera.

Blazer cerró la puerta con llave y se acercó al mismo tiempo que Gallegher se levantaba. El científico perdió el equilibrio, dio un inseguro paso hacia adelante, y Blazer titubeó. Gallegher sacó la absurda pistola y se la puso a la altura del ojo, mirando a Blazer a lo largo de la culata:

El matón iba a coger algo, o su pistola o su cachiporra. Pero el espectral artefacto que Gallegher apuntaba hacia él le inquietó. Su movimiento se interrumpió bruscamente. Se estaba preguntando qué amenaza se cernía sobre él. Al cabo de un segundo entraría en acción, de una forma u otra..., quizá continuando aquel movimiento interrumpido hacia su cinturón.

Gallegher no esperó. La mirada de Blazer estaba clavada en el artefacto. Con el desprecio más absoluto por las Reglas Queensbury, Gallegher dio una patada a su oponente por debajo del cinturón. Mientras Blazer se encogía, Gallegher aprovechó su ventaja tirándose de cabeza sobre el matón y haciéndole caer en una gran confusión octópoda de brazos y piernas. Blazer siguió tratando de coger su arma, pero aquel primer golpe le había puesto en desventaja.

Gallegher estaba todavía demasiado borracho para coordinar debidamente. Se las compuso lanzándose sobre su enemigo y golpeándole repetidamente en el plexo solar. Dichas tácticas resultaron ser efectivas. Al cabo de un rato, Gallegher pudo arrebatarse la cachiporra de manos de Blazer y dejarla caer sobre la sien del matón.

Eso fue todo.

Con una mirada hacia el artefacto, Gallegher se levantó, preguntándose qué habría creído Blazer que era. Un proyector de rayos mortales, quizá. Gallegher esbozó una sonrisa irónica. Encontró, la llave de la puerta en el bolsillo de su inconsciente víctima, se deslizó fuera del desván y bajó silenciosamente las escaleras. Hasta el momento todo iba bien.

Un renombre por realizaciones científicas tenía sus ventajas. Por lo menos, había servido para distraer la atención de Blazer de lo evidente.

Y ahora, ¿qué?

La casa tenía tres pisos y era una estructura vacía cerca del Battery. Gallegher se escapó por una ventana. No se detuvo hasta estar en un aerotaxi, dirigiéndose hacia el norte a toda velocidad. Allí, respirando profundamente, abrió el filtro de aire y dejó que la fresca brisa nocturna refrescara sus sudorosas mejillas. La luna llena brillaba en el negro cielo de otoño. Debajo, a través del panel transparente del avión, vio las relucientes cintas de las calles, con brillantes diagonales que marcaban las avenidas de niveles superiores.

Smith. Fatty Smith. Relacionado de alguna forma con DI...

Pagó al piloto y descendió en el apeadero de un tejado del distrito de White Way. Allí había varias cabinas televisivas, y Gallegher llamó a su laboratorio. El robot contestó.

—Narciso...

—Joe —corrigió el robot—. Ya ha estado bebiendo de nuevo. ¿Por qué no pierde esa fea costumbre?

—Cállate y escucha. ¿Alguna novedad?

—No demasiadas.

—Esos matones; ¿volvieron?

—No —dijo Narciso—, pero vinieron algunos agentes para arrestarle. ¿Se acuerda de aquella citación que le entregaron para hoy? Tendría que haber comparecido ante el tribunal a las 5 de la tarde.

La citación. Oh, sí. Dell Hopper... mil créditos,

—¿Están ahí ahora?

—No. Les dije que había puesto los pies en polvorosa.

—¿Por qué? —preguntó Gallegher.

—Para que no se quedaran rondando por aquí. Ahora puede venir a casa en cuanto quiera... si toma las precauciones razonables.

—¿Como cuáles?

—Éste es su problema —dijo Narciso—. Póngase una barba postiza. Yo ya he hecho mi parte.

Gallegher repuso:

—De acuerdo; haz grandes cantidades de café muy cargado. ¿Alguna llamada?

—Una de Washington. Un comandante de la unidad policíaca espacial. No dijo su nombre.

—¿Policía espacial! ¿Es que también van tras de mí? ¿Qué quería?

—A usted —dijo el robot—. Adiós. Ha interrumpido una preciosa canción que estaba cantándome a mí mismo.

—Haz el café —ordenó Gallegher en el mismo momento que la imagen se desvanecía. Salió de la cabina y permaneció inmóvil unos minutos, reflexionando, mientras contemplaba inexpresivamente las torres de Manhattan que le rodeaban, con

sus diseños irregulares de ventanas iluminadas cuadradas, ovaladas, circulares, en forma de media luna o estrelladas.

Una llamada de Washington.

La citación de Hopper.

Max Cuff y sus matones.

Fatty Smith.

Smith era la mejor baza. Conectó nuevamente el visor, para llamar a DI.

—Lo siento, acabamos de cerrar.

—Es importante —insistió Gallegher—. Necesito una información. Tengo que ponerme en contacto con un hombre...

—Lo siento.

—S-m-i-t-h —deletreó Gallegher—. Sólo tiene que buscarlo en el archivo o algo así. ¿O prefiere que me corte el cuello delante de usted? —Rebuscó en su bolsillo.

—Si quiere llamar mañana...

—Entonces será demasiado tarde. ¿Es que no puede mirármelo? Por favor, se lo ruego.

—Lo siento.

—Soy accionista de DI —gruñó Gallegher—. ¡Se lo advierto, jovencita!

—Un... ¡Oh! Bueno, va contra las normas, pero... ¿S-m-i-t-h? Un momento. ¿Cuál es el nombre de pila?

—No lo sé. Déme todos los Smith.

La muchacha desapareció y regresó con un fichero que llevaba las letras SMI.

—Dios mío —exclamó, hojeando las tarjetas—. Debe de haber cientos de Smith.

Gallegher gimió.

—Quiero uno gordo —dijo bruscamente—. Aunque me imagino que no hay forma de saber tal cosa.

Los labios de la secretaria se fruncieron.

—Oh, un bromista. Ya comprendo. ¡Buenas *noches*! —Cortó la comunicación.

Gallegher se quedó mirando la pantalla. Varios cientos de Smith. No tan bien. De hecho, rematadamente mal.

Un momento. Había comprado acciones de DI cuando estaban en baja. ¿Por qué? Debía esperar que subieran. Pero las acciones habían continuado bajando, según le dijera Arnie.

Allí tenía que haber una pista.

Encontró a Arnie en su casa y le habló con insistencia.

—Anula la cita. Esto no te ocupará demasiado. Sólo tienes que averiguarme por qué las acciones de DI están en baja. Llámame al laboratorio para decírmelo. De lo contrario, te retorceré el pescuezo. ¡Y date prisa! Consígueme esos datos, ¿entendido?

Arnie dijo que lo haría. Gallegher se tomó un café negro en un bar cercano, fue a su casa en taxi y se introdujo en su hogar. Cerró la puerta con doble vuelta de llave. Narciso estaba bailando *delante* del gran espejo del laboratorio.

—¿Alguna llamada? —preguntó Gallegher.

—No. No ha sucedido nada. Mire qué *pas* tan gracioso.

—Más tarde. Si alguien intenta entrar, llámame. Me esconderé hasta que logres deshacerte de él. —Gallegher cerró los ojos—. ¿Está hecho el café?

—Negro y cargado. En la cocina.

Sin embargo, el científico se dirigió al cuarto de baño, se desnudó, se duchó con agua fría y tomó una breve irradiación. Sintiéndose menos aturdido, volvió al laboratorio con una gigantesca taza llena de café humeante. Se encaramó en Burbujas y engulló el líquido.

—Parece *El pensador* de Rodin —comentó Narciso—. Le traeré una bata. Su desgarrado cuerpo ofende mis sentimientos estéticos.

Gallegher no le oyó. Se puso la bata, ya que su piel sudorosa estaba desagradablemente fresca, pero continuó bebiendo el café con la vista perdida en el espacio.

—Narciso. Quiero más.

Ecuación: $a(o) b(o) c$ es igual a x . Había estado tratando de encontrar al valor de a , b o c . Quizá éste fuera el sistema equivocado. No había conseguido localizar a J. W.; Smith seguía siendo un fantasma; y Dell Hopper (mil créditos) no le había sido de ninguna ayuda.

Quizá fuera mejor encontrar el valor de x . Aquella maldita máquina debía tener algún propósito. Ya estaba comprobado que comía tierra. Pero la materia no puede ser destruida; únicamente puede ser transformada.

La tierra entraba en la máquina; no salía nada.

Nada visible.

¿Energía libre?

Era invisible, pero podía ser detectada por medio de instrumentos.

Un voltímetro, un amperímetro...

Gallegher puso brevemente la máquina en marcha. Cantaba peligrosamente alto, pero nadie llamó al timbre de la puerta, y al cabo de uno o dos minutos Gallegher la desconectó. No había averiguado nada.

Le llamó Arnie. El agente de bolsa había conseguido la información que Gallegher quería.

—No ha sido fácil. He tenido que tirar de algunos hilos, pero he averiguado por qué las acciones de DI están en baja.

—¡Gracias al cielo! Desembucha.

—Como ya sabes, DI es una especie de intermediario, ellos encargan los trabajos. Este... es un gran edificio de oficinas que debe construirse en el centro de Manhattan. Sólo que el contratista aún no ha podido empezar. Hay mucha pasta en el asunto, y se ha desencadenado una campaña de murmuraciones que ha afectado a las acciones de DI.

—Sigue.

Arnie prosiguió:

—He conseguido toda la información. Había dos firmas que querían obtener el trabajo.

—¿Cuáles?

—Ajax, y alguien llamado...

—¿No será Smith, por casualidad?

—Eso es —dijo Arnie—. Thaddeus Smith. Se deletrea S-m-e-i-t-h.

Hubo una larga pausa.

—S-m-e-i-t-h —repitió al fin Gallegher—. Ésta es la razón de que la muchacha de DI no pudiera... ¿eh? Oh, nada. Tendría que habérmelo imaginado. — Naturalmente. Al preguntar a Cuff si Fatty deletreaba su nombre con una *e* o una *i*, el concejal había contestado que con ambas. Smeith. ¡Ja!

—Smeith obtuvo el contrato —continuó Arnie—. Hizo un presupuesto más barato que Ajax. Sin embargo, Ajax tiene influencia política. Lograron que un concejal presionara y aplicara un viejo estatuto para atar de pies y manos a Smeith. No puede hacer nada.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo Arnie— la ley no le permite bloquear el tráfico de Manhattan. Es una cuestión de derechos aéreos. El cliente de Smeith —o mejor dicho, el cliente de DI— compró la propiedad recientemente, pero los derechos aéreos sobre ella fueron alquilados a Transworld Strato por un período de noventa y nueve años. Las estratonaves tienen su hangar justo al otro lado de la propiedad, y ya sabes que no son giroscópicas. Necesitan un trozo de pista recta para elevarse. Bueno, su derecho de paso está justo encima de la propiedad. Su alquiler es válido. Durante noventa y nueve años tienen el derecho de usar el aire que hay encima de ese terreno, hasta unos mil quinientos metros sobre el nivel del suelo.

Gallegher entrecerró los ojos pensativamente.

—Entonces, ¿cómo esperaba Smeith levantar un edificio en ese lugar?

—El nuevo propietario es dueño del terreno desde mil quinientos metros por encima del suelo hasta el centro de la Tierra. ¿Qué te parece? Un gran edificio de ochenta pisos, en su mayor parte subterráneo. Ya se ha hecho otras veces, pero nunca con una influencia política en contra. Si Smeith no puede cumplir el contrato, el trabajo pasa a Ajax..., y Ajax está en inmejorables relaciones con ese concejal.

—Sí. Max Cuff —dijo Gallegher—. Ya conozco a ese sujeto. Pero... ¿qué es ese estatuto que has mencionado antes?

—Uno muy viejo, bastante anticuado, pero que sigue en los libros. Es legal; lo he comprobado. No se puede interferir en el tráfico de la ciudad ni obstaculizar el sistema de despegue de los transportes.

—¿Y bien?

—Si haces un agujero para un edificio de ochenta plantas —dijo Arnie—, extraes gran cantidad de tierra y roca. ¿Cómo vas a llevártela sin obstaculizar el tráfico? No me he entretenido en calcular cuántas toneladas tendrían que ser extraídas.

—Comprendo —dijo Gallegher en voz baja.

—Así que ya lo tienes, en bandeja de plata. Smeith obtuvo el contrato. Ahora está en un callejón sin salida. No puede deshacerse de la tierra que excave, y Ajax no tardará en hacerse cargo de todo y conseguir un permiso para retirar el material.

—¿Cómo... si Smeith no puede?

—¿Recuerdas al concejal? Bueno, hace algunas semanas las calles del centro fueron cortadas, por obras. Se desvió el tráfico..., justo por encima de ese edificio. No puede pasar por otro lado, y hay tal aglomeración que sólo faltarían los camiones de tierra para empeorar la situación. Claro que es algo temporal —Arnie soltó una carcajada—, hasta que Smeith se vea forzado a renunciar. Entonces el tráfico volverá a ser desviado, y Ajax obtendrá el permiso.

—Oh. —Gallegher miró hacia la máquina por encima del hombro—. Quizá exista el medio de...

Se oyó el timbre de la puerta. Narciso le interrogó con un gesto. Gallegher dijo:

—Hazme otro favor, Arnie. Quiero que Smeith venga a mi laboratorio, lo antes posible.

—Muy bien, llámale.

—Tiene el visor intervenido. ¿No puedes pasar a buscarle y traérmelo en seguida? Arnie suspiró.

—No hay duda de que me gano con creces mis comisiones. Pero de acuerdo.

Desapareció. Gallegher oyó de nuevo el timbre, frunció el ceño e hizo un signo afirmativo al robot.

—Ve a ver quién es. Dudo que Cuff intente alguna cosa, pero... bueno, averígualo. Yo estaré en este armario.

Permaneció inmóvil en la oscuridad, aguardando, aguzando el oído y reflexionando. Smeith... había resuelto el problema de Smeith. La máquina comía tierra. Era el único medio efectivo de deshacerse de tierra sin correr el riesgo de una explosión de oxígeno.

Ochocientos créditos, a cuenta, por un aparato o un método que eliminara bastante tierra —sin ningún peligro— para hacer el agujero de un edificio de oficinas

subterráneo, una estructura que debía ser principalmente subterránea a causa de los derechos aéreos previamente alquilados.

Muy bien.

Sólo que... *¿adónde iba aquella tierra?*

Narciso regresó y abrió la puerta del armario.

—Es el comandante John Wall. Llamó anoche desde Washington. Se lo dije, ¿lo recuerda?

—¿John Wall?

—¡J. W., mil quinientos créditos! ¡El tercer cliente!

—Déjale entrar —ordenó Gallegher sin aliento—. ¡De prisa! ¿Está solo?

—Sí.

—¡Pues que pase!

Narciso se alejó silenciosamente y volvió con una voluminosa figura de cabello gris y uniforme de la policía espacial. Wall sonrió brevemente a Gallegher, y después sus penetrantes ojos se clavaron en la máquina que había junto a la ventana.

—¿Es eso?

Gallegher dijo:

—Hola, comandante. Yo... estoy seguro de que es eso. Pero antes querría discutir ciertos detalles con usted.

Wall frunció el ceño.

—¿Dinero? No se puede abusar del Gobierno. Es posible que le haya juzgado mal. Cincuenta mil créditos deberían bastarle. —Su rostro se serenó—. Ya le he entregado mil quinientos; estoy dispuesto a extenderle un cheque en cuanto me haya hecho una demostración satisfactoria.

—Cincuenta mil... —Gallegher respiró hondo—. No, claro que no es eso. Simplemente quiero asegurarme de que he cumplido con todos los términos de nuestro acuerdo. Quiero asegurarme de que no he olvidado ningún dato. —¡Si lograra averiguar lo que Wall le había encargado! Si también él quisiera una máquina que comiera tierra...

Era una posibilidad muy improbable, una coincidencia imposible, pero Gallegher tenía que averiguarlo. Señaló un sillón al comandante.

—Pero si ya hablamos a fondo del problema...

—Nada perdemos con asegurarnos —dijo suavemente Gallegher—. Narciso, trae un refresco para el comandante.

—No, gracias.

—¿Café?

—Se lo agradecería. Bueno, pues, como ya le dije hace unas semanas, necesitamos un control para naves espaciales, un control manual que reúna ciertas

condiciones de elasticidad y resistencia a la tensión.

«Oh-oh», pensó Gallegher.

Wall se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes. Prosiguió:

—Una nave espacial es necesariamente grande y complicada. Se requieren algunos controles manuales. Pero no pueden moverse en línea recta; la construcción necesita que tales controles den la vuelta a las esquinas, sigan un camino irregular y excéntrico de *aquí a aquí*.

—Bueno...

—Por ejemplo —dijo Wall—, supongamos que usted quiere abrir el grifo del agua de una casa a dos manzanas de distancia. Y quiere hacerlo mientras está aquí, en su laboratorio. ¿Cómo?

—Cuerda. Alambre. Cordel.

—Eso podría doblar las esquinas, mientras que... digamos... una vara rígida no podría. Sin embargo, señor Gallegher, déjeme repetirle lo que le dije hace dos semanas. *Ese grifo es muy difícil de abrir*. Y debe abrirse a menudo, cientos de veces, al día cuando una nave está en el espacio libre. Nuestros cables de alambre más resistente no han dado el resultado apetecido. La tensión y la fuerza los rompen. Cuando un cable está *torcido*, y cuando también está *recto*..., ¿no lo comprende?

Gallegher asintió.

—Naturalmente. Un cable puede llegar a romperse cuando se dobla una y otra vez.

—Éste es el problema que le pedí resolver. Usted dijo que podía hacerlo. Ahora bien... ¿lo ha hecho? Y ¿cómo?

Un control manual que pudiera doblar esquinas y resistir una tensión repetida. Gallegher lanzó una mirada a la máquina. El nitrógeno... una idea empezaba a insinuarse en su mente, pero no podía darle forma.

Sonó el timbre. «Smeith», pensó Gallegher, e hizo un gesto a Narciso para que fuera a abrir. El robot desapareció.

Regresó con cuatro hombres pisándole los talones. Dos de ellos vestían el uniforme de la policía. Los otros eran, respectivamente, Smeith y Dell Hopper.

Hopper sonreía triunfalmente.

—Hola, Gallegher —dijo—. Hemos estado esperándole. No fuimos lo bastante rápidos cuando este hombre —señaló al comandante Wall con la cabeza— entró, pero esperamos una segunda oportunidad.

Smeith, cuya rechoncha cara expresaba la más completa estupefacción, dijo:

—Señor Gallegher, ¿qué significa esto? Toco el timbre, y estos hombres me rodean...

—No se preocupe —repuso Gallegher—. Por lo menos, ha salido victorioso. Mire

por esa ventana.

Smeith obedeció. Volvió a meter la cabeza, con el rostro transfigurado.

—Ese agujero.

—Exacto. Yo tampoco he tenido que retirar la tierra en camiones. Ahora le haré una demostración.

—Se la hará en la cárcel —dijo agriamente Hopper—. Se lo advertí, Gallegher, no soy hombre con quien se pueda jugar. Le di mil créditos para que me hiciera un encargo, y ni me ha hecho el encargo ni me ha devuelto el dinero.

El comandante Wall observaba la escena, con la taza de café, olvidada, balanceándose peligrosamente en una mano. Uno de los agentes dio un paso adelante y cogió a Gallegher por el brazo.

—Espere un momento —empezó Wall, pero Smeith se le adelantó.

—Creo que debo algunos créditos al señor Gallegher —dijo, sacando su cartera—. No llevo mucho más de mil, pero supongo que no le importará aceptar un cheque por el resto. Si este... caballero... quiere efectivo, aquí tengo mil.

Gallegher tragó saliva.

Smeith le hizo una inclinación de cabeza para darle ánimos.

—Ha cumplido el encargo que yo le hice. Puedo empezar la construcción —y las excavaciones— mañana mismo. Además, no tendré que preocuparme de conseguir un permiso de transporte.

Hopper enseñó los dientes.

—¡Al diablo el dinero! ¡Voy a darle una lección! Mi tiempo es oro, y este hombre ha desbaratado todo mi programa. Opciones, exploradores... había supuesto que podría hacer aquello por lo cual le había pagado, y ahora se cree que podrá escabullirse. Pues bien, señor Gallegher, no puede. No ha hecho ningún caso de la citación que le fue entregada para hoy, y eso le hace merecedor de ciertas sanciones..., de las que no logrará escapar ¡Maldita sea!

Smeith miró en torno suyo.

—Pero... yo saldré fiador del señor Gallegher. Le rembolsaré...

—¡No! —exclamó Hopper.

—El hombre dice que no —murmuró Gallegher—. Lo que quiere es mi cabeza. ¡Vaya un tipo malintencionado!

—¡Borracho! ¡Idiota! —rugió Hopper—. Méntalo en la cárcel, agentes. ¡Ahora!

—No se preocupe, señor Gallegher —animó Smeith—. Le sacaré en seguida. Yo también tengo alguna que otra influencia.

Gallegher bajó la cabeza. Respiró entrecortadamente, de forma asmática, mientras clavaba los ojos en Smeith, que retrocedió.

—Influencias —susurró Gallegher—. Y una pantalla estereoscópica que pueda verse desde todos los ángulos. Usted ha hablado de... ¡influencias!

—Llévenselo —ordenó bruscamente Hopper.

Gallegher intentó desasirse de los guardias que le agarraban.

—¡Esperen un minuto! ¡Un minuto! Ya he encontrado la solución. *Tiene* que serlo. Hopper, he hecho lo que usted quería... y usted, también, comandante. Suéltense.

Hopper se rió despectivamente y señaló con el pulgar hacia la puerta. Narciso dio un paso adelante.

—¿Quiere que les rompa la cabeza, jefe? —inquirió amablemente—. Me gusta la sangre; es un color primario.

El comandante Wall dejó su taza de café y se levantó, con voz alterada y metálica.

—Muy bien, agente. Suelten al señor Gallegher.

—No hagan tal cosa —insistió Hopper—. Además, ¿puede saberse quién es usted? ¡Un comandante espacial!

Las curtidas mejillas de Wall enrojecieron. Sacó una placa de una pequeña bolsa de cuero.

—Soy el comandante Wall —dijo—. De la Comisión Administrativa Espacial. Usted —señaló a Narciso—, le nombro agente gubernamental, *pro tempore*. Si estos oficiales no sueltan al señor Gallegher dentro de cinco segundos, le autorizo a romperles la cabeza.

Pero eso era innecesario. La Comisión Espacial era *grande*. Tenía el respaldo del Gobierno, y los agentes locales eran, en comparación, minúsculas patatas. Los agentes se apresuraron a soltar a Gallegher y trataron de dar la impresión de que no lo habían tocado.

Hopper parecía a punto de explotar.

—¿Con qué derecho interfiere en los asuntos de la justicia, comandante? —preguntó.

—Con el derecho de prioridad. El Gobierno necesita un aparato que el señor Gallegher ha inventado para nosotros. Por lo menos, se merece un juicio.

—¡No es verdad!

Wall contempló fríamente a Hopper.

—Me parece haberle oído decir, hace sólo unos momentos, que también ha cumplido su encargo.

—¿Con qué? —El hombre señaló la máquina—. ¿Acaso eso tiene aspecto de pantalla estereoscópica?

Gallegher dijo:

—Tráeme una lámpara ultravioleta, Narciso. Fluorescente. —Se acercó a la máquina, rogando para que su suposición fuera correcta. Pero tenía que serlo. No había ninguna otra respuesta posible. Si se extrae nitrógeno de tierra o roca, si se

extrae todo el contenido gaseoso, se obtiene materia inerte.

Gallegher tocó el interruptor. La máquina empezó a cantar *St. James Infirmary*. El comandante Wall pareció sorprendido y ligeramente menos amable. Hopper soltó una carcajada. Smeith corrió a la ventana y contempló con embeleso los largos tentáculos que comían tierra, girando a toda velocidad en el hoyo que había debajo, iluminado por la luna.

—La lámpara, Narciso.

Ya estaba enchufada a un prolongador. Gallegher la movió lentamente alrededor de la máquina. Llegó a la rueda dentada que había en uno de los extremos, el más alejado de la ventana.

Algo brilló.

Unos rayos azules... que salieron de la pequeña válvula encerrada en el cilindro de metal, giraron en torno a la rueda dentada y se enrollaron en espiral sobre el suelo del laboratorio. Gallegher tocó el interruptor; cuando la máquina se paró, la válvula se cerró con un chasquido, cortando el suministro de aquella cosa azul que salía del cilindro. Gallegher cogió el serpentín. Al apartar la luz, se desvaneció. Al acercarse la lámpara, reapareció.

—Aquí lo tiene, comandante —dijo—. Haga la prueba.

Wall miró las cosas fluorescentes con interés.

—¿Resistencia a la tensión?

—Mucha —dijo Gallegher—. Por fuerza. Contenido mineral inorgánico de tierra sólida, apretado y comprimido hasta formar un cable. Claro que es resistente a la tensión, aunque no resistiría una tonelada de peso.

Wall asintió.

—Claro que no. Pasará a través del acero como el hilo a través de mantequilla. Estupendo, señor Gallegher. Tendremos que hacer algunas pruebas...

—Adelante. Las resistirá. Puede tender este cable alrededor de las esquinas que quiera, desde un extremo de una nave espacial hasta el otro, y nunca se romperá por la tensión. Es demasiado fino. No puede estirarse irregularmente, porque es demasiado fino. Un cable de alambre no hubiera servido. Usted necesitaba un tipo de flexibilidad que no anulara la resistencia a la tensión. Sólo podía conseguirse con un alambre fino y duro.

El comandante esbozó una sonrisa. Aquello ya era suficiente.

—Haremos las pruebas de rutina —dijo—. Sin embargo, si necesita algo de dinero, le adelantaré lo que quiera, dentro de unos límites razonables..., digamos hasta diez mil.

Hopper les interrumpió:

—Yo no le encargué ningún alambre, Gallegher, así que no ha realizado mi encargo.

Gallegher no contestó. Estaba ajustando la lámpara. El alambre pasó de despedir rayos fluorescentes azules a rayos amarillos, y después rojos.

—Ésta es su pantalla, lumbrera —dijo Gallegher—. ¿Ve qué colores tan bonitos?

—¡Naturalmente que los veo! No estoy ciego. Pero...

—Distintos colores, según la cantidad de ångströms que use. Mire: rojo, azul, otra vez rojo, amarillo. Y cuando desconecto la lámpara...

El alambre que Wall seguía aguantando pasó a ser invisible.

Hopper cerró de golpe la boca. Se inclinó hacia delante, con la cabeza ligeramente ladeada.

Gallegher dijo:

—El alambre tiene el mismo índice de refracción que el aire. Lo hice de esta forma, a propósito. —Tuvo la gentileza de sonrojarse un poco. Oh, bueno..., más tarde podría invitar a Gallegher Plus a tomar una copa.

—¿A propósito?

—Usted quería una pantalla estereoscópica que pudiera verse desde cualquier ángulo sin distorsión óptica. Y en color..., eso no hace falta decirlo, en estos tiempos. Pues aquí la tiene.

Hopper respiraba con dificultad.

Gallegher estaba resplandeciente.

—Sólo tiene que procurarse una caja cualquiera y hacer una trama con este alambre en cada uno de los lados. Haga una pantalla de malla. Hágala en los cuatro lados. Ponga bastante alambre en el interior de la caja. De este modo tendrá un cubo invisible, hecho de alambre. Muy bien. Utilice rayos ultravioleta para proyectar la película o el programa de televisión, y obtendrá un contorno fluorescente, según la fuerza de los ångströms. En otras palabras, una imagen. Una imagen en color. Una imagen tridimensional, porque está proyectada en un cubo invisible. Y, además, una imagen que puede verse desde cualquier ángulo sin distorsión, porque hace algo más que dar una ilusión óptica de visión estereoscópica..., es realmente una imagen tridimensional. ¿Lo ha captado?

Hopper repuso débilmente:

—Sí. Lo comprendo. Usted... ¿por qué no me lo dijo antes?

Gallegher se apresuró a cambiar de tema.

—Querría solicitar la protección de la policía, comandante Wall. Un malhechor llamado Max Cuff ha estado tratando de adueñarse de esta máquina. Sus matones me han secuestrado esta misma tarde, y...

—Interfiriendo en los asuntos del Gobierno, ¿eh? —dijo seriamente Wall—. Conozco a esa clase de políticos. Max Cuff no volverá a molestarle. ¿Me permite usar el visor?

Smeith rebotaba de alegría ante la perspectiva de ver a Cuff severamente

castigado. Gallegher sorprendió su expresión. Era una expresión jovial y satisfecha y, de algún modo, recordó a Gallegher la conveniencia de invitar a sus huéspedes a tomar una copa. Incluso el comandante aceptó esta vez, volviéndose para coger el vaso que Narciso le tendía una vez terminada su llamada televisiva.

—Su laboratorio estará custodiado —dijo a Gallegher—. Ya no tiene nada que temer.

Bebió, se puso en pie y estrechó la mano de Gallegher.

—Tengo que redactar mi informe. Buena suerte, y muchas gracias. Mañana le llamaremos.

Se fue, detrás de los dos oficiales. Hopper, engullendo su cóctel, dijo:

—Tendría que disculparme, pero esto ya es agua pasada, ¿verdad, amigo?

—Sí —repuso Gallegher—. Me debe cierta suma de dinero.

—Trench le enviará el cheque por correo. Y... uh... y... —Su voz se desvaneció.

—¿Ocurre algo?

—Na-nada —dijo Hopper, dejando su vaso y poniéndose de color verde—. Un poco de aire fresco... ¡Urp!

La puerta se cerró con fuerza tras él. Gallegher y Smeith se miraron con curiosidad.

—¡Qué raro! —comentó Smeith.

—Una visita de los cielos, quizá —supuso Gallegher—. Las pruebas de los dioses...

—Veo que Hopper se ha ido —dijo Narciso, apareciendo con un nuevo cargamento de bebidas.

—Sí. ¿Por qué?

—Ya me lo imaginaba. Le di un Mickey Finn —explicó el robot—. No me miró ni una sola vez. No soy exactamente vanidoso, pero un hombre tan insensible a la belleza se merece una lección. Ahora no me molesten. Me voy a la cocina a practicar un baile, así que pueden servirse el licor del órgano. Pueden venir a verme, si lo desean.

Narciso salió del laboratorio dando vueltas, con sus entrañas funcionando a toda velocidad. Gallegher suspiró.

—Así van las cosas —dijo.

—¿Qué?

—Oh, no lo sé. Todo. Por ejemplo, recibo encargos para hacer tres cosas completamente distintas, me emborracho y hago un artefacto que resuelve los tres problemas. Mi subconsciente hace las cosas con gran facilidad. Desgraciadamente, yo tropiezo con más dificultades... una vez estoy sobrio.

—¿Entonces por qué lo está? —preguntó Smeith con acento persuasivo—.

¿Cómo funciona ese órgano de licor?

Gallegher se lo enseñó.

—Me siento deprimido —confió—. Lo que yo necesito es dormir una semana, o bien...

—¿Qué?

—Un trago. Eso es. Verá... aún hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—La razón de que esa máquina cante *St. James Infirmary* cuando está en funcionamiento.

—Es una bonita canción —dijo Smeith.

—Desde luego, pero mi subconsciente trabaja con lógica. Una lógica absurda, lo admito. No obstante...

—A su salud —dijo Smeith.

Gallegher se relajó. Empezaba a sentirse nuevamente él mismo. Una agradable sensación de calor y optimismo. Tenía dinero en el banco. La policía había dejado de perseguirle. Max Cuff estaba, sin lugar a dudas, sufriendo por todos sus pecados. Y unos fuertes ruidos sordos le anunciaban que Narciso estaba bailando en la cocina.

Era más de medianoche cuando Gallegher se atragantó con un sorbo y dijo:

—¡Ahora me acuerdo!

—Swmpmf —dijo Smeith, sorprendido—. ¿Qué pasa?

—Tengo ganas de cantar.

—¿Y qué?

—Bueno, tengo ganas de cantar *St. James Infirmary*.

—Ya puede empezar —invitó Smeith.

—Pero no solo —protestó Gallegher—. Siempre tengo ganas de cantar eso cuando estoy bebido, pero suena mejor a dúo. La cuestión es que estaba solo cuando hacía esa máquina.

—¿Ah?

—Debí grabarlo en una cinta magnetofónica —dijo Gallegher, perdido en vastas reflexiones sobre los absurdos recursos y curiosas derivaciones de Gallegher Plus. ¡Cáspita! ¡Una máquina que realiza cuatro operaciones a la vez! Come tierra, fabrica un control manual para naves espaciales, hace una pantalla de proyección estereoscópica y canta a dúo conmigo. ¡Qué extraño parece!

Smeith repuso:

—Es usted un genio.

—Eso, desde luego. Hm-m-m. —Gallegher se puso en pie, puso la máquina en marcha y fue a sentarse encima de Burbujas. Smeith, fascinado por el espectáculo, fue a apoyarse en el alféizar de la ventana y observó cómo los tentáculos comían tierra. Un alambre invisible surgía de la rueda dentada. La tranquilidad de la noche se

vio interrumpida por los sonidos más o menos melódicos de *St. James Infirmary*.

Por encima de la lúgubre voz de la máquina se alzó una más profunda, exhortando apasionadamente a alguien desconocido a buscar sin descanso por todo el mundo.

*Pero nunca encontrarás
a un hombre como yo.*

Gallegher Plus también cantaba.

Notas

[1] Alusión irónica a las máquinas de apuestas instaladas en los casinos de Las Vegas, que funcionan mediante una palanca lateral que parece un brazo. <<

[2] Se refiere a R. E. Howard, autor de Conan. <<